SAGRADA BIBLIA

1 Reyes

Libro completo

«*Da, pues, a tu siervo un corazón dócil*»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 6

Antes de empezar 9

Veinticinco palabras hebreas 18

El primer libro de los Reyes en la liturgia 20

1 Salomón, ungido rey 22

2 El testamento de David 33

3 El sueño de Gabaón y el juicio de Salomón 45

4 La corte y la sabiduría de Salomón 55

5 Hiram de Tiro y los preparativos del templo 65

6 La construcción del templo 70

7 El palacio de Salomón y las obras de Hiram 80

8 La dedicación del templo 90

9 La segunda aparición y las obras de Salomón 108

10 La reina de Saba 116

11 La caída de Salomón 126

12 La división del reino 136

13 El varón de Dios y el profeta anciano 147

14 La sentencia de Ahías y el reinado de Roboam 156

15 Abiam y Asá, reyes de Judá 162

16 De Baasa a Acab: Omrí funda Samaria..... 168

17 Elías y la viuda de Sarepta 179

18 El sacrificio del Carmelo..... 188

19 Elías en el Horeb 200

20 Las guerras de Acab con Siria..... 210

21 La viña de Nabot 218

22 Miqueas y la muerte de Acab.....228

PARA PROFUNDIZAR

1 «¡Viva el rey Salomón!»: cómo llegó Salomón al trono..... 29

2 La reina madre: Betsabé a la derecha del rey, y María.....41

3 «Un corazón dócil»: la sabiduría que pide Salomón 51

4 «Más sabio que todos los hombres»: Salomón y los libros sapienciales 60

6 El templo de Salomón: plano, símbolos y arqueología..... 76

8 «¿Habitará Dios en la tierra?»: la oración de la dedicación.. 101

8 «Casa de oración para todos los pueblos»: el extranjero y la dedicación de las iglesias.....104

9 Jasor, Meguido y Guézer: Salomón y la arqueología 112

10 La reina de Saba: de Jerusalén al Evangelio 121

11 El corazón dividido: la caída de Salomón 132

12 El cisma de Jeroboam: dos reinos y dos santuarios 143

13 El varón de Dios de Judá y el profeta anciano..... 152

16 La casa de Omrí: Israel en las inscripciones de sus vecinos . 175

17 Elías y la viuda de Sarepta: Dios de los pobres y de los extranjeros 184

18 El Carmelo: «¿Hasta cuándo cojearéis?» 196

19 «El soplo de un aura apacible»: Elías en el Horeb 206

21 La viña de Nabot: la tierra, el poder y la justicia 224

22 Miqueas, hijo de Jemla: profetas verdaderos y falsos 236

CUADROS

1 Dos partidos en la corte de David 29

2 La reina madre en Judá 40

3 Salomón pide sabiduría 50

4 Los doce intendentes de Salomón..... 60

6 El templo de Salomón en cifras..... 76

7 Las obras de bronce de Hiram y su destino 88

8 Las súplicas de la dedicación 100

8 Los templos de Jerusalén 101

10 La reina de Saba en la tradición 121

12 Los becerros de oro: Éxodo 32 y 1 Reyes 12..... 142

12 Los dos reinos 143

13 Profecía y cumplimiento en 1 Reyes..... 152

16 Israel en las inscripciones del siglo IX 173
16 Los reyes de 1 Reyes 174
17 Elías y Jesús 183
18 ¿Quién era Baal? 195
19 Moisés y Elías en el monte de Dios 205
21 La viña de Nabot y la Pasión de Jesús 223
22 Profetas verdaderos y falsos 235
Repaso 240
Notas personales 247
Sobre esta edición 248

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 1 Re 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como los dos partidos en la corte de David, el templo de Salomón en cifras, las súplicas de la dedicación, la reina de Saba en la tradición, los dos reinos, Israel en las inscripciones del siglo IX, Moisés y Elías en el monte de Dios o la viña de Nabot y la Pasión de Jesús. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El libro de los reyes

El primer libro de los Reyes es el undécimo de la Biblia. En la Biblia hebrea, los dos libros de los Reyes son una sola obra, llamada *Melajim*, «Reyes». La traducción griega de los Setenta la dividió en dos y la reunió con los libros de Samuel bajo el título común de «Reinos»; la Vulgata la siguió, y por eso san Jerónimo y Torres Amat llaman a este libro «Libro tercero de los Reyes». Esta edición usa el nombre hebreo, como la Neovulgata y el Leccionario: 1 Reyes. La división en dos libros cae en medio del reinado de Ocozías (22,52 – 2 Re 1,18).

El segundo libro de Samuel terminaba con David ya anciano; este empieza con su agonía y la lucha por su trono, y abarca algo más de un siglo, desde la subida de Salomón, hacia el 970 a. C., hasta la muerte de Acab, poco después del 853. La primera mitad cuenta el reinado de Salomón: la sabiduría que pide a Dios, el templo de Jerusalén, su riqueza y su fama, y al final las mujeres extranjeras que «pervirtieron su corazón» (11,3). A su muerte, diez tribus se separan de la casa de David: desde el capítulo 12 hay dos reinos, Judá al sur, con Jerusalén y la dinastía de David, e Israel al norte, con los santuarios de Betel y Dan y una ca-

dena de golpes de Estado. En medio irrumpe Elías, el profeta de fuego que se enfrenta a Acab y a Jezabel.

EL REINADO DE SALOMÓN

1 – 2	David elige a Salomón; el testamento de David; Salomón asegura el trono
3	Salomón pide sabiduría; el juicio de las dos madres
4 – 5	La corte, la sabiduría y la riqueza del rey; la alianza con Hiram de Tiro
6 – 7	La construcción del templo y del palacio; las obras de bronce
8	La dedicación del templo y la oración de Salomón
9 – 10	La segunda aparición; obras, flotas y comercio; la reina de Saba
11	Las mujeres de Salomón y su idolatría; Ahías anuncia la división

12 – 14	El reino se divide; los becerros de Jeroboam; el varón de Dios de Judá
15 – 16	Reyes de Judá y de Israel; Omrí funda Samaria; Acab y Jezabel
17	Elías anuncia la sequía; la viuda de Sarepta
18	El sacrificio del monte Carmelo
19	Elías en el Horeb; la vocación de Eliseo
20 – 21	Las guerras de Acab con Siria; la viña de Nabot
22	El profeta Miqueas y la muerte de Acab; Josafat y Ocozías

Quién lo escribió

Según el Talmud, Jeremías escribió «el libro de los Reyes» (Baba Batra 15a). Torres Amat, en su advertencia a los cuatro libros de los Reyes, juzga «más verosímil» que los ordenara Esdras «sobre memorias o documentos originales» de testigos contemporáneos, y recuerda que «siempre debemos creer como de fe que su primer Autor es el mismo Dios».

El libro nombra sus fuentes: al final de cada reinado remite al «Libro de los Anales del Reinado de Salomón» (11,41) o a los anales de los reyes de Israel y de Judá (14,19.29), cita-

dos dieciocho y quince veces en los dos libros y hoy perdidos. Cada reinado va encuadrado con fórmulas fijas (comienzo, duración, juicio sobre si el rey hizo «lo recto» o «lo malo» a los ojos del Señor, muerte y sepultura), y dentro de ese marco entran relatos de profetas, como los de Elías, que probablemente circularon antes por separado.

Muchos estudiosos ven en Reyes la última parte de una gran historia que va de Josué al final de 2 Reyes y juzga el pasado con los criterios del Deuteronomio (ver el ensayo del capítulo 31 del Deuteronomio): fidelidad al único Dios y al único santuario que él escogió. Por eso el narrador mide a los reyes de Judá por los lugares altos que toleraron o destruyeron, y a todos los del norte por «el pecado de Jeroboam», los becerros de Betel y Dan. Su último dato es la liberación del rey Joaquín en Babilonia, hacia el 561 a. C. (2 Re 25,27-30): la obra recibió su forma final en el destierro, quizá sobre una redacción anterior de tiempos de Josías; los detalles se discuten. La Pontificia Comisión Bíblica observa que Samuel y Reyes se presentan «como una sucesión de anuncios de desgracia y de su cumplimiento», y que los libros históricos no son «una historiografía en el sentido moderno» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, nn. 15 y 70). Dios habló en ellos «por hombres y a la manera humana» (*Dei Verbum*, n. 12).

Historia y cronología

Con Reyes, los personajes bíblicos empiezan a aparecer en inscripciones de otros pueblos. El faraón Sesac, que saqueó Jerusalén el año quinto de Roboam (14,25-26), es Sheshonq I, que hacia el 925 a. C. grabó en el templo de Karnak la lista de las ciudades que tomó en Canaán. La estela del rey Mesa de Moab, hacia el 840, recuerda que «Omrí fue rey de Israel y oprimió a Moab muchos días» (ver 2 Re 3). El monolito de Kurkh, del asirio Salmanasar III, cuenta que en la batalla de Qarqar, el 853, «Acab el israelita» luchó contra él con dos mil carros, un hecho que la Biblia calla. La estela de Tel Dan (hallada en 1993-1994) nombra a la «casa de David», y el Obelisco Negro de Salmanasar muestra hacia el 841 a «Jehú, hijo de Omrí» postrado ante el rey de Asiria (2 Re 9 – 10). Más tarde, los anales asirios y babilónicos nombran a Menajem, Acaz, Ezequías y Joaquín (2 Re 15 – 25).

La cronología interna del libro, en cambio, es un rompecabezas. Cada rey se fecha por los años del rey vecino, y las cifras no siempre cuadran: desde la división del reino hasta la revolución de Jehú, que mató el mismo día a los reyes de Israel y de Judá, los reinados suman noventa y ocho años en Israel y noventa y cinco en Judá. Se explica por corregencias, por maneras distintas de contar el primer

año de un rey y por errores de copia; por eso unos fechan la división del reino en el 931/930 a. C. (E. R. Thiele) y otros hacia el 922, y las fechas de las notas son aproximadas. Se discute también el siglo X: unos arqueólogos atribuyen a Salomón las puertas monumentales de Jasor, Meguido y Guézer (9,15); otros las fechan un siglo después, con la dinastía de Omrí, y piensan en un reino salomónico más modesto (ver el ensayo del capítulo 9).

Cómo leerlo

Es una historia teológica. Al narrador le importan poco las hazañas que impresionaban a los asirios: a Omrí, que dio su nombre a la dinastía en los anales de Asiria, le dedica ocho versículos (16,21-28). Le importa si los reyes escucharon la palabra de Dios, y esa palabra corre por todo el libro: lo que anuncian Natán, Ahías, el varón de Dios de Judá, Elías o Miqueas se cumple, a veces siglos después (13,2; 2 Re 23,15-18). Y la promesa hecha a David no se apaga: Dios le deja «una lámpara» en Jerusalén (11,36; 15,4).

El centro de la primera mitad es el templo. La oración de su dedicación (8,22-53), que el Catecismo cuenta entre las grandes oraciones de Israel (n. 2580), contiene la pregunta que lo relativiza todo: «¿es creíble que verdaderamente Dios ha de habitar sobre la tierra?» (8,27). Jesús, que es «más que el templo» y «más que Salomón» (Mt 12,6.42), ha-

blará de su cuerpo como del verdadero templo (Jn 2,19-21; Catecismo, n. 1197). Y la sabiduría que pide Salomón, «un corazón dócil» (3,9), anuncia a Cristo, «sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24).

La segunda mitad pertenece a Elías, cuyo nombre significa «mi Dios es el Señor»: es lo que el pueblo grita en el Carmelo (18,39). El Catecismo lo llama «padre de los profetas» y recorre su camino de oración, del torrente de Carit y la viuda de Sarepta al fuego del Carmelo y al Horeb, donde Dios no está en el viento ni en el fuego, sino en «el soplo de un aura apacible y suave» (19,12; nn. 2582-2583). Jesús recuerda que Elías fue enviado a una viuda extranjera (Lc 4,25-26), y en la Transfiguración Elías y Moisés, los dos que hablaron con Dios en el Horeb, conversan con Jesús (Lc 9,30-31).

Hay también páginas muy duras: las muertes con que Salomón asegura el trono (2), su idolatría al final de la vida (11), el profeta muerto por un león por haber creído a un mentiroso (13,24), la matanza de los profetas de Baal (18,40) o el «espíritu de mentira» en la boca de los profetas de Acab (22,22-23). Las notas las explican en su contexto y las leen con la Iglesia, que reconoce en el Antiguo Testamento «elementos imperfectos y pasajeros» dentro de una pedagogía divina (Catecismo, n. 122).

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas. Aclara con glosas unidas por «o» las palabras difíciles, como «almadías o balsas» (5,9) o «hijos o discípulos de los profetas» (20,35). A veces interpreta o suaviza: hace arrodillarse a Salomón al comenzar su oración (8,22), donde la Vulgata dice que «estaba en pie» (lo toma del versículo 54), y dice que el espíritu que engaña a los profetas de Acab «salió del abismo» y actuó con permiso de Dios (22,21-23). Conserva lecturas propias de la Vulgata: el «corazón dócil» de Salomón (3,9), donde el hebreo dice «un corazón que escucha»; el «aura apacible y suave» del Horeb (19,12), donde el hebreo habla de «una voz de silencio sutil», o la precisión de que Baasa mató al profeta Jehú (16,7), que no está en el hebreo.

La numeración es la de la Vulgata; las Biblias que siguen el hebreo cuentan de otro modo el final del capítulo 4 y el capítulo 5, como explica el colofón. La transcripción digital había perdido el versículo 7,44 y leía mal algunas palabras y cifras, como los «setenta» codos de largo del templo, que son sesenta (6,2); se han corregido con la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro, como la reina madre y María, el corazón dócil de Salomón, el

templo, la oración de la dedicación, la reina de Saba, la caída de Salomón, la división del reino, la viuda de Sarepta, el Carmelo, el Horeb, la viña de Nabot o los profetas verdaderos y falsos. Todos aparecen en el índice.

Veinticinco palabras hebreas

Las palabras clave del primer libro de los Reyes en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

מְלָכִים	**Melajim** · reyes; título hebreo de los dos libros, que en hebreo son uno 10,23
גְּבִירָה	**gebirá** · señora; la reina madre, como Betsabé a la derecha del rey (2,19) 11,19; 15,13
לֵב שֹׁמֵעַ	**lev shoméa** · corazón que escucha; el «corazón dócil» de Salomón 3,9
חָכְמָה	**jojmá** · sabiduría 3,28; 4,29
מָשָׁל	**mashal** · proverbio, comparación; las «tres mil parábolas» 4,32
מַס	**mas** · leva, trabajo forzado al servicio del rey 5,13; 9,21; 12,18
הֵיכָל	**hejal** · palacio, templo; la sala grande del santuario 6,3.17
דְּבִיר	**debir** · el santuario interior; el «oráculo» o lugar santísimo 6,16.19; 8,6
יָכִין · בֹּעַז	**Yajín · Bóaz** · «él afianza» · «en él está la fuerza»: las dos columnas del pórtico 7,21
יָם	**yam** · mar; la gran pila de bronce, la «concha» 7,23-25
עָנָן	**anán** · nube; la «niebla» que llena el templo 8,10-11
שְׁמֵי הַשָּׁמַיִם	**shemé ha-shamáyim** · los cielos de los cielos, los «altísimos cielos» 8,27
שֵׁם	**shem** · nombre: «mi Nombre será en ella invocado» 8,29; 9,3

נִיר	**nir** · lámpara; la que Dios deja a David en Jerusalén 11,36; 15,4
בָּמוֹת	**bamot** · lugares altos, santuarios fuera de Jerusalén 3,2; 12,31; 22,44
אִישׁ הָאֱלֹהִים	**ish ha-Elohim** · varón de Dios, profeta 13,1; 17,24
סֵפֶר דִּבְרֵי הַיָּמִים	**séfer dibré ha-yamim** · libro de los hechos de los días: los «anales» 14,19.29
אֲשֵׁרָה	**asherá** · la diosa Aserá y su poste sagrado; los «bosques» de Torres Amat 14,23; 16,33; 18,19
אֵלִיָּהוּ	**Eliyahu** · Elías, «mi Dios es el Señor» 17,1; 18,39
בַּעַל	**Báal** · señor, dueño; el dios cananeo de la tormenta y de la lluvia 16,31; 18,21
פֹּסְחִים	**pósejim** · los que cojean o saltan de un lado a otro 18,21.26
קוֹל דְּמָמָה דַקָּה	**qol demamá daqqá** · voz de un silencio sutil; el «aura apacible y suave» 19,12
אַדֶּרֶת	**adéret** · manto; el del profeta, que pasa a Eliseo 19,13.19
נַחֲלָה	**najalá** · heredad, la tierra recibida de los padres 21,3-4
רוּחַ שֶׁקֶר	**rúaj shéqer** · espíritu de mentira 22,22-23

El primer libro de los Reyes en la liturgia

La Iglesia lee este libro en varios domingos de los tres ciclos y en las ferias del tiempo ordinario de los años pares: Salomón y el templo en las semanas 4.ª y 5.ª, Elías en las semanas 10.ª y 11.ª.

Domingos

Celebración	Lectura
9.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C	1 Re 8,41-43 (la oración por el extranjero), con el centurión de Cafarnaún (Lc 7,1-10)
10.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C	1 Re 17,17-24 (Elías devuelve la vida al hijo de la viuda), con la viuda de Naín (Lc 7,11-17)
13.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C	1 Re 19,16b.19-21 (la vocación de Eliseo), con Lc 9,51-62 («deja que los muertos entierren a sus muertos»)
17.º domingo del tiempo ordinario, ciclo A	1 Re 3,5.7-12 (Salomón pide sabiduría), con las parábolas del tesoro y de la perla (Mt 13,44-52)
19.º domingo del tiempo ordinario, ciclo A	1 Re 19,9a.11-13a (el Señor en la brisa suave), con Jesús que camina sobre el agua (Mt 14,22-33)
19.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	1 Re 19,4-8 (el pan para el camino), con el pan de vida (Jn 6,41-51)
32.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	1 Re 17,10-16 (la viuda de Sarepta), con la ofrenda de la viuda pobre (Mc 12,38-44)

Otros momentos

Celebración	Lectura
Ferias del tiempo ordinario, año par, 4.ª semana (jueves y sábado)	2,1-4.10-12 (la muerte de David) · 3,4-13 (el sueño de Gabaón)
Ferias del tiempo ordinario, año par, 5.ª semana	8,1-7.9-13 · 8,22-23.27-30 · 10,1-10 · 11,4-13 · 11,29-32; 12,19 · 12,26-32; 13,33-34
Ferias del tiempo ordinario, año par, 10.ª semana	17,1-6 · 17,7-16 · 18,20-39 · 18,41-46 · 19,9a.11-16 · 19,19-21
Ferias del tiempo ordinario, año par, 11.ª semana (lunes y martes)	21,1-16 · 21,17-29 (la viña de Nabot)
Aniversario de la dedicación de una iglesia	1 Re 8,22-23.27-30, entre las lecturas del común
Unción de los enfermos; viático; misa votiva de la Eucaristía	1 Re 19,1-8 o 19,4-8 (el ángel y el pan cocido al rescoldo)
Común de doctores de la Iglesia; misas por los gobernantes	1 Re 3,11-14 (el don de la sabiduría)
Común de santos; profesión religiosa	1 Re 19,4-9a.11-15a o 19,16b.19-21
Misa de acción de gracias	1 Re 8,55-61 (la bendición de Salomón)
Oficio de lectura, semanas 14.ª y 15.ª del tiempo ordinario	La elección de Salomón (1,11-35; 2,10-12) y el ciclo de Elías, del 16,29 al capítulo 22
Laudes del sábado de la III semana	El cántico de Sab 9, la oración de Salomón por la sabiduría, que desarrolla 1 Re 3,6-9

Las referencias del Leccionario siguen la numeración hebrea, que en los pasajes que se leen coincide con la de esta edición. El evangelio que recuerda a la viuda de Sarepta (Lc 4,24-30) se lee el lunes de la 3.ª semana de Cuaresma, y el elogio de Elías del Eclesiástico (Eclo 48), el sábado de la 2.ª semana de Adviento. La Liturgia de las Horas no toma cánticos de este libro.

1

Salomón, ungido rey

El libro empieza donde terminaba 2 Samuel: David es un anciano que no entra en calor, y todos se preguntan quién se sentará en su trono (vv. 20.27). El capítulo avanza en cuatro escenas: la joven Abisag y la proclamación de Adonías (vv. 1-10); el plan de Natán y Betsabé, que arranca a David un juramento (vv. 11-31); la unción de Salomón en Gihón (vv. 32-40), y el banquete de Adonías, que se deshace al llegar la noticia (vv. 41-53). Es el final de la llamada «historia de la sucesión», y el narrador deja ver, sin decirlo, que Dios cumple su promesa a través de manejos muy humanos.

Abisag y Adonías

1 El rey David era ya viejo y de edad muy avanzada [1]; y por
más que le cubrían con ropa, no podía entrar en calor.
2 Por lo que le dijeron sus criados: Buscaremos para el rey,
nuestro señor, una virgen jovencita, que, siendo su
esposa [2], viva con el rey y le abrigue y duerma a su lado
para que le comunique algún calor. 3 Buscaron, pues, por
todas las tierras de Israel una jovencita hermosa, y halla-
ron a Abisag de Sunam [3], y se la trajeron al rey. 4 Era esta
doncella de extremada hermosura y dormía con el rey, y le
servía; pero el rey la dejó virgen [4].

5 Entretanto engreído Adonías, hijo de Haggit [5], dijo: Yo
reinaré. Con esta mira se hizo carrozas y tomó guardas de
a caballo, y cincuenta hombres que lo escoltasen. 6 Ni por
eso su padre lo reprendió nunca [6], ni le dijo: ¿Por qué ha-
ces eso? Era Adonías de hermosísima presencia, y el se-
gundo hijo después de Absalón. 7 Y estaba de inteligencia
con Joab, hijo de Sarvia, y con Abiatar, sumo sacerdote [7],
los cuales favorecían su partido. 8 Mas el otro sumo sacer-
dote Sadoc, y Banaías, hijo de Joíada, el profeta Natán, y
Semei, y Rei, y la principal fuerza del ejército de David, no
estaban por Adonías [8].

9 Adonías, pues, habiendo hecho degollar carneros y bece-
rros, y todo género de reses gordas, junto a la Peña de
Zohelet [9], que está cerca de la Fuente de Rogel, convidó a
todos sus hermanos, hijos del rey, y a todos los varones de
Judá, criados del rey. 10 Mas no convidó al profeta Natán,
ni a Banaías, ni a los militares más valientes ni a Salomón,
su hermano.

Natán, Betsabé y el juramento de David

11 Por lo que dijo Natán a Betsabé, madre de Salomón [10]:
¿No has oído que Adonías, hijo de Haggit, se ha hecho rey,
sin que David nuestro señor lo sepa? 12 Ahora, pues, ven y
toma mi consejo, y salva tu vida y la de tu hijo Salomón.
13 Anda, ve y preséntate al rey David, y dile: ¿No es verdad,
oh rey y señor mío, que tú me juraste a mí, esclava tuya [11],

diciendo: Tu hijo Salomón reinará después de mí; y él se sentará en mi trono? Pues, ¿cómo es que reina Adonías? 14 Y antes que tú acabes de hablar al rey, llegaré yo después de ti, y apoyaré tus razones.

15 Entró, pues, Betsabé al cuarto del rey, el cual era ya muy viejo; y Abisag, sunamita, le asistía. 16 Betsabé se inclinó, haciéndole una profunda reverencia. Y el rey le dijo: ¿Qué es lo que quieres? 17 Respondió ella, diciendo: Tú juraste, mi señor, a tu esclava por el Señor Dios tuyo, que Salomón, mi hijo, reinaría después de ti, y se sentaría en tu trono. 18 Y he aquí que a estas horas está ya reinando Adonías, sin saberlo tú, ¡oh rey y señor mío! 19 Ha hecho degollar bueyes, y toda suerte de víctimas o reses cebadas, y muchísimos carneros, y ha convidado a todos los hijos del rey, y también al sumo sacerdote Abiatar, y a Joab, general del ejército: pero no ha convidado a tu siervo Salomón. 20 Sin embargo, oh rey y señor mío, todo Israel tiene vueltos sus ojos hacia ti [12], esperando que declares quién debe sentarse después de ti en tu solio, oh rey y señor mío. 21 Pues sucederá que luego que el rey, mi señor, hubiere ido a descansar con sus padres, yo y Salomón, mi hijo, seremos tratados como criminales [13].

22 Estaba todavía hablando Betsabé con el rey, cuando he aquí que llega el profeta Natán. 23 Y entraron recado al rey, diciendo: Aquí está el profeta Natán. El cual se presentó al

rey, y postrándose hasta el suelo, le hizo profunda reverencia, [24] y le dijo: ¡Oh rey y señor mío!, ¿has dicho tú acaso: Reine después de mí Adonías y sea él el que ocupe mi trono? [25] Porque hoy ha salido, y ha hecho degollar bueyes y reses gordas, muchísimos carneros, y ha convidado a todos los hijos del rey y a los caudillos del ejército, y también a Abiatar, sumo sacerdote; los cuales han comido y bebido a su lado, diciendo: ¡Viva el rey Adonías! [14] [26] Mas a mí, tu siervo, ni al sumo sacerdote Sadoc, ni a Banaías, hijo de Joíada, como ni a tu siervo Salomón, no nos ha convidado. [27] ¿Es posible que mi señor el rey haya dado realmente tal orden? ¿Y que no me hayas comunicado a mí, siervo tuyo, quién debe sentarse en el trono del rey mi señor después de él?

[28] Mas el rey David respondió, y dijo: Llamadme a Betsabé. Así que hubo ésta entrado y estuvo delante del rey, [29] juró el rey, y dijo: Vive Dios, que ha librado mi alma de todo peligro, [30] que así como te juré por el Señor Dios de Israel, diciendo: Tu hijo Salomón reinará después de mí, y él se sentará sobre mi trono en mi lugar, así lo ejecutaré hoy. [31] Y Betsabé, inclinando el rostro hasta la tierra, hizo reverencia al rey, y dijo: ¡Viva para siempre David, mi señor! [15]

Salomón, ungido en Gihón

[32] Dijo después el rey David: Llamadme al sumo sacerdote Sadoc, y al profeta Natán, y a Banaías, hijo de Joíada. Y así

que estuvieron éstos en su presencia, 33 les dijo: Juntad
mis criados o guardias; haced montar a mi hijo Salomón
en mi mula [16], y conducidlo a Gihón, 34 y allí lo ungirán
por rey de Israel el sumo sacerdote Sadoc y el profeta Na-
tán; y tocaréis la trompeta, y diréis: ¡Viva el rey Salomón!
35 Volveréis después acompañándole, y vendrá él a sentar-
se sobre mi trono, y reinará en mi lugar; y a él entregaré el
gobierno de Israel y de Judá [17].

36 Banaías, hijo de Joíada, respondió al rey, diciendo:
Amén, así lo confirme el Señor [18] y Dios del rey mi amo.
37 Como el Señor ha protegido al rey mi amo, así guarde a
Salomón, y ensalce su trono, aun más que el trono de mi
amo el rey David.

38 Con esto salieron el sumo sacerdote Sadoc, y el profeta
Natán, y Banaías, hijo de Joíada, con las guardias de cere-
teos y feleteos, y haciendo montar a Salomón en la mula
del rey David, lo condujeron a Gihón. 39 El sumo sacerdote
Sadoc tomó del Tabernáculo la vasija del óleo sagrado [19], y
ungió a Salomón, y tocaron las trompetas, y gritó todo el
pueblo: ¡Viva el rey Salomón! 40 Todo el mundo se fue tras
él; y una tropa de gente tocaba flautas y se alegraba con
gran júbilo, resonando la tierra con sus aclamaciones [20].

El fin del banquete de Adonías

41 Las oyeron Adonías y sus convidados, cuando ya estaba
el banquete acabado. Pero Joab, así que oyó el sonido de la
trompeta, dijo: ¿Qué es esta algazara y alboroto de la ciu-
dad? 42 Aún estaba hablando, cuando llegó Jonatás, hijo de
Abiatar [21] el sumo sacerdote; y le dijo Adonías: Entra, que
tú eres un hombre valeroso y portador de buenas nuevas.
43 No por cierto, respondió Jonatás a Adonías; porque Da-
vid, el rey nuestro señor, ha declarado por rey a Salomón.
44 Y ha enviado con él al sumo sacerdote Sadoc, y al profe-
ta Natán y a Banaías, hijo de Joíada, con los cereteos y fele-
teos; y lo han hecho montar en la mula del rey; 45 y Sadoc,
sumo sacerdote, y el profeta Natán lo han ungido por rey
en Gihón, y han regresado de allí en medio de aclamacio-
nes de júbilo, que resuenan por toda la ciudad. Estas son
las voces de alborozo que habéis oído.

46 En suma, Salomón está ya sentado en el trono real; 47 y
los criados del rey han entrado ya para felicitar a David,
nuestro rey y señor, diciendo: Haga Dios el nombre de Sa-
lomón más glorioso todavía que tu mismo nombre, y en-
grandezca su trono aun más que el tuyo. Y el rey desde su
cama ha adorado al Señor [22], 48 y ha dicho: Bendito sea el
Señor Dios de Israel que me ha concedido el ver hoy con
mis ojos al hijo mío sentado en mi solio [23]. 49 Con esto

quedaron atónitos todos los convidados de Adonías; y levantándose se fueron cada uno por su lado.

50 Mas Adonías, temiendo a Salomón, se marchó y fue a refugiarse a un lado del altar [24]. 51 De lo cual avisaron a Salomón, diciendo: Sábete que Adonías temiendo al rey Salomón se marchó y fue a refugiarse a un lado del altar, y dice: Júreme hoy el rey Salomón que no hará morir al filo de la espada a su siervo. 52 A lo que respondió Salomón: Si fuere hombre de bien, no caerá en tierra ni uno siquiera de sus cabellos [25]; pero si se portare malamente, morirá. 53 Envió, pues, Salomón quien lo sacase del altar; y presentándose Adonías, hizo al rey Salomón profunda reverencia, y Salomón le dijo: Vete a tu casa.

¿Sabías que?

En 1727, para la coronación del rey Jorge II de Gran Bretaña, Georg Friedrich Händel compuso cuatro himnos. El más célebre, *Zadok the Priest*, pone en música los versículos 38-40 de este capítulo: «El sacerdote Sadoc y el profeta Natán ungieron rey a Salomón, y todo el pueblo se alegró y dijo: ¡Dios salve al rey! ¡Viva el rey!». Desde entonces se ha cantado en todas las coronaciones británicas, en el momento de la unción del monarca, la última vez en la de Carlos III, en 2023. Y millones de aficionados al fútbol lo escuchan sin saberlo: el himno de la Liga de Campeones de la UEFA, compuesto en 1992, se inspira en él.

Dos partidos en la corte de David

Aspecto	Con Adonías	Con Salomón
El candidato	Adonías, hijo de Haggit, el mayor de los que vivían (1,6; 2 Sam 3,4)	Salomón, hijo de Betsabé, «amado del Señor» (2 Sam 12,24-25)
El general	Joab, hijo de Sarvia (1,7)	Banaías, jefe de la guardia (1,8)
El sacerdote	Abiatar (1,7)	Sadoc (1,8)
El profeta	—	Natán (1,8.11)
La fuerza	Los hijos del rey y los de Judá (1,9)	Los valientes; cereteos y feleteos (1,8.38)
El lugar	Junto a la Fuente de Rogel (1,9)	El manantial de Gihón (1,33.38)
El rito	Un banquete de sacrificios (1,9.25)	La unción con el óleo (1,39)
El grito	«¡Viva el rey Adonías!» (1,25)	«¡Viva el rey Salomón!» (1,39)
El rey David	No sabe nada (1,11.18)	Jura y manda ungirlo (1,30-35)
El final	Adonías y Joab, muertos; Abiatar, desterrado (2,25-34)	Banaías, general; Sadoc, sumo sacerdote (2,35)

Rogel y Gihón, dos manantiales del valle del Cedrón, distan menos de un kilómetro: desde el banquete de Adonías se oyeron las trompetas de Salomón (1,41). El cuadro del capítulo 4 de 2 Samuel, sobre las muertes que abrieron a David el camino del trono, termina con las del capítulo 2.

PARA PROFUNDIZAR

«¡Viva el rey Salomón!»: cómo llegó Salomón al trono

Los dos primeros capítulos de 1 Reyes cierran la llamada «historia de la sucesión» (2 Sam 9 – 20 y 1 Re 1 – 2), que el estudioso ale-

mán Leonhard Rost describió en 1926 como una obra unitaria y que muchos consideran una cumbre de la narración antigua. Su pregunta es la que formulan Betsabé y Natán: ¿quién se sentará en el trono del rey después de él? (1,20.27). Amnón y Absalón han muerto; David es un anciano que no entra en calor, y la promesa de Natán, una casa y un trono «para siempre» (2 Sam 7,16), parece pender de la decisión de un hombre que ya casi no decide.

El primer candidato es el más natural. Adonías es el mayor de los hijos vivos, «de hermosísima presencia» como Absalón, y se rodea como él de carros y corredores (1,5-6; 2 Sam 15,1). Lo apoyan los hombres de la primera hora, Joab y Abiatar, y los de Judá (1,7.9). Frente a él está el hijo de Betsabé, con Sadoc, Banaías, Natán y la guardia personal del rey (ver nota a 1,8 y el cuadro). No es una lucha entre buenos y malos, sino entre dos partidos de la corte, el viejo y el nuevo, y el narrador no idealiza a ninguno.

La escena central es una audiencia preparada. Natán dice a Betsabé lo que tiene que decir; ella lo repite y lo amplía; él entra a tiempo y lo completa (1,11-27). Los dos invocan un juramento de David que ningún pasaje anterior registra (1,13.17.30). Algunos lectores sospechan una intriga que se aprovecha de un anciano; otros piensan en una promesa hecha en privado. El texto deja la pregunta abierta. Lo que sí muestra es el efecto: el rey pasivo, que no había reprendido nunca a su hijo (1,6), vuelve a ser rey, jura y da órdenes precisas (1,29-35).

Esas órdenes describen los pasos de una entronización legítima: la designación por el rey, que hace montar a Salomón en su propia mula; la unción por el sacerdote y el profeta en el manantial

de Gihón, y la aclamación del pueblo al son de la trompeta (1,33-40; ver nota a 1,39). Luego viene una página maestra. El lector ya lo ha visto todo, y los convidados de Adonías lo oyen ahora contado al revés, por boca de Jonatás, mientras el banquete se disuelve en el miedo (1,41-49). El que gritaba «Yo reinaré» (1,5) termina agarrado al altar, pidiendo que le perdonen la vida (1,50-51).

¿Dónde está Dios en todo esto? El narrador casi no lo nombra, pero el lector conoce el trasfondo: al nacer Salomón, «el Señor lo amó» y le dio por medio de Natán el nombre de Jedidías (2 Sam 12,24-25); las Crónicas lo presentarán como el elegido para edificar el templo (1 Cr 22,9-10; 28,5), y el propio Adonías reconocerá que el reino pasó a su hermano «porque lo tenía destinado el Señor» (2,15). Como en la historia de José, Dios lleva adelante su designio a través de decisiones humanas que no siempre son limpias (cf. Gn 50,20). La Escritura no canoniza los medios: los cuenta, y deja que el lector los juzgue.

El relato habla también de Cristo. Salomón es «ungido», mashíaj, el título que pasará en griego a Jesús, el Cristo (Catecismo, n. 436). Entra en la ciudad montado en la mula de su padre, entre aclamaciones; el Hijo de David entrará en Jerusalén montado en un pollino, entre gritos de «¡Hosanna al Hijo de David!» (Mt 21,5-9; Zac 9,9). El paralelo es un eco, no una prueba, y subraya sobre todo la diferencia: Salomón asegurará su trono eliminando a sus rivales (cap. 2); Jesús reinará dando la vida por ellos. San Agustín explica que el nombre de Salomón significa «pacífico», y

que Cristo es el verdadero Salomón, el verdadero pacífico, porque «él es nuestra paz» (Ef 2,14; *Enarraciones sobre los Salmos* 126).

PAUSA

1. Natán y Betsabé hablaron a tiempo para que David cumpliera su palabra. ¿Hay alguna promesa o algún consejo que estás dejando para demasiado tarde?
2. Adonías se adelantó con carros y banquetes; Salomón calló hasta el final. ¿Qué lugar das a la espera cuando deseas algo con fuerza?
3. David, desde su cama, todavía bendijo a Dios. ¿Cómo quisieras vivir tú los años de la vejez?

Para orar. *Señor, en medio de los ruidos y de las intrigas, enséñame a reconocer al rey que tú has elegido y a seguirlo.*

2

El testamento de David

David muere después de dar sus últimas instrucciones a Salomón, y el nuevo rey elimina uno a uno a los que amenazan su trono. El capítulo tiene cuatro partes: el testamento de David, que une la ley de Moisés y dos cuentas pendientes (vv. 1-9); su muerte y la petición de Adonías a través de Betsabé (vv. 10-25); el destierro de Abiatar y la muerte de Joab junto al altar (vv. 26-35), y el confinamiento y la muerte de Semei (vv. 36-46). Una misma frase enmarca las ejecuciones: el reino quedó «firmísimamente establecido» (v. 12; cf. v. 46). Es una página dura, que el narrador cuenta sin adornos.

El testamento de David

1 Estando ya David cercano al día de su muerte [1], dio estas
instrucciones a su hijo Salomón, diciendo: 2 Yo voy al lu-
gar a donde van a parar todos los mortales [2]. Ten tú buen
ánimo y pecho varonil; 3 y observa los mandamientos del
Señor Dios tuyo, siguiendo sus caminos, guardando sus
ceremonias, sus preceptos, sus leyes y sus estatutos, como
está escrito en la ley de Moisés [3], para que aciertes en todo
cuanto hagas y en cuanto pongas la mira. 4 De esta manera
el Señor confirmará las palabras que me dio, diciendo: Si
tus hijos procedieren bien [4], y anduvieren en mi presen-

cia, siguiendo la verdad con todo su corazón y con toda su alma, ocupará siempre alguno de tu linaje el trono de Israel.

5 Tú sabes ya cómo se ha portado conmigo Joab, hijo de Sarvia, y lo que hizo con los dos caudillos del ejército de Israel, Abner, hijo de Ner, y Amasa, hijo de Jeter, a los cuales asesinó, derramando su sangre en tiempo de paz, como se hace en la guerra, y ensangrentando el cinturón con que estaba ceñido [5], y el calzado que cubría sus pies. 6 Tú, pues, obrarás conforme a tu sabiduría; y no aguardarás a que su vejez lo conduzca tranquilamente al sepulcro [6]. 7 Al contrario a los hijos de Berzellai, galaadita [7], les mostrarás tu reconocimiento, y les harás comer a tu mesa, pues salieron a recibirme y socorrerme cuando iba yo huyendo de Absalón, tu hermano. 8 Así te queda también Semei, hijo de Gera, hijo de Jemini, natural de Bahurim, el cual vomitó contra mí horrendas maldiciones cuando yo me retiraba a los campamentos [8]. Mas porque salió a recibirme al repasar yo el Jordán, le juré por el Señor, diciendo: No te quitaré la vida. 9 Pero tú no permitas que quede impune su delito; sabio eres para conocer cómo lo has de tratar, y harás que acabe su vejez con muerte violenta [9].

La muerte de David y la petición de Adonías

10 Fue, pues, David a descansar con sus padres [10], y lo sepultaron en la ciudad de David. 11 El tiempo que reinó Da-

vid sobre Israel fue de cuarenta años. En Hebrón reinó siete años, y treinta y tres en Jerusalén. 12 Y sucedió Salomón en el trono a su padre David; y quedó su reino firmísimamente establecido.

13 Mas Adonías, hijo de Haggit, fue a encontrar a Betsabé, madre de Salomón, la cual le dijo: ¿Es de paz tu venida? De paz, respondió él; 14 y añadió: Tengo que hablar contigo. Habla, respondió ella. Y Adonías: 15 Ya sabes, dijo, que la corona me tocaba a mí, y que todo Israel me había preferido para que fuese su rey; pero el reino ha sido transferido y puesto en poder de mi hermano; porque lo tenía destinado el Señor para él. 16 Ahora, pues, una sola cosa te pido, no me hagas el desaire de negármela. Explícate, dijo ella. 17 Adonías entonces dijo: Te suplico que digas al rey Salomón (ya que no puede negarte cosa alguna) que me dé por esposa a la sunamita Abisag [11]. 18 Bien está, contestó Betsabé; yo hablaré por ti al rey.

19 Pasó, pues, Betsabé a ver al rey Salomón para hablarle a favor de Adonías, y se levantó el rey a recibirla, y la saludó con profunda reverencia; se sentó después en su trono; y pusieron un trono o asiento real para la madre del rey, la cual se sentó a su derecha [12]. 20 Y le dijo: Una gracia bien pequeña vengo a pedirte; no me hagas el desaire de negármela. Le respondió el rey: Pide, madre mía, que no es ra-

zón que yo te disguste. 21 Dijo entonces ella: Pues dese Abisag de Sunam por esposa a Adonías, tu hermano.

22 Respondió el rey Salomón, y dijo a su madre: ¿Por qué me pides la sunamita Abisag para Adonías? Pide también para él mi reino; pues él es mi hermano mayor, y tiene de su parte al sumo sacerdote Abiatar, y a Joab hijo de Sarvia. 23 Por lo cual juró el rey Salomón por el Señor, diciendo: Tráteme Dios con todo el rigor de su justicia, si no es verdad que en daño de su propia vida ha entablado Adonías esta pretensión. 24 Ahora, pues, vive Dios, que me ha establecido y colocado sobre el solio de mi padre David, y que me ha fundado casa como lo tenía prometido [13], que hoy ha de morir Adonías. 25 En seguida dio sus órdenes a Banaías, hijo de Joíada, el cual le quitó la vida. Así murió Adonías [14].

Abiatar y Joab

26 Dijo asimismo el rey a Abiatar, sumo sacerdote: Retírate a la posesión que tienes en Anatot. Tú, a la verdad, mereces la muerte, pero yo no te quito hoy la vida, por cuanto llevaste el arca del Señor Dios delante de mi padre David, y acompañaste a mi padre en todos los trabajos que padeció. 27 Con esto Salomón desterró a Abiatar, para que no ejerciese más las funciones de sumo sacerdote del Señor; con lo cual se cumplió la palabra pronunciada por el Señor en Silo contra la casa de Helí [15].

28 Llegó esto a oídos de Joab, quien había seguido el partido de Adonías, y no el de Salomón. Se refugió, pues, Joab al Tabernáculo del Señor, y se asió de la punta del altar [16].
29 Le dieron cuenta al rey Salomón de que Joab se había refugiado al Tabernáculo del Señor, y de que estaba al lado del altar; y envió Salomón a Banaías, hijo de Joíada, diciendo: Anda, ve, y mátale. 30 Fue, pues, Banaías al Tabernáculo del Señor, y dijo a Joab: El rey te manda que salgas fuera. No saldré, respondió Joab; sino que moriré aquí. Dio Banaías parte al rey, diciendo: Esto me ha dicho Joab, y esto me ha respondido.

31 Y el rey le contestó: Hazlo como él ha dicho; mátale y dale sepultura; y con eso me lavarás a mí y a la casa de mi padre de la sangre inocente [17] que derramó Joab. 32 Y el Señor hará recaer su sangre sobre su cabeza, puesto que él asesinó a dos varones justos, y mejores que él, atravesando con su espada, sin que mi padre David lo supiese, a Abner, hijo de Ner, general del ejército de Israel, y a Amasa, hijo de Jeter, general del ejército de Judá. 33 Recaiga, pues, la sangre de éstos sobre la cabeza de Joab, y sobre la cabeza de sus descendientes para siempre. Mas a David y a su descendencia, a su casa y a su trono, dé el Señor paz sempiterna. 34 Subió, pues, Banaías, hijo de Joíada; y acometiéndole, le quitó la vida, y fue sepultado en una casa suya en el desierto.

35 Después de esto el rey dio a Banaías, hijo de Joíada, el
mando del ejército en lugar del difunto; y nombró o con-
firmó sumo sacerdote a Sadoc [18], en vez de Abiatar.

Semei

36 Envió también el rey a llamar a Semei, y le dijo: Hazte
una casa en Jerusalén y habita en ella, de donde nunca sal-
drás para ir a esta o a la otra parte; 37 porque ten entendido
que en cualquier día que salieres o pasares del torrente de
Cedrón [19] perderás la vida; y tu sangre recaerá sobre tu
cabeza. 38 Respondió Semei al rey: Está muy bien; como lo
manda el rey, mi señor, así lo hará tu siervo. Habitó, pues,
Semei largo tiempo en Jerusalén.

39 Mas al cabo de tres años acaeció que unos esclavos de Se-
mei se le huyeron a la jurisdicción de Aquis, hijo de Maa-
ca, rey de Get [20]; y fue Semei avisado de que sus esclavos
se hallaban en Get. 40 Con lo que Semei fue y aparejó su
asno y marchó a verse con Aquis en Get para recobrar sus
esclavos, de donde en efecto se los trajo consigo. 41 Dieron
luego parte a Salomón de que Semei había ido de Jerusa-
lén a Get, y vuelto.

42 Y enviando el rey a llamarle, le dijo: ¿No te juré yo por el
Señor, y te previne que cualquier día que salieses para ir
acá o allá, se te quitaría la vida? Y tú me respondiste: Justa
es la orden que acabo de oír. 43 ¿Cómo es, pues, que has

traspasado el juramento del Señor, y el precepto que yo te puse? 44 Y añadió el rey a Semei: Tú bien sabes y tu misma conciencia es testigo 21 de todo el mal que hiciste a mi padre David. El Señor ha hecho caer sobre tu cabeza el castigo de tu maldad. 45 Mas el rey Salomón será bendito, y el trono de David será estable para siempre delante del Señor. 46 En seguida dio el rey sus órdenes a Banaías 22, hijo de Joíada, el cual saliendo afuera lo hirió, y le dejó muerto.

¿Sabías que?

Agarrarse al altar para salvar la vida, como Adonías y Joab (1,50; 2,28), era una costumbre extendida en el mundo antiguo, y pasó a las iglesias cristianas. Una ley del emperador Teodosio II, del año 431, extendió la protección a todo el recinto de las iglesias, y más tarde el derecho de la Iglesia y las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio (siglo XIII) regularon el asilo y lo negaron a ciertos delincuentes, como los salteadores de caminos, igual que la ley de Moisés lo negaba al asesino premeditado (Éx 21,14). De ahí viene la expresión española «acogerse a sagrado», que todavía se usa para hablar de quien busca un refugio donde nadie pueda tocarlo.

La reina madre en Judá

Rey	Madre	Cita
Salomón	Betsabé, la que fue mujer de Urías; se sienta a la derecha del rey	1 Re 1,11; 2,19
Roboam	Naama, amonita	14,21.31
Abiam	Maaca, hija de Abesalom	15,2
Asá	Maaca, la misma de Abiam, a quien el rey quita su rango	15,10.13
Josafat	Azuba, hija de Salai	22,42
Ocozías	Atalía, de la casa de Acab, que reinará sola seis años	2 Re 8,26; 11,1-3
Ezequías	Abi, hija de Zacarías	2 Re 18,2
Manasés	Hafsiba (Jefsibá)	2 Re 21,1
Josías	Idida (Jedidá), hija de Hadaia	2 Re 22,1
Joaquín	Nohesta (Nejustá), llevada con él a Babilonia	2 Re 24,8.12.15; Jer 13,18
Sedecías	Amital (Jamutal), hija de Jeremías, de Lobna	2 Re 24,18

Al comenzar cada reinado de Judá, el narrador nombra casi siempre a la madre del rey; de los reyes de Israel no nombra ninguna en esas fórmulas (solo dice de Jeroboam que su madre, Sarva, era viuda, 11,26). El título hebreo gebirá, «señora», se da a Maaca (15,13), a la reina Tafnes de Egipto (11,19) y a la madre de Joaquín (Jer 13,18; 29,2). Los evangelios presentan a Jesús, el hijo de David, con su madre: «hallaron al niño con María, su madre» (Mt 2,11).

PARA PROFUNDIZAR

La reina madre: Betsabé a la derecha del rey, y María

La escena dura un versículo: Salomón «se levantó a recibirla, y la saludó con profunda reverencia; se sentó después en su trono; y pusieron un trono o asiento real para la madre del rey, la cual se sentó a su derecha» (2,19). Pocas páginas antes, Betsabé se postraba ante David y le hacía «profunda reverencia» (1,16.31). Ahora es el rey quien se levanta y se inclina ante ella, y le da el lugar de honor. Los salmos reservan la derecha del rey a quien comparte su dignidad: «Siéntate a mi derecha» (Sal 110,1); «de pie a tu derecha está la reina» (Sal 45,10).

Betsabé inaugura una institución. En Judá, la madre del rey tenía un rango propio, con el título de gebirá, «señora» (ver nota a 2,19). El narrador la nombra al comienzo de casi todos los reinados (ver el cuadro), y la historia muestra su peso: Maaca conservó su rango bajo Asá, probablemente su nieto, que tuvo que quitárselo por su culto idolátrico (15,13); Atalía, la madre de Ocozías, llegó a reinar sola (2 Re 11); Jeremías dirige un oráculo «al rey y a la reina madre», y la deportación a Babilonia se lleva a los dos (Jer 13,18; 2 Re 24,12.15). También en otras cortes del antiguo Oriente, como la de los hititas, la reina conservaba su dignidad después de la muerte de su esposo.

La primera intercesión de la reina madre fracasa. Adonías le pide que hable por él, «ya que no puede negarte cosa alguna» (2,17), y Salomón le promete: «Pide, madre mía, que no es razón que yo te disguste» (2,20). Pero cuando oye la petición, Abisag por esposa para Adonías, ve en ella una pretensión al trono

(ver nota a 2,17) y la rechaza con un juramento de muerte (2,22-24). La forma honra a la madre; el fondo la desaira. No sabemos si Betsabé fue ingenua o calculadora: el narrador deja en penumbra el corazón de sus personajes.

Los cristianos han leído esta escena pensando en María. El ángel le anunció que su hijo recibiría «el trono de David, su padre» y que su reino no tendría fin (Lc 1,32-33), e Isabel la saludó como «la madre de mi Señor» (Lc 1,43). La Iglesia la honra como reina. Pío XII, en la encíclica *Ad caeli reginam* (1954), funda esa realeza en su maternidad divina, recordando que los antiguos escritores la llamaban «Madre del Rey», y en su participación singular en la obra de la redención (nn. 4 y 13-14); cita además la antífona de la liturgia «Estuvo a tu diestra como Reina» (n. 10), tomada del Salmo 45, que es el salmo de la Misa de la Asunción. El Concilio Vaticano II enseña que María fue «ensalzada por el Señor como Reina universal» (*Lumen gentium*, n. 59; Catecismo, n. 966).

La encíclica no menciona a Betsabé, pero la comparación es antigua: a finales de la Edad Media, la llamada *Biblia de los pobres* ponía junto a la coronación de la Virgen a Salomón, que hace poner un trono a su madre a su derecha, y explicaba que Betsabé significa a María, madre del verdadero Salomón. Hoy la retoman autores católicos para explicar la realeza de María. Tiene su fuerza, porque en el reino de David la madre del rey se sienta a su derecha; pero conviene leerla con su contraste. La petición de Betsabé fracasa porque toca el poder. La de María en Caná, por el vino que se acaba en una boda de pueblo, es escuchada (Jn 2,1-11), y el Catecismo ve en ella el modelo de su intercesión (n. 2618). Pío XII cita a Pío IX: a la derecha de su Hijo, María «obtiene cuanto pide,

y no puede no ser escuchada» (*Ad caeli reginam*, n. 17). Y su única palabra a los sirvientes no reclama nada para sí: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5).

El resto del capítulo es duro. David moribundo encarga a su hijo que no deje bajar en paz al sepulcro a Joab ni a Semei (2,5-9), y Salomón hace matar a Adonías, a Joab junto al altar y a Semei, y destierra a Abiatar (2,13-46). El narrador no lo celebra: lo cuenta, y deja ver cómo el nombre de Dios y la promesa de Natán se invocan para justificar ejecuciones (2,23-24). La Iglesia lee estas páginas como parte de una pedagogía divina que contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122). El reino prometido a David se cumple en otro Hijo de David, que no se asegura el trono eliminando a sus rivales, sino perdonándolos desde la cruz (Lc 23,34), y que manda a Pedro guardar la espada (Mt 26,52).

PAUSA

1. David habló a su hijo de la ley de Dios y también de sus rencores. ¿Qué te gustaría dejar en herencia a los tuyos, y qué no?
2. Betsabé habló al rey en favor de otro. ¿Por quién intercedes tú, y con qué confianza acudes a María?
3. Semei perdió la vida por salir a buscar unos esclavos. ¿Qué cosas te hacen olvidar los límites que te protegen?

Para orar. *Señor, que no herede de mis padres el rencor, sino la fe, y que tu Hijo reine en mi corazón con su perdón.*

3

El sueño de Gabaón y el juicio de Salomón

Afianzado en el trono, Salomón recibe en Gabaón el don que definirá su reinado. El capítulo tiene tres partes: una introducción sobre su matrimonio con la hija del faraón y el culto en los lugares altos (vv. 1-4); el sueño de Gabaón, con la oración del joven rey y la respuesta de Dios (vv. 5-15), y el juicio de las dos mujeres (vv. 16-28), que muestra en acción la sabiduría recibida. El que en el capítulo 2 obraba «conforme a su sabiduría» para deshacerse de sus enemigos pide ahora otra sabiduría: un corazón que escuche, para hacer justicia a su pueblo.

La hija del faraón y los lugares altos

1 Salomón, pues, afianzado que hubo su trono, emparentó
con el faraón, rey de Egipto [1], desposándose con su hija; la
que condujo a la ciudad de David, mientras que acababa de
edificar su casa y el templo del Señor, y los muros alrede-
dor de Jerusalén. 2 Mientras tanto el pueblo ofrecía sacrifi-
cios en los lugares altos [2]; porque no estaba todavía edifi-
cado el templo del Señor. 3 Y Salomón amó al Señor [3], y si-
guió los preceptos de David su padre; solamente que ofre-
cía sacrificios y quemaba incienso en los lugares altos.
4 Partió, pues, para Gabaón, a fin de ofrecer allí sacrificios;
por cuanto era éste el más grande entre los lugares excel-

sos; mil víctimas ofreció Salomón en holocausto [4] sobre aquel altar en Gabaón.

El sueño de Gabaón

[5] Y se apareció el Señor por la noche en sueños [5] a Salomón, diciendo: Pide lo que quieres que yo te otorgue [6].
[6] Respondió Salomón: Tú usaste de gran misericordia [7] con tu siervo David, mi padre; así como él anduvo en tu presencia con verdad, y justicia, y rectitud de corazón para contigo; tú le conservaste tu gran misericordia, y le diste un hijo que se sentase sobre su trono, según que hoy se verifica. [7] Ahora, pues, Señor Dios, tú me has hecho reinar a mí, siervo tuyo, en lugar de mi padre David; mas yo soy aún como un niño pequeño que no sabe la manera de conducirse [8]. [8] Por otra parte se halla tu siervo en medio del pueblo que tú escogiste, pueblo infinito que no puede contarse [9] ni reducirse a número por su muchedumbre.
[9] Da, pues, a tu siervo un corazón dócil [10] para que sepa hacer justicia, y discernir entre lo bueno y lo malo; porque si no, ¿quién será capaz de gobernar este pueblo, este pueblo tuyo tan numeroso?

La respuesta de Dios

[10] Agradó esta oración al Señor, por haber pedido Salomón semejante gracia. [11] Y le dijo el Señor: Por cuanto has hecho esta petición, y no has pedido para ti larga vida, ni ri-

quezas, ni la muerte de tus enemigos [11], sino que has pedido sabiduría para discernir lo justo, [12] sábete que yo he otorgado tu súplica, y te he dado un corazón sabio y de tanta inteligencia que no lo ha habido semejante antes de ti, ni le habrá después [12]. [13] Pero aun esto que no has pedido, te lo daré [13], es a saber, riquezas y gloria; de manera que no haya habido en todos los tiempos pasados ningún rey que te iguale. [14] Y si tú siguieres mis caminos, y observares mis preceptos y mis leyes, conforme lo hizo tu padre, te concederé larga vida.

[15] Luego que despertó Salomón, conoció la cualidad o verdad de aquel sueño [14]; y llegado a Jerusalén, se presentó ante el arca del Testamento del Señor, y ofreció holocaustos y víctimas pacíficas, y dio un gran banquete a todos sus cortesanos.

El juicio de las dos madres

[16] En aquella sazón acudieron al rey dos mujeres públicas [15], y presentándose a su tribunal, [17] dijo una de ellas: Dígnate escucharme, ¡oh señor mío! Yo y esta mujer vivíamos en una misma casa, y yo parí en el mismo aposento en que ella estaba. [18] Tres días después de mi parto, parió también ella; nos hallábamos las dos juntas, y no había en la casa nadie sino nosotras dos [16]. [19] Mas el hijo de esta mujer murió una noche; porque estando ella durmiendo lo sofocó. [20] Y levantándose en silencio a una hora

intempestiva de la noche, cogió a mi niño del lado de esta sierva tuya, que estaba dormida, y se lo puso en su seno, y a su hijo muerto lo puso en el mío. 21 Cuando me incorporé por la mañana para dar de mamar a mi hijo, lo hallé muerto; pero mirándole con mayor atención así que fue día claro, reconocí no ser el mío que yo había parido.

22 A esto respondió la otra mujer: Es falso, tu hijo es el que murió, y el que vive es el mío. La otra por el contrario decía: Mientes, pues mi hijo es el vivo, y el tuyo es el muerto. Y de esta manera altercaban en presencia del rey. 23 Dijo entonces el rey: La una dice: Mi hijo es el vivo, el muerto es el tuyo. La otra responde: No, que tu hijo es el muerto, y el vivo es el mío.

24 Ahora bien, dijo el rey, traedme una espada. Y así que se la hubieron traído: 25 Partid, dijo, por medio al niño vivo [17], y dad la mitad a una, y la otra mitad a la otra. 26 Mas entonces la mujer que era madre del hijo vivo, clamó al rey (porque se le conmovieron sus entrañas [18] por amor a su hijo): Dale, te ruego, oh señor, a ella vivo el niño, y no lo mates. Al contrario decía la otra: Ni sea mío ni tuyo, sino divídase [19]. 27 Entonces el rey pronunció esta sentencia: Dad a la primera el niño vivo, y ya no hay que matarlo, pues ella es su madre [20].

28 Se divulgó por todo Israel la sentencia dada por el rey, y se llenaron todos de un respetuoso temor hacia él, viendo

que le asistía la sabiduría de Dios para administrar justicia [21].

¿Sabías que?

Entre 1508 y 1511, al decorar la Estancia de la Signatura, en el Vaticano, Rafael pintó *El juicio de Salomón* en una de las esquinas de la bóveda, junto a la figura de la Justicia: el rey levanta la mano desde su trono mientras un soldado se dispone a partir al niño con la espada. En 1649, Nicolas Poussin pintó la escena en un lienzo que hoy está en el Museo del Louvre, con Salomón en el centro, como el fiel de una balanza, y las dos mujeres a los lados. Y en Venecia, una de las esquinas del Palacio Ducal, sede del gobierno y de los tribunales de la República, está adornada desde el siglo XV con un grupo escultórico del juicio de Salomón.

Salomón pide sabiduría

Elemento	1 Reyes 3 · 2 Crónicas 1	Sabiduría 9
El lugar	Gabaón, con el Tabernáculo y el altar de bronce (3,4; 2 Cr 1,3-6)	—
El momento	De noche, en sueños (3,5)	—
La invocación	«Tú usaste de gran misericordia con tu siervo David» (3,6)	«Oh Dios de mis padres y Señor de misericordia» (9,1)
La humildad	«Como un niño pequeño» (3,7)	«Hombre flaco, y de corta edad» (9,5)
La petición	«Un corazón dócil» (3,9); «sabiduría e inteligencia» (2 Cr 1,10)	«Dame aquella sabiduría que asiste a tu trono» (9,4)
El motivo	Gobernar a un pueblo numeroso (3,8-9)	Ser rey y juez; edificar el templo (9,7-8)
Su origen	Un don: «te he dado un corazón sabio» (3,12)	Enviada «de tus santos cielos» con «tu Santo Espíritu» (9,10.17)
Lo añadido	Riquezas, gloria y, con condición, larga vida (3,13-14)	—
El fruto	«Le asistía la sabiduría de Dios» (3,28)	«Por la sabiduría fueron salvados» (9,19)

El libro de la Sabiduría, escrito en griego en vísperas de la era cristiana, pone en boca de Salomón una oración que desarrolla la de Gabaón; la Iglesia la reza como cántico de Laudes. Citas según Torres Amat. Jesús dirá: «aquí hay algo más que Salomón» (Mt 12,42).

PARA PROFUNDIZAR

«Un corazón dócil»: la sabiduría que pide Salomón

El capítulo 2 terminó con un reino afianzado a fuerza de espada, y con una sabiduría que era sobre todo astucia: David confiaba en que su hijo, «sabio» como era, sabría deshacerse de sus enemigos (2,6.9). El capítulo 3 empieza en otro tono. Salomón sube a Gabaón, el más importante de los lugares altos, ofrece mil holocaustos, y allí, de noche, Dios se le aparece en sueños y le ofrece cualquier cosa: «Pide lo que quieres que yo te otorgue» (3,5). La pregunta es un regalo y una prueba, porque lo que uno pide revela lo que ama.

La oración de Salomón tiene tres movimientos. Empieza por la memoria: Dios fue fiel a David, y el trono que ocupa su hijo es fruto de esa misericordia (3,6). Sigue la humildad: «yo soy aún como un niño pequeño que no sabe la manera de conducirse» (3,7), dice un hombre que ya tenía un hijo (ver nota a 3,7), como Jeremías dirá «no sé hablar, que soy un muchacho» (Jer 1,6). Y termina con la petición: «un corazón dócil», en hebreo «un corazón que escucha», para hacer justicia y discernir entre lo bueno y lo malo (3,9; ver nota a 3,9). No pide saberlo todo, sino escuchar a Dios y a su pueblo; no pide un don para sí, sino para servir a «este pueblo tuyo tan numeroso».

Dios responde con una generosidad desbordante. Concede lo que se le pide y añade lo que no se le pidió, riquezas y gloria (3,11-13): es la lógica del Evangelio, «buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura» (Mt 6,33). Pero la promesa de larga vida va unida a una condición: «si tú siguieres

mis caminos» (3,14). El don no dispensa de la fidelidad. El libro lo mostrará con tristeza: el que «amó al Señor» (3,3) amará después a muchas mujeres extranjeras, y el corazón que había pedido escuchar se desviará hacia otros dioses (11,1-4).

La tradición bíblica volvió muchas veces a esta escena. El libro de la Sabiduría pone en boca de Salomón una larga oración que la desarrolla: «dame aquella sabiduría que asiste a tu trono» (Sab 9,4; ver el cuadro). La Iglesia la reza como cántico de Laudes, y san Juan Pablo II, al comentarla, recordaba el «sueño-revelación» de Gabaón y explicaba que esa sabiduría no es simple inteligencia o habilidad práctica, sino «la participación en la mente misma de Dios» (audiencia del 29 de enero de 2003). Santiago invita a pedirla con confianza (Sant 1,5), y el Catecismo cuenta la sabiduría como el primero de los siete dones del Espíritu Santo, que «pertenecen en plenitud a Cristo, Hijo de David» (n. 1831). La liturgia lee la oración de Salomón el 17.º domingo del ciclo A, y sus vv. 11-14 en el común de doctores de la Iglesia y en las misas por los gobernantes.

El juicio de las dos mujeres muestra esa sabiduría en acción. Es un caso sin testigos, palabra contra palabra (3,18), en el que ningún interrogatorio puede averiguar la verdad. Salomón no la busca en los hechos, sino en el corazón: la orden de partir al niño hace hablar a las entrañas de la verdadera madre, que prefiere perderlo antes que verlo morir, y a la envidia de la otra, que prefiere que nadie lo tenga (3,26). La espada que no llega a cortar revela los pensamientos, como la palabra de Dios, «más penetrante que espada de dos filos», que discierne «los pensamientos y las intenciones del corazón» (Heb 4,12). Relatos parecidos circulaban

en otras culturas (ver nota a 3,25); la Biblia lo cuenta para mostrar que en el rey había «sabiduría de Dios» (3,28), y la tradición judía llegó a decir que una voz del cielo confirmó la sentencia (ver nota a 3,27).

Los Padres vieron en Salomón una figura de Cristo, y en su sabiduría, un anuncio de la Sabiduría hecha carne. Jesús se presentó como «algo más que Salomón» (Mt 12,42), y san Pablo lo llama «sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24). Juan Pablo II terminaba su catequesis sobre Sab 9 con una oración de san Ambrosio a Cristo: «Enséñame las palabras llenas de sabiduría, porque tú eres la Sabiduría». Pedir un corazón dócil es, en el fondo, pedir el corazón de Cristo, que escuchaba al Padre y se conmovía ante el dolor de una madre (Lc 7,13).

PAUSA

1. Si Dios te dijera hoy: «Pide lo que quieres», ¿qué le pedirías?
2. Salomón pidió un corazón que escucha. ¿A quién te cuesta más escuchar: a Dios, a tu familia o a los que dependen de ti?
3. La verdadera madre prefirió perder a su hijo antes que verlo morir. ¿Qué amor te ha enseñado a renunciar por el bien de otro?

Para orar. *Señor, dame un corazón dócil, que escuche tu palabra y sepa hacer justicia a los que pones en mi camino.*

4

La corte y la sabiduría de Salomón

Después de las luchas por la sucesión, el narrador muestra el reino de Salomón en orden y en paz. El capítulo tiene tres partes: la lista de los ministros de la corte (vv. 1-6), los doce intendentes que abastecían al rey, cada uno durante un mes al año (vv. 7-19), y un retrato de la prosperidad, el poder y la sabiduría del rey (vv. 20-34). Las listas parecen copiadas de archivos de palacio; el retrato final es casi un himno: un pueblo «innumerable como las arenas del mar», cada familia bajo su parra y su higuera, y un rey más sabio que todos los sabios de Oriente y de Egipto.

La corte de Salomón

[1]Reinaba, pues, Salomón sobre todo Israel. [2]Y éstos eran
sus principales ministros: Azarías, hijo del sumo sacerdote Sadoc [1]; [3]Elihoref y Ahías, hijos de Sisa, secretarios; Josafat, hijo de Ahilud, canciller; [4]Banaías, hijo de Joíada,
general de los ejércitos; Sadoc y Abiatar, sumos sacerdotes [2]; [5]Azarías, hijo de Natán, superintendente de los que asistían al rey; Zabud, hijo de Natán, sacerdote, privado o confidente del rey [3]; [6]y Ahisar, mayordomo mayor [4]; y Adoniram, hijo de Abda, superintendente de las rentas [5].

Los doce intendentes

7 Tenía también Salomón doce intendentes repartidos en
todo Israel [6], los cuales proveían de víveres al rey y a su
palacio. Cada uno de éstos suministraba durante un mes
al año todo lo necesario. 8 Y he aquí sus nombres: Benur,
intendente en toda la montaña de Efraín; 9 Bendecar, en
Maccés, y en Salebim, y en Betsamés, y en Elón, y en Beta-
nán; 10 Benesed, en Arubot; y a éste le pertenecía también
Socó y todo el territorio de Efer; 11 Benabinadab, que tenía
toda la provincia de Nefatdor, estuvo casado con Tafet,
hija de Salomón; 12 Bana, hijo de Ahilud, tenía la intenden-
cia de Tanac, y de Mageddo, y de todo el país de Betsán,
que está cerca de Sartana, debajo de Jezrael, desde Betsán
hasta Abelmehula en frente de Jecmaam; 13 Bengaber en
Ramot de Galaad, tenía las villas de Avot-Jair, hijo de Ma-
nasés en Galaad, y gobernaba todo el país de Argob, que
está en Basán, a sesenta poblaciones grandes y muradas,
cuyas puertas se cerraban con barras de bronce;

14 Ahinadab, hijo de Addo, presidía en Manaím;
15 Aquímaas en Neftalí, quien estuvo asimismo casado con
Basemat, hija de Salomón; 16 Baana, hijo de Husi, en Aser y
en Balot; 17 Josafat, hijo de Farué, en Isacar; 18 Semei, hijo
de Ela, en Benjamín; 19 Gaber, hijo de Huri, en la tierra de
Galaad, en la tierra que fue de Sehón, rey de los amorreos,
y de Og, rey de Basán; y cuidaba de todo lo de aquel país.

Paz y abundancia

20 Judá e Israel formaban un pueblo innumerable como las
arenas del mar [7]; y comían y bebían con alegría.
21 Extendíase el dominio de Salomón [8] sobre todos los rei-
nos del país de los filisteos, desde el río Eufrates hasta las
fronteras de Egipto, los cuales le traían presentes, y le es-
tuvieron sujetos todo el tiempo que vivió. 22 Las provisio-
nes para la mesa de Salomón o gasto de su palacio, eran
cada día treinta coros de flor de harina [9] y sesenta de hari-
na común; 23 diez bueyes cebados y veinte de pasto, y cien
carneros, sin contar la caza de ciervos, corzos, y búfalos, y
aves cebadas, o volatería. 24 Porque era el señor de todo el
país de la otra parte del río [10], desde Tafsa hasta Gaza, y de
todos los reyes de aquellas regiones; y estaba en paz con
todos los confinantes de las fronteras. 25 Así es que Judá e
Israel vivían sin zozobra alguna, cada cual a la sombra de
su parra, o de su higuera [11], desde Dan hasta Bersabee,
todo el tiempo que reinó Salomón.

26 Además de esto tenía Salomón en sus caballerizas cua-
renta mil caballos para carros de guerra [12], y doce mil de
montar; 27 a los cuales mantenían los sobredichos doce
proveedores del rey, los mismos que con gran esmero pro-
veían a su debido tiempo la mesa del rey Salomón de todo
lo necesario. 28 Y asimismo conducían al lugar donde se

hallaba el rey, cebada y paja para los caballos y bestias de carga, según la orden que se les tenía dada.

Más sabio que todos los hombres

29 Dio además Dios a Salomón una sabiduría y prudencia incomparable y una magnanimidad inmensa [13], como la arena que está en las playas del mar. 30 Aventajaba la sabiduría de Salomón a la sabiduría de todos los orientales y de los egipcios. 31 Era más sabio que todos los hombres: más sabio que Etán el ezraita [14], y que Emán, y Cálcol, y Dorda, hijos de Mahol; y era muy celebrado en todas las naciones cercanas.

32 Pronunció también tres mil parábolas [15]; y sus cánticos fueron mil cinco. 33 Trató asimismo de todas las plantas, desde el cedro que crece en el Líbano hasta el hisopo [16] que brota de las paredes; y discurrió acerca de todos los animales y de las aves, de los reptiles y de los peces. 34 Por lo que venían de todos los países a escuchar la sabiduría de Salomón, y enviados de todos los reyes de la tierra, entre los cuales se había esparcido la fama de su sabiduría.

¿Sabías que?

En *La Nueva Atlántida*, la utopía inacabada del filósofo inglés Francis Bacon (1561-1626), publicada después de su muerte, los habitantes de una isla imaginaria tienen una gran institución dedicada al estudio «de las obras y criaturas de Dios», llamada la «Casa de Salomón». Bacon explica el nombre por la historia natural que Salomón escribió «de todas las plantas, desde el cedro del Líbano hasta el musgo que brota de la pared» (v. 33). Se suele decir que esa casa imaginaria inspiró a los fundadores de la Royal Society de Londres (1660), una de las primeras academias de ciencias experimentales.

Los doce intendentes de Salomón

Intendente	Territorio	Nota
Benur	Montaña de Efraín (4,8)	El corazón de la casa de José
Bendecar	Maccés, Betsamés... (4,9)	Antigua heredad de Dan
Benesed	Arubot, Socó, Efer (4,10)	¿Llanura de Sarón?
Benabinadab	Nefatdor (4,11)	Costa de Dor; yerno del rey
Bana	Tanac, Mageddo, Betsán (4,12)	Llanura de Jezrael
Bengaber	Ramot de Galaad, Argob (4,13)	Galaad del norte y Basán
Ahinadab	Manaím (4,14)	Antigua capital de Isboset
Aquímaas	Neftalí (4,15)	Yerno del rey
Baana	Aser y Balot (4,16)	¿Hijo de Cusai? (2 Sam 15,32)
Josafat	Isacar (4,17)	Hijo de Farué
Semei	Benjamín (4,18)	Hijo de Ela
Gaber	Galaad del sur (4,19)	Tierra de Sehón y de Og

Cada intendente abastecía la corte un mes al año (4,7.27). Unos distritos son tribus; otros, comarcas o grupos de ciudades (compárese Jos 13 – 19). Judá no figura, salvo que sea suyo el «intendente que había en la tierra» del final de 4,19 en el hebreo: una exención así explicaría en parte el resentimiento del norte (12,4).

PARA PROFUNDIZAR

«*Más sabio que todos los hombres*»: *Salomón y los libros sapienciales*

El retrato que cierra el capítulo (vv. 29-34) es el de un sabio universal. Dios da a Salomón sabiduría, prudencia y «anchura de corazón», tan abundantes como la arena del mar, y su fama atrae a

gentes de todos los pueblos. Pero el narrador lo mide con una vara internacional: Salomón supera a «todos los orientales» y a «los egipcios» (v. 30). En el antiguo Oriente, la sabiduría no era propiedad de un pueblo. Los «hijos de Oriente» eran los sabios del desierto y de Edom, cuya fama recuerdan los profetas (Jer 49,7; Abd 8); de esa región vienen Job y sus amigos, que no son israelitas. Egipto tenía una larga tradición de «instrucciones», consejos de un padre a su hijo para vivir con rectitud.

Una de ellas, la *Instrucción de Amenemope*, conservada en un papiro del Museo Británico publicado en 1923, se parece tanto a Prov 22,17 – 24,22 que muchos estudiosos piensan que el autor de esa sección de los Proverbios la conocía y la adaptó: Amenemope tiene treinta capítulos, y Prov 22,20 habla de «treinta» consejos, aunque la palabra hebrea es dudosa. La dependencia y su alcance se discuten. La Biblia no tiene reparo en que Israel aprenda de sus vecinos, pero pone esa sabiduría bajo un principio nuevo: «el temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Prov 1,7; 9,10).

La obra de Salomón abarca la palabra y la naturaleza: proverbios y cánticos (ver nota a 4,32), y un saber sobre plantas y animales «desde el cedro... hasta el hisopo» (v. 33). El libro de la Sabiduría desarrollará la idea: Dios dio a Salomón conocer «la estructura del mundo», «la naturaleza de los animales» y «las variedades de las plantas y las virtudes de las raíces» (Sab 7,17-21). El Catecismo cita ese pasaje para enseñar que solo Dios, Creador de todo, puede dar el conocimiento verdadero de las cosas creadas (n. 216). Observar la creación es también una forma de sabiduría que viene de Dios.

La tradición atribuyó a Salomón los Proverbios, el Eclesiastés, el Cantar de los cantares y la Sabiduría. San Agustín ya distinguía: tres de esos libros se reciben como suyos; la Sabiduría y el Eclesiástico se le atribuían por cierta semejanza de estilo, pero «los más doctos no dudan de que no son suyos» (*La ciudad de Dios* XVII,20). Hoy se piensa que los Proverbios reúnen colecciones de épocas distintas, algunas de otros autores (Prov 30,1; 31,1), y que la Sabiduría se escribió en griego, en Alejandría, poco antes de Cristo. La Pontificia Comisión Bíblica explica que los escribas posteriores al destierro unificaron los escritos sagrados «bajo los nombres de Moisés, legislador y sumo profeta, de David, el salmista, y de Salomón, el sabio» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 60). Poner un libro bajo el nombre de Salomón era situarlo en la tradición sapiencial que él inauguró; su inspiración no depende de quién sostuvo la pluma.

Fuera de la Biblia, la fama de Salomón siguió creciendo. Los *Salmos de Salomón*, dieciocho poemas judíos del siglo I a. C., no entraron en el canon. Flavio Josefo cuenta que el rey compuso fórmulas para expulsar demonios, y dice haber visto a un judío llamado Eleazar curar a un endemoniado ante el emperador Vespasiano invocando a Salomón (*Antigüedades judías* VIII,2,5). El Nuevo Testamento recoge otra herencia: Jesús compara la gloria de Salomón con la de los lirios del campo (Mt 6,29) y se presenta como «algo más que Salomón» (Mt 12,42); san Pablo llama a Cristo «sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24.30), en quien están escondidos «todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2,3).

Pero el retrato tiene una sombra. El rey más sabio terminará adorando a otros dioses (11,4), y Nehemías lo pondrá como adver-

tencia: no hubo rey semejante a él, «y también a él lo hicieron pecar las mujeres extranjeras» (Neh 13,26). El Eclesiástico, que lo alaba por sus cantos y proverbios, le reprocha haber manchado su gloria (Eclo 47,12-21). San Agustín lo resume: después de buenos comienzos tuvo un mal final, porque la prosperidad le hizo más daño que provecho le dio la sabiduría (*La ciudad de Dios* XVII,20). La sabiduría es un don que se conserva en la humildad y en la obediencia; sin ellas, ni el más sabio de los hombres está a salvo.

PAUSA

1. Salomón organizó bien su reino, pero el peso de la corte recaía sobre otros. ¿Quién carga con el costo de tus proyectos y tus comodidades?
2. «Cada cual a la sombra de su parra»: ¿qué necesitas de verdad para vivir en paz, y qué te sobra?
3. Salomón conocía desde el cedro hasta el hisopo. ¿Te detienes a contemplar las obras de Dios en la creación?

Para orar. *Señor, dame un corazón ancho para comprender, y humilde para recordar que toda sabiduría viene de ti.*

5

Hiram de Tiro y los preparativos del templo

Hiram, rey de Tiro, abre la gran empresa del reinado: la construcción del templo. El capítulo tiene tres momentos: las embajadas entre los dos reyes, con el mensaje en que Salomón explica por qué él, y no David, edificará la casa del Señor (vv. 1-6); la respuesta de Hiram y el contrato de maderas a cambio de trigo y aceite (vv. 7-12); y la gran movilización de trabajadores para cortar cedros y labrar piedras (vv. 13-18). Detrás del lenguaje diplomático se ve ya el precio de la obra: la leva de treinta mil israelitas será una de las quejas que dividirán el reino (12,4).

Las embajadas de Salomón e Hiram

[1] Además de eso, Hiram, rey de Tiro [1], envió sus embajadores a Salomón, habiendo sabido que le habían ungido rey en el lugar de su padre; porque Hiram había sido siempre amigo de David. [2] Salomón despachó también una embajada a Hiram, diciéndole: [3] Bien sabes el deseo que tuvo mi padre David, y que no pudo edificar el templo al Nombre del Señor su Dios a causa de las guerras que tenía con sus vecinos [2], hasta que el Señor se los puso bajo las plantas de sus pies. [4] Mas ahora el Señor mi Dios me ha dado reposo por todas partes [3], y no tengo enemigo ni obstáculo alguno [4]. [5] Por eso pienso edificar un templo al Nombre

del Señor Dios mío, como lo dejó el Señor ordenado a mi padre David, diciendo: Tu hijo a quien pondré en tu lugar sobre tu solio, ése ha de edificar el templo al Nombre mío [5]. [6] Da, pues, orden a tus gentes que me corten cedros del Líbano, y mis gentes se juntarán con las tuyas, y por el salario de éstas te daré yo todo lo que pidieres; porque bien sabes que en mi pueblo no hay quien sepa labrar la madera como los sidonios [6].

El contrato de las maderas

[7] Así que oyó Hiram la embajada de Salomón, se alegró sobremanera, y exclamó: Bendito sea hoy el Señor Dios [7] que dio a David un hijo sapientísimo para gobernar un pueblo tan numeroso. [8] Inmediatamente Hiram envió a decir a Salomón: He oído todo lo que me pides; cumpliré todos tus deseos en orden a las maderas de cedro y abeto. [9] Mis siervos las transportarán desde el Líbano al mar, y haré acomodarlas en almadías o balsas [8], dirigiéndolas al lugar que me señalares, y las haré arrimar allí, y tú las mandarás recoger. Entretanto me suministrarás lo que necesite para el arreglo de mi casa [9].

[10] Daba, pues, Hiram a Salomón maderas de cedro y abeto, cuantas éste quería; [11] y Salomón por su parte daba a Hiram para sustento de su palacio veinte mil coros de trigo y veinte mil de aceite purísimo [10]. Todo esto daba anualmente Salomón a Hiram. [12] Dio también el Señor a Salo-

món la sabiduría [11], como se lo había prometido, y tenían paz entre sí Hiram y Salomón, e hicieron alianza recíproca [12].

La leva y las canteras

[13] Tras esto escogió Salomón obreros de todo Israel, y fueron los pedidos treinta mil hombres [13]; [14] los cuales enviaba al Líbano por su turno, diez mil cada mes; de modo que estaban dos meses en sus casas. Adoniram era el que cuidaba del cumplimiento de esta disposición.

[15] Tuvo también Salomón setenta mil hombres para la conducción de los materiales [14], y ochenta mil canteros en el monte, [16] sin contar los sobrestantes de cada una de las obras, en número de tres mil trescientos, los cuales dirigían la gente y los obreros. [17] Mandó también el rey que sacasen piedras grandes, piedras de gran precio [15] para los fundamentos del templo, y las cuadrasen. [18] Lo cual ejecutaron los canteros de Salomón con los de Hiram; particularmente los giblios [16], que fueron los que pulieron las maderas y las piedras para la construcción del templo.

¿Sabías que?

De los grandes bosques de cedros que talaron egipcios, fenicios, asirios y babilonios quedan hoy pequeños bosquecillos. El más famoso, los «Cedros de Dios» (Arz el-Rab), crece a unos dos mil metros de altura junto a Bsharri, en el norte del Líbano, sobre el valle de Qadisha, donde los monjes maronitas excavaron sus monasterios en la roca. Se calcula que algunos de sus árboles tienen más de mil años. Desde 1998, el valle y el bosque son Patrimonio de la Humanidad, y un cedro verde ocupa el centro de la bandera del Líbano.

PAUSA

1. Hiram bendijo a Dios al ver la sabiduría de Salomón. ¿Qué ven de Dios en tu vida quienes no comparten tu fe?
2. Salomón esperó el tiempo del «reposo» para construir. ¿Qué obra buena estás aplazando, o forzando antes de tiempo?
3. Los treinta mil de la leva pagaron el templo con su trabajo. ¿Cómo tratas a quienes trabajan para ti?

Para orar. *Señor, que mis obras sean para tu Nombre, y que no pesen injustamente sobre nadie.*

6

La construcción del templo

El capítulo central del reinado describe la construcción del templo con minucia de arquitecto: medidas, materiales, adornos. Tiene tres partes: la fecha y la estructura exterior, con el pórtico y las estancias laterales (vv. 1-10); una palabra de Dios en medio de la obra, que une su presencia a la fidelidad del rey (vv. 11-13); y el interior, revestido de cedro y de oro, con el oráculo, los querubines, las puertas y el atrio (vv. 14-38). El narrador fecha el comienzo desde el éxodo: el templo es la meta del camino que empezó en Egipto, la casa donde Dios quiere habitar en medio de su pueblo.

La casa y sus estancias

1 Se comenzó a edificar la casa del Señor en el año cuatrocientos ochenta [1] después de la salida de los hijos de Israel
de la tierra de Egipto, el año cuarto del reinado de Salomón sobre Israel, en el mes de Cío, esto es, el mes segundo. 2 Y la casa que el rey Salomón edificaba al Señor tenía
sesenta codos de largo, veinte de ancho y treinta de alto [2].
3 Delante del templo había un pórtico de veinte codos de
largo, según la medida de lo ancho del templo, y tenía diez
codos de ancho delante de la fachada del templo. 4 En el
templo hizo ventanas transversales o claraboyas [3]; 5 y jun-

to al muro que cercaba el templo construyó estancias entre las paredes del edificio [4], alrededor del templo y del oráculo; e hizo lados o parapetos en todo el contorno. [6] El piso bajo o suelo tenía cinco codos de ancho, el de en medio seis codos, el tercero siete; y en todo el edificio por fuera asentó las vigas de tal modo que no estuviesen metidas en las paredes del templo.

[7] La construcción de la casa del Señor se hizo de piedras labradas de antemano; sin que, durante la obra de la casa del Señor, se oyese en ella ruido de martillo [5], ni de hacha o azuela, ni de ninguna otra herramienta. [8] La puerta del piso de en medio estaba al lado derecho del edificio, y por un caracol se subía a la estancia de en medio, y de ésta al tercer alto. [9] Así edificó la casa y la perfeccionó, y la cubrió con artesonados de cedro. [10] Y edificó habitaciones con tablas alrededor de todo el edificio, de cinco codos de altura, y cubrió la casa con maderas de cedro.

La promesa en medio de la obra

[11] Después de lo cual habló el Señor a Salomón, diciendo: [12] En esta casa que tú has edificado (si tú siguieres mis preceptos [6], y practicares mis determinaciones, y guardares todos mis mandamientos, sin desviarte de ellos), verificaré en ti la promesa que hice a David, tu padre; [13] y habitaré en medio de los hijos de Israel [7], y no desampararé nunca al pueblo mío de Israel.

El interior: el oráculo y los querubines

14 Edificó, pues, Salomón el templo, y lo concluyó. 15 Las
paredes del templo las revistió por dentro de tablas de ce-
dro desde el suelo hasta el remate de las paredes y hasta el
techo; cubriéndolo por dentro con madera de cedro; cu-
brió asimismo el pavimento del templo con tablas de abe-
to. 16 En la parte posterior del templo formó con tablas de
cedro un edificio o división de veinte codos desde el pavi-
mento hasta lo más alto; y lo destinó para lugar interior
del oráculo [8]. 17 El templo desde la puerta del oráculo has-
ta abajo tenía cuarenta codos [9]. 18 Y todo el edificio por
dentro estaba revestido de cedro, con sus ensambladuras y
junturas hechas con mucho primor, y artificiosamente es-
culpidas; todo estaba cubierto de tablas de cedro, de tal
forma que no se podía ver ni una sola piedra de la
pared [10].

19 El oráculo lo había edificado en el fondo del templo, en la
parte más interior para colocar allí el arca del Testamento
del Señor. 20 Tenía este oráculo veinte codos de largo, vein-
te codos de ancho, y veinte codos de alto, y lo cubrió y re-
vistió de oro purísimo. Cubrió también de oro el altar o
mesa de cedro [11]. 21 Aun la parte del templo que estaba de-
lante del oráculo la cubrió con oro acendrado, clavando
las planchas de oro con clavos de lo mismo. 22 No había
parte alguna dentro del templo que no estuviese cubierta

de oro; y de oro cubrió también todo el altar de los perfumes, que está delante de la puerta del oráculo.

23 Dentro del oráculo puso dos querubines hechos de madera de olivo [12], de diez codos de alto. 24 Cinco codos tenía cada una de las dos alas del querubín; y así había diez codos desde la punta de un ala hasta la punta de la otra. 25 Igualmente el segundo querubín era de diez codos con la misma dimensión, pues los dos querubines eran de una misma hechura. 26 Esto es, un querubín tenía de altura diez codos y otros tantos el otro. 27 Estos querubines los colocó en medio del templo interior u oráculo, y tenían extendidas sus alas, y el ala de un querubín tocaba a la pared, y el ala del segundo tocaba a la otra pared; y las otras dos alas se tocaban entre sí en el punto de en medio del templo u oráculo. 28 Cubrió también de oro los querubines.

Adornos, puertas y atrio

29 E hizo adornar todas las paredes del templo alrededor con varias molduras y relieves, figurando en ellas querubines y palmas [13], y diversas figuras, que parecían saltar y salirse de la pared. 30 El mismo pavimento del templo, tanto en la parte interior u oráculo, como la exterior, lo cubrió de oro.

31 Y a la entrada del oráculo hizo dos puertecitas de madera
de olivo, y sus postes o columnas eran de cinco caras. 32 En
estas dos puertas de madera de olivo entalló figuras de
querubines, y de palmas, y bajorrelieves de mucho realce,
y los cubrió de oro; cubriendo también de oro tanto los
querubines como las palmas y todas las demás molduras.
33 E hizo a la entrada del templo postes de madera de olivo
cuadrangulares, 34 y dos puertas de madera de abeto, una a
un lado y la otra a otro; y ambas puertas eran de dos hojas,
que se abrían sin desunirse. 35 En ellas esculpió querubines
y palmas y varias molduras de mucho relieve, cubriendo o
adornando cada cosa con láminas de oro, trabajado todo a
escuadra y regla. 36 Y edificó el atrio interior con tres órde-
nes de piedras labradas y un orden de maderas de
cedro [14].

37 Se echaron los cimientos de la casa del Señor el año
cuarto, en el mes de Cío; 38 y el año undécimo, en el mes de
Bul [15], esto es, el mes octavo, se concluyó la casa del Señor
con todas sus partes y con todos sus utensilios. Y la edificó
Salomón en siete años.

¿Sabías que?

Un himno latino del siglo VII u VIII, *Urbs Ierusalem beata*, que se cantaba en el oficio de la dedicación de una iglesia, celebra la Jerusalén del cielo, construida «con piedras vivas» (1 Pe 2,5). Una de sus estrofas parece inspirarse en el v. 7: «Pulidas a golpes y presiones, las piedras se ajustan a su lugar por mano del artífice, y quedan colocadas para siempre en el sagrado edificio». Como las piedras del templo, que se labraban en la cantera y se asentaban después en silencio, los fieles son pulidos en esta vida, y Dios los coloca en su casa eterna.

El templo de Salomón en cifras

Parte	Medidas y materiales	Cita
La casa	60 × 20 × 30 codos (la morada, 30 × 10)	6,2
Pórtico	20 codos de ancho, 10 de fondo	6,3
Estancias	Tres pisos alrededor, de 5, 6 y 7 codos	6,5-10
Piedras	Labradas en la cantera, sin ruido	6,7
Interior	Cedro y abeto, todo cubierto de oro	6,15-22
El Santo	La sala grande: 40 × 20 codos	6,17
El oráculo	Cubo de 20 codos, forrado de oro	6,16-20
Altar	De cedro dorado: el del incienso	6,20.22
Querubines	Dos, de olivo dorado, de 10 codos	6,23-28
Adornos	Querubines, palmas y flores abiertas	6,29-35
Puertas	De olivo (oráculo) y de abeto (templo)	6,31-34
Atrio	Tres hileras de piedra y una de cedro	6,36
Obra	Del año 4.º (Cío) al 11.º (Bul): siete años	6,37-38

El codo común medía unos 45 cm; había también un codo «antiguo» o largo, de unos 52 cm (Ez 40,5; 2 Cr 3,3). Con el común, la casa medía unos 27 × 9 × 13,5 m, menos que muchas iglesias parroquiales: no era una sala para la asamblea, sino la morada del arca, y el pueblo se reunía en los atrios.

PARA PROFUNDIZAR

El *templo de Salomón: plano, símbolos y arqueología*

El templo que describe el capítulo 6 era una casa alargada, orientada hacia el oriente, con tres partes en fila: el pórtico (ulam), de veinte codos de ancho y diez de fondo; la sala grande o Santo (hejal), de cuarenta por veinte; y, al fondo, el oráculo o Santo de los

santos (debir), un cubo de veinte codos (ver nota a 6,16 y el cuadro de este capítulo). Por fuera lo rodeaban tres pisos de estancias. Sus medidas doblan las de la morada del desierto: el templo es la tienda hecha casa. Con un codo de unos 45 centímetros, medía unos 27 metros de largo, menos que muchas iglesias parroquiales. No era un lugar de reunión, sino la casa de Dios; el pueblo oraba en los atrios.

El plano no era original. Se conocen en Siria templos alargados de tres partes, con columnas a la entrada. En Ain Dara, al noroeste de Siria, un templo con pórtico, sala, cámara interior y galerías laterales, usado entre los siglos XIII y VIII a. C. (las fechas se discuten), tenía grabadas en los umbrales unas huellas de pie gigantes, como si el dios entrara en su casa; fue gravemente dañado por bombardeos en enero de 2018. En Tell Tayinat, en el sur de Turquía, apareció otro de los siglos IX-VIII, también con dos columnas en la entrada. El texto no oculta que la obra la hicieron artesanos fenicios (5,6.18; 7,13-14). Pero en el debir de Jerusalén no había estatua: solo el arca bajo las alas de los querubines, un trono vacío para el Dios que no se deja representar (Éx 20,4).

Los materiales hablan: piedra labrada en la cantera (6,7), cedro, olivo y abeto, y oro en todo el interior, cada vez más precioso al acercarse al arca. La decoración de querubines, palmeras y flores abiertas (6,29.32.35) hace pensar a muchos estudiosos en el jardín del Edén, con sus querubines guardianes (Gn 3,24), el oro de su tierra (Gn 2,11-12) y su río; Ezequiel verá brotar del templo un río con árboles frutales en las orillas (Ez 47,1-12), y el Apocalipsis, el río de agua de vida que sale del trono de Dios y del Cordero (Ap 22,1-2). El templo era el lugar donde el cielo toca la tierra: «el Se-

ñor está en su santo templo, el Señor tiene su trono en el cielo» (Sal 11,4). La Pontificia Comisión Bíblica lo dice así: el templo es «a la vez espacio funcional y simbólico», y «el edificio material de acá abajo evoca el misterio del habitat divino en el cielo» (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 48, citando 1 Re 8,30).

La arqueología no ha encontrado ninguna piedra segura del templo de Salomón. Estaba en el monte que hoy ocupa la Explanada de las Mezquitas, donde no se puede excavar, y lo que sabemos procede del texto bíblico y de los templos vecinos. Duró casi cuatro siglos: fue saqueado varias veces, purificado por los reyes reformadores y destruido por los babilonios en el 587 a. C. Después vinieron el templo de los repatriados y el de Herodes, destruido en el año 70 (ver el cuadro de los templos de Jerusalén, en el capítulo 8).

En medio de la descripción, el narrador intercala una palabra de Dios que lo relativiza todo: la presencia del Señor no depende de los muros, sino de la fidelidad (6,11-13; ver nota a 6,12). Jeremías lo recordará a la puerta del templo: no basta repetir «templo del Señor» mientras se oprime al extranjero, al huérfano y a la viuda (Jer 7,4-7).

Los Padres leyeron estos capítulos pensando en Cristo y en la Iglesia. San Agustín observa que Salomón, «pacífico», era figura del verdadero Pacífico, Cristo, que «edifica su propia casa», el pueblo de Dios (*Comentario al salmo 127* [126 en la Vulgata], 1-2; cf. Ef 2,14). Jesús habló de su cuerpo como del templo que sería destruido y levantado en tres días (Jn 2,19-21), y los apóstoles llaman

templo a la comunidad cristiana, edificada con «piedras vivas» (1 Cor 3,16-17; 1 Pe 2,5). Estos temas se desarrollan en los ensayos «La morada de Dios entre los hombres» y «La gloria que llena la morada» (capítulos 25 y 40 del Éxodo) y en los del capítulo 8 de este libro.

PAUSA

1. Dios habló a Salomón en medio de la obra para recordarle lo esencial. ¿Qué tarea te absorbe tanto que podrías olvidar para quién la haces?
2. Las piedras se labraban lejos y se asentaban en silencio. ¿Qué golpes de tu vida podrían estar preparándote para ocupar tu lugar en la casa de Dios?
3. El oráculo estaba a oscuras, y allí habitaba Dios. ¿Sabes buscarlo también cuando no lo ves?

Para orar. *Señor, haz de mí una piedra viva de tu casa, y habita en mí aunque no te vea.*

7

El palacio de Salomón y las obras de Hiram

Antes del mobiliario del templo, el narrador describe las otras construcciones de Salomón y presenta al artista que fundió los bronces. El capítulo tiene tres partes: el conjunto del palacio, con la casa del bosque del Líbano, el pórtico del trono y la casa de la hija del faraón (vv. 1-12); las obras de bronce de Hiram, el artífice de Tiro: las dos columnas, el mar sobre doce bueyes, las basas con ruedas y las conchas (vv. 13-47); y los objetos de oro (vv. 48-51). El palacio tardó trece años, casi el doble que el templo. Los bronces durarán hasta que los caldeos los rompan (2 Re 25,13).

El palacio de Salomón

1 Construyó después Salomón, y acabó enteramente en trece años, su propia casa [1]. 2 Construyó asimismo la casa o
palacio del bosque del Líbano [2] que tenía cien codos de
largo y cincuenta de ancho, y treinta de alto; y había cuatro galerías entre columnas de cedro; pues de los maderos
de cedro había formado columnas. 3 Y revistió de tablas de
cedro toda la bóveda, la cual estribaba sobre cuarenta y
cinco columnas o pilares. Cada hilera tenía quince columnas, 4 asentadas una enfrente de otra, 5 y paralelas, con

igual espacio entre columna y columna; sobre las columnas había travesaños cuadrangulares, todos iguales.

6 Hizo también un pórtico de columnas que tenía cincuenta codos de largo y treinta de ancho. Además un segundo pórtico delante del pórtico grande, con columnas y arquitrabes sobre columnas. 7 De la misma forma hizo el pórtico del trono, donde estaba el tribunal del rey [3], y lo cubrió de madera de cedro desde el pavimento hasta la techumbre. 8 Y el estrado o solio, donde se sentaba para hacer justicia, estaba en medio de este pórtico, y era de igual labor. Construyó asimismo Salomón para la hija del faraón [4] (que había tomado por esposa) una casa o habitación de la misma arquitectura de la casa del pórtico.

9 Todos estos edificios desde los cimientos hasta lo más alto de las paredes, y por fuera hasta el atrio principal, eran de piedras de gran valor, aserradas por todas partes con la misma regla y medida. 10 Los cimientos eran también de piedras de mucho precio; piedras grandes de diez o de ocho codos; 11 y de allí arriba, piedras igualmente apreciables, cortadas a una misma medida, y revestidas también de cedro. 12 El atrio grande tenía a la redonda tres órdenes de piedra de sillería y uno de vigas de cedro labrado; y lo mismo tenía el atrio interior del templo del Señor, y su pórtico.

Hiram y las dos columnas

13 Además de esto el rey Salomón hizo venir de Tiro a Hi-
ram, 14 hijo de una mujer viuda de la tribu de Neftalí [5] y de
padre tirio; artífice dotado de gran saber, inteligencia y
maestría para ejecutar toda clase de obras de bronce. El
cual habiéndose presentado al rey Salomón, le hizo todas
sus obras. 15 Primero fundió dos columnas de bronce [6],
cada una de dieciocho codos de alto; daba vuelta a cada co-
lumna un cordón o moldura de doce codos. 16 Fundió asi-
mismo dos capiteles de bronce, para ponerlos sobre los re-
mates de las columnas: un capitel tenía cinco codos de alto
y otros tantos el otro; 17 y estaban rodeados como de una
red de cadenas entrelazadas entre sí con maravilloso arti-
ficio. Los dos capiteles de las columnas eran de fundición,
en cada uno de los cuales había siete hileras de mallas o
trenzas. 18 Y para complemento de las columnas hizo dos
órdenes de mallas o redes, que rodeaban y cubrían los ca-
piteles asentados sobre pezones de granadas; lo mismo
hizo con el segundo capitel que con el primero. 19 Los capi-
teles puestos sobre los remates de las columnas en el pórti-
co, estaban labrados en forma de azucena [7], y eran de cua-
tro codos. 20 Y además sobresalían otros dos capiteles enci-
ma de las columnas entre las mallas, proporcionados a la
medida de cada columna; y así en el segundo capitel, como
en el primero, se veían doscientas granadas colocadas al-
rededor con simetría.

21 Y asentó las dos columnas en el pórtico del templo; y alzado que hubo la de la derecha, la llamó Jaquín [8]; levantada igualmente la segunda, le puso por nombre Booz.
22 Sobre las cabezas de las columnas puso remates, que tenían la figura de azucena; y con esto quedó concluida la obra de las columnas.

El mar de bronce y las basas

23 Hizo también de fundición una gran concha, toda redonda [9], de diez codos de diámetro, de un borde al otro; tenía cinco codos de profundidad, y un cordón o moldura de unos treinta codos ceñía toda su circunferencia. 24 Más abajo del borde corría una obra de talla por cada diez codos, la cual rodeaba la concha; los dos órdenes de estas molduras acanaladas eran también de fundición. 25 El mar, o concha, estaba sobre doce bueyes [10]; de los cuales tres miraban al septentrión, tres al occidente, tres al mediodía, y tres al oriente, y la concha se apoyaba sobre ellos, quedando las partes posteriores del cuerpo de los bueyes enteramente ocultas hacia la parte de adentro. 26 Tenía este baño un palmo de grueso; su borde era semejante al borde de una copa y a la hoja de una azucena abierta; cabían en él dos mil batos.

27 Fundió también diez basas de bronce [11]; cada una tenía cuatro codos de largo, cuatro de ancho y tres de alto.
28 Todas las labores de las basas eran obra entretallada con

molduras entre las junturas; [29] y entre guirnaldas y festones se veían leones y bueyes, y querubines, y asimismo sobre las junturas; debajo de los leones y bueyes colgaban unas como guirnaldas de bronce. [30] Cada basa se sostenía sobre cuatro ruedas con ejes de bronce, y a las cuatro esquinas debajo del baño había como cuatro espaldillas o zocalillos de fundición, una enfrente de otra. [31] En el remate de la basa había por dentro una concavidad donde encajaba la pila del baño; y lo que se descubría por fuera en espacio de un codo, era perfectamente redondo, y la boca entera tenía codo y medio; en las esquinas sostenidas de los zócalos había varias esculturas, y los intermedios de los zócalos eran cuadrados, no redondos. [32] Las cuatro ruedas puestas en los cuatro ángulos de la basa, estaban debajo de la basa, correspondiéndose una a otra; cada rueda tenía codo y medio de alto. [33] Las ruedas eran como las que suelen hacerse para un carro; con sus ejes y rayos, y llanta, y cubos, todo de fundición; [34] porque aun aquellos cuatro hombrillos o zocalillos a las cuatro esquinas de cada basa estaban fundidos con la misma basa en un molde, y unidos con ella. [35] En lo alto de la basa había un cerco redondo de medio codo, hecho de tal manera que pudiese sostener encima la concha; y tenía sus molduras y varias labores de relieve, todo de una pieza; [36] y en los costados, que también eran de bronce, y en las esquinas esculpió querubines, y leones, y palmas, con tal arte, que no parecían es-

culpidos, sino sobrepuestos alrededor, y tan al vivo como un hombre que está en pie. 37 A este tenor fabricó las diez basas, fundidas de un mismo modo, y de una misma medida y entalladura.

38 Fundió también diez conchas o baños de bronce; en cada concha cabían cuarenta batos, y eran de cuatro codos, y colocó una concha sobre cada una de las diez basas. 39 Y colocó diez basas, cinco a la mano derecha del templo, y cinco a la izquierda; y la gran concha o mar a la derecha del templo entre oriente y mediodía.

El inventario de los bronces y los objetos de oro

40 Hizo también Hiram calderos, y cuencos y calderillas, y concluyó todo cuanto le ordenó hacer el rey Salomón para el templo del Señor; 41 es a saber, las dos columnas, y los dos cordones de los capiteles de las columnas, y las dos mallas que cubrían los dos cordones que estaban sobre las cabezas de las columnas; 42 cuatrocientas granadas en las dos mallas; dos órdenes de granadas en cada malla que cubría los cordones de los capiteles, asentados sobre las cabezas de las columnas; 43 las diez basas y las diez conchas sobre las basas; 44 el mar y los doce bueyes de debajo del mar [12]; 45 y los calderos, cuencos y calderillos. Todos los vasos que hizo Hiram al rey Salomón para el servicio de la casa del Señor eran de bronce fino. 46 Los hizo fundir el rey en las llanuras del Jordán en una tierra gredosa, entre So-

cot y Sartán [13]. [47] Y puso Salomón todos estos vasos en el templo; y por su excesivo número no se tuvo cuenta con el peso del metal [14].

[48] Mandó hacer también Salomón todo aquello que debía servir para la casa del Señor: el altar de oro y la mesa de oro, sobre la cual se habían de poner los panes de la proposición [15]; [49] y los candeleros de oro, cinco a la derecha y cinco a la izquierda delante del oráculo, todos de oro acendrado, con unas como flores de lis, encima de los candeleros las lámparas o mecheros, y despabiladeras de lo mismo; [50] y tenajuelas, y arrejaques, y tazas, y morterillos e incensarios de finísimo oro. Los quicios de las puertas de la casa interior del lugar santísimo y de las puertas del templo eran asimismo de oro. [51] Así completó Salomón toda la obra que tenía trazada para la casa del Señor, y metió en ella el oro, la plata y todos los vasos que su padre David había consagrado a Dios [16], y lo mandó guardar todo en los tesoros de la casa del Señor.

¿Sabías que?

En 1988, el Museo de Israel compró una pequeña granada de marfil, de poco más de cuatro centímetros, con una inscripción en letras hebreas antiguas que parecía decir: «Perteneciente al templo [del Señor], santo de los sacerdotes». Se presentó como el único objeto conservado del templo de Salomón, quizá el remate del cetro de un sacerdote. En 2004, un comité de expertos concluyó que la granada es antigua, de la Edad del Bronce, pero que la inscripción es una falsificación moderna; algunos epigrafistas siguen defendiéndola. Del templo de Salomón no se ha encontrado, en realidad, ninguna pieza segura.

Las obras de bronce de Hiram y su destino

Objeto	Descripción	Qué fue de él
Jaquín y Booz	Columnas de 18 codos, huecas (7,15-22)	Rotas y llevadas a Babilonia (2 Re 25,13.16-17)
Granadas	Cuatrocientas en las mallas (7,20.42)	Contadas en el saqueo (Jer 52,22-23)
El mar	10 codos de diámetro (7,23-26)	Acaz lo bajó de los bueyes (2 Re 16,17); roto en el 587
Doce bueyes	Tres a cada lado (7,25.44)	Separados del mar por Acaz; Jer 52,20 aún los cuenta
Diez basas	Carritos con ruedas (7,27-37)	Acaz les quitó los tableros; rotas en el 587
Diez conchas	De cuarenta batos (7,38-39)	Apartadas de las basas (2 Re 16,17)
Utensilios	Calderos, cuencos, calderillas (7,45)	Llevados a Babilonia (2 Re 25,14)
Fundición	Entre Socot y Sartán (7,46)	Bronce del botín de David (1 Cr 18,8)
El peso	«No se tuvo cuenta» (7,47)	«No tenía peso» (2 Re 25,16)

Los objetos de oro (7,48-50) los cortó en pedazos Nabucodonosor en el 597 (2 Re 24,13). Ciro devolvió a los repatriados los utensilios que quedaban (Esd 1,7-11), y el banquete de Baltasar cuenta su profanación (Dn 5,2-3).

PAUSA

1. Salomón tardó siete años en la casa de Dios y trece en la suya. ¿Cómo repartes tu tiempo y tus bienes entre Dios, los demás y tú mismo?
2. Hiram puso todo su talento al servicio del templo. ¿Qué don tuyo podrías ofrecer para la casa de Dios?
3. Los bronces que nadie pudo pesar terminaron rotos camino de Babilonia. ¿Qué cosas de tu vida pesan más que tu fidelidad?

Para orar. *Afiánzame, Señor, y sé tú mi fuerza, como proclamaban las columnas de tu templo.*

8

La dedicación del templo

Es el capítulo más largo del libro y uno de los centros de la historia de Israel. Salomón reúne al pueblo en la fiesta de los Tabernáculos para llevar el arca al templo. El capítulo tiene cinco partes: el arca entra en el santuario y la nube llena la casa (vv. 1-13); el rey recuerda al pueblo la promesa hecha a David (vv. 14-21); la gran oración de la dedicación (vv. 22-53); la bendición final (vv. 54-61), y los sacrificios y la fiesta (vv. 62-66). En el centro hay una pregunta: ¿puede Dios habitar en una casa? La respuesta es una oración: Dios escucha desde el cielo, y perdona.

El arca entra en el templo

1 Entonces se congregaron en Jerusalén todos los ancianos
de Israel con los príncipes de las tribus y las cabezas de las
familias de los hijos de Israel, al llamamiento del rey Salo-
món, para trasladar el arca del Testamento del Señor des-
de la ciudad de David, esto es, desde Sión [1]. 2 Se juntó,
pues, todo Israel ante el rey Salomón el día solemne del
mes de Etanim [2], que es el mes séptimo. 3 Y acudieron to-
dos los ancianos de Israel; y los sacerdotes tomaron el arca
del Señor, 4 y el Tabernáculo de la alianza en que estaba [3]
y todos los vasos del santuario que había en el Tabernácu-

lo, y los llevaban los sacerdotes y levitas. 5 Mas el rey Salomón y toda la multitud de Israel reunida a él, iban delante del arca, e inmolaban ovejas y bueyes sin tasa ni número.

6 Por fin, los sacerdotes colocaron el arca del Señor en el lugar destinado del oráculo del Templo, en el lugar santísimo, debajo de las alas de los querubines [4]. 7 Pues estos querubines tenían extendidas sus alas sobre el sitio del arca, y cubrían por arriba el arca y sus varas; 8 y las varas que antes salían algún tanto afuera dejándose ver sus cabos fuera del santuario delante del oráculo, ya no se descubrían más por fuera; y de esta manera han quedado allí hasta el día de hoy [5]. 9 Dentro del arca no había otra cosa sino las dos tablas de piedra [6] que había puesto en ella Moisés en Horeb, cuando el Señor hizo la alianza con los hijos de Israel, luego que salieron de la tierra de Egipto.

10 Y sucedió que al salir los sacerdotes del santuario, una niebla llenó la casa del Señor [7]; 11 de manera que los sacerdotes no podían estar allí para ejercer su ministerio por causa de la niebla; porque la gloria del Señor tenía ocupada de lleno la casa del Señor. 12 Entonces dijo Salomón: El Señor tiene dicho que había de morar en una niebla [8]. 13 No he descansado, oh Dios, hasta ver concluida una casa para tu habitación, para trono tuyo firmísimo para siempre [9].

Salomón habla al pueblo

14 Y volviéndose el rey hacia toda la congregación de Is-
rael, le deseó y pidió para ella toda suerte de felicidades;
pues todo Israel se hallaba allí reunido. 15 Y añadió Salo-
món: Bendito sea el Señor Dios de Israel, el cual por su
propia boca predijo a David, mi padre, lo que con su poder
ha ejecutado, diciendo: 16 Desde el día que saqué de Egipto
a mi pueblo de Israel, yo no me escogí ninguna ciudad en-
tre todas las tribus de Israel para edificar en ella casa don-
de se invocase mi Nombre; escogí, sí, a David para que fue-
se el jefe de mi pueblo de Israel. 17 Quiso, pues, David, mi
padre, edificar una casa al Nombre del Señor Dios de Is-
rael. 18 Pero el Señor dijo a mi padre David: Bien has hecho
en haber ideado en tu corazón construir casa a mi Nom-
bre, formando en tu mente tal designio. 19 Con todo, no me
edificarás tú la casa, sino un hijo tuyo que descenderá de
ti; ése ha de edificar la casa a mi Nombre. 20 El Señor puso
en ejecución la palabra que pronunció [10]; y yo ocupé el lu-
gar de mi padre, y me senté sobre el trono de Israel como
el Señor lo había dicho, y he edificado la casa al Nombre
del Señor Dios de Israel. 21 Y en ella he escogido el lugar
para el arca, dentro de la cual está la ley, que es la alianza
del Señor [11], hecha con nuestros padres, cuando salieron
de la tierra de Egipto.

La oración de Salomón

22 Se puso después Salomón de rodillas [12] ante el Altar del
Señor, a vista de la asamblea de Israel, y levantando las
manos hacia el cielo, 23 dijo: ¡Oh Señor Dios de Israel!, no
hay Dios semejante a ti, ni arriba en el cielo, ni acá abajo
en la tierra; tú guardas el pacto y usas misericordia [13] con
tus siervos, que andan en tu presencia con todo su cora-
zón. 24 Tú has cumplido a tu siervo David, mi padre, la pa-
labra que le diste; la pronunció tu boca, y la ejecutaron tus
manos, como lo acredita este día. 25 Ahora, pues, Señor
Dios de Israel, confirma a tu siervo David, mi padre, lo que
le prometiste, diciendo: No faltará jamás de tu linaje
quien se siente ante mí sobre el trono de Israel, con tal que
tus hijos vigilen sobre sus pasos, y anden delante de mí
como tú has andado en mi presencia. 26 Sí, oh Señor Dios
de Israel, confírmense hoy tus promesas hechas a tu sier-
vo David, mi padre.

27 Mas en efecto: ¿es creíble que verdaderamente Dios ha
de habitar sobre la tierra? Porque si ni los cielos, oh Señor,
ni los altísimos cielos [14] pueden abarcarte, ¿cuánto menos
esta casa que yo he construido? 28 Como quiera, oh Señor
Dios mío, atiende a la oración de tu siervo, y a sus súplicas; escucha los himnos y las plegarias que tu siervo pronuncia hoy en tu presencia; 29 estén tus ojos abiertos de día y de noche sobre esta casa, sobre la casa de la cual dijiste:

Mi Nombre será en ella invocado [15]; de modo que oigas la
oración que tu siervo te hace en este sitio, [30] y escuches las
súplicas de tu siervo y de Israel, pueblo tuyo, sobre cuanto
te pidan en este lugar. Sí, tú los oirás, oh Señor, desde el
lugar de tu mansión en el cielo, y oyéndolos te mostrarás
con ellos propicio.

[31] Si un hombre pecare contra su prójimo, y tuviere que
hacer algún juramento con que quede obligado, y viniere a
tu casa o templo, ante tu altar para prestar o confirmar el
juramento, [32] tú estarás escuchándole desde el cielo; y ha-
rás justicia a tus siervos, condenando al impío, y haciendo
caer sobre su cabeza el castigo de su mal proceder; y absol-
viendo al justo, y recompensándole según su justicia.

[33] Si tu pueblo de Israel huyere a la presencia de sus enemi-
gos (porque vendrá día en que pecará contra ti), y hacien-
do penitencia [16], y dando gloria a tu Nombre, vinieren sus
hijos a orar y a implorar tu misericordia en esta tu casa,
[34] óyelos tú desde el cielo, perdona el pecado de tu pueblo
de Israel, y restitúyelos a la tierra que diste a sus padres.

[35] Si el cielo se cerrare, y no lloviere [17] por causa de sus pe-
cados, y orando en este lugar hicieren penitencia, dando
gloria a tu Santo Nombre, y en su aflicción se convirtieren
de sus culpas, [36] atiéndeles, Señor, desde el cielo y perdona
los pecados de tus siervos y de Israel, pueblo tuyo; y ensé-

ñales el buen camino por donde deben andar, y envía lluvias a esta tu tierra, cuya posesión diste a tu pueblo.

37 Si viniere hambre al país o peste, o infección de aire, o
tizón, o langosta o pulgón; si los enemigos le devastaren
sitiando sus ciudades; en toda plaga, en toda suerte de ca-
lamidad que viniere, 38 siempre que cualquier particular
de tu pueblo de Israel recurriere a ti con votos y plegarias,
y reconociendo la llaga que ha hecho el pecado en su
corazón [18], levantare a ti sus manos en esta casa, 39 tú le
escucharás benigno desde el cielo, desde aquel lugar de tu
morada, y te le mostrarás propicio; y darás a cada uno se-
gún sus obras, conforme vieres su corazón (porque sólo tú
conoces el corazón de todos los hijos de los hombres), 40 a
fin de que te teman mientras viven sobre la tierra que dis-
te a nuestros padres.

41 Asimismo cuando el extranjero, que no pertenece a tu
pueblo de Israel [19], viniere de lejanas tierras por amor de
tu Nombre (puesto que se esparcirá por todas partes la
fama de tu gran Nombre y de tu poderosa mano, 42 y de tu
fuerte brazo), cuando viniere, digo, y orare en este lugar,
43 tú le oirás desde el cielo, desde aquel firmamento en que
tienes tu habitación, y otorgarás todo cuanto te suplicare
el extranjero; para que así todos los pueblos del mundo
aprendan a temer tu Nombre, como tu pueblo de Israel; y

sepan por experiencia que tu Nombre es invocado en esta casa que yo he edificado.

44 Si tu pueblo saliere a campaña contra sus enemigos, doquiera que tú lo enviares, hará oración a ti mirando hacia la ciudad de Jerusalén que tú elegiste, y hacia la casa que yo he construido a tu Nombre, 45 y tú oirás desde el cielo sus oraciones y súplicas, y les harás justicia.

46 Que si pecaren contra ti, (pues no hay hombre que no peque) [20] y airado los abandonares en poder de sus enemigos, y fueren llevados cautivos a tierra enemiga, lejos o cerca de aquí, 47 y ellos en el lugar de su cautiverio se arrepintieren de corazón [21], y convertidos te pidieren perdón en medio de su esclavitud, diciendo: Hemos pecado, hemos procedido inicuamente, hemos hecho acciones impías; 48 y se volvieren a ti de todo su corazón, y con toda su alma, en la tierra enemiga, a donde fueren conducidos esclavos, e hicieren oración a ti, mirando hacia su tierra [22], que diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia el templo que he edificado a tu Nombre, 49 tú, Señor, oirás desde el cielo, desde esa firmísima morada en que tienes puesto tu solio, sus oraciones y sus plegarias, y saldrás a su defensa; 50 y propicio a tu pueblo que pecó contra ti, perdonarás todas las iniquidades con que contra ti hubieren prevaricado; e infundirás misericordia en aquellos que los tuvieren cautivos, para que los traten con compa-

sión. 51 Porque ellos son el pueblo tuyo y la heredad tuya, y
los sacaste de la tierra de Egipto de en medio del horno o
crisol del hierro.

52 Estén, pues, atentos tus ojos a las súplicas de tu siervo y
de Israel, tu pueblo, y óyelos en cualquier ocasión que te
invocaren; 53 ya que tú, ¡oh Señor Dios!, los escogiste de to-
dos los pueblos de la tierra para posesión tuya, como lo de-
claraste por boca de tu siervo Moisés, cuando sacaste de
Egipto a nuestros padres.

La bendición y la fiesta

54 Luego que Salomón hubo acabado de proferir toda esta
oración y plegaria al Señor, se levantó de ante el Altar del
Señor, porque había hincado ambas rodillas en tierra, te-
niendo levantadas las manos hacia el cielo; 55 y puesto en
pie, bendijo a toda la congregación de Israel, diciendo en
alta voz: 56 Bendito sea el Señor que ha dado reposo a su
pueblo de Israel, conforme a todas las promesas que hizo;
no ha faltado ni una sola palabra en orden a todos los bie-
nes que él prometió por boca de Moisés, siervo suyo. 57 El
Señor Dios nuestro sea con nosotros, como estuvo con
nuestros padres, y no nos desampare ni nos deseche;
58 antes bien incline hacia sí nuestros corazones [23], para
que andemos por todos sus caminos guardando sus man-
damientos y ceremonias, y todos los preceptos judiciales
que prescribió a nuestros padres. 59 Y estas mis palabras,

con que acabo de orar al Señor, estén presentes día y noche ante el Señor Dios nuestro, para que en todo tiempo ampare a su siervo y a su pueblo de Israel; 60 a fin de que todas las naciones de la tierra reconozcan que el Señor es el verdadero Dios, y que fuera de él no hay otro. 61 Sea también nuestro corazón recto [24] para con Dios nuestro Señor; de suerte que obedezcamos sus preceptos, y observemos sus mandamientos, como hacemos hoy.

62 Después de esto el rey, y con él todo Israel, sacrificaban víctimas delante del Señor. 63 Y las víctimas que Salomón degolló y sacrificó al Señor como hostias pacíficas, fueron veintidós mil bueyes, y ciento veinte mil ovejas [25]; y de esta manera dedicaron el templo del Señor el rey y los hijos de Israel. 64 En este mismo día hizo el rey consagrar aquella parte del atrio que estaba delante de la casa del Señor, ofreciendo allí holocaustos y víctimas, y la grasa de las hostias pacíficas; atento que el altar de bronce erigido al Señor no era tan grande que pudiesen caber en él los holocaustos y los sacrificios, y las grasas de las hostias pacíficas. 65 Celebró, pues, entonces Salomón una fiesta solemnísima, y con él todo Israel, congregado en grandísimo número desde la entrada de Emat hasta el río de Egipto, en la presencia del Señor Dios nuestro, por espacio de siete días, y después otros siete, esto es, catorce días. 66 Y el día octavo de esta última fiesta despidió las gentes; las cuales

llenando de bendiciones al rey, se volvieron a sus casas, alegres y con el corazón lleno de gozo 26 por todos los beneficios que había hecho el Señor a David, su siervo, y a Israel, su pueblo.

¿Sabías que?

El 27 de diciembre del 537, el emperador Justiniano inauguró en Constantinopla la basílica de Santa Sofía, la «Santa Sabiduría», que fue durante casi mil años la iglesia más grande de la cristiandad. Un relato bizantino posterior, de carácter legendario, cuenta que al entrar en ella el emperador exclamó: «¡Salomón, te he vencido!». Convertida en mezquita en 1453 y en museo en 1934, volvió a ser mezquita en 2020. La pregunta de Salomón sigue en pie ante los grandes templos: ¿habitará Dios en la tierra? (8,27).

Las súplicas de la dedicación

Caso	Lo que pide Salomón	Cita y eco
Toda oración	«Escucha desde el cielo y perdona»	8,28-30
El juramento	Que juzgue al culpable y al inocente	8,31-32; Éx 22,7-10
La derrota	Perdón y regreso a la tierra	8,33-34; Jos 7
La sequía	Perdón y lluvia	8,35-36; 18,41-45; Sant 5,17-18
Hambre y plagas	Que escuche a quien conoce «la llaga de su corazón»	8,37-40; Dt 28,21-42
El extranjero	Que todos los pueblos conozcan el Nombre	8,41-43; Is 56,7; Lc 7,1-10
La guerra	Que les haga justicia	8,44-45
El destierro	Perdón y compasión de los captores	8,46-51; Dn 6,11; 9,4-19
Conclusión	«Ellos son tu pueblo y tu heredad»	8,51-53; Éx 19,5-6

Casi todos los casos terminan con «óyelos desde el cielo», y cinco piden expresamente el perdón (8,30.34.36.39.50). El rey ruega, dice el Catecismo, «por el perdón de sus pecados y sus necesidades diarias, para que todas las naciones sepan que Dios es el único Dios» (n. 2580).

Los templos de Jerusalén

Templo	Fecha aproximada	Qué pasó
De Salomón	Desde el 966 a. C.	Obras y dedicación (6–8)
Saqueos	Desde el 925 a. C.	Sesac (14,26); otros reyes pagan con sus tesoros
Reforma	622 a. C.	Josías lo purifica (2 Re 22–23)
Destrucción	587/586 a. C.	Nabucodonosor lo incendia (2 Re 25,9)
Segundo templo	515 a. C.	Dedicado tras el destierro (Esd 6,15)
Profanación	167 a. C.	Antíoco IV (1 Mac 1,54)
Nueva dedicación	164 a. C.	Judas Macabeo: Janucá (1 Mac 4,52-59; Jn 10,22)
De Herodes	Desde el 20/19 a. C.	«Cuarenta y seis años» de obras (Jn 2,20)
Destrucción	70 d. C.	Tito lo incendia (Mt 24,1-2)
Juliano	363 d. C.	Intento fallido de reconstruirlo
Cúpula de la Roca	691/692 d. C.	En la explanada; queda el muro occidental

Jesús habló de otro templo, el de su cuerpo, destruido y levantado en tres días (Jn 2,19-21). Ver los ensayos del Éxodo «La morada de Dios entre los hombres» (cap. 25) y «La gloria que llena la morada» (cap. 40).

PARA PROFUNDIZAR

«¿*Habitará Dios en la tierra*?»: *la oración de la dedicación*

El capítulo 8 es el más largo del libro y su centro teológico. Tiene cinco partes: el arca sube al templo y la nube llena la casa (vv.

1-13); el rey se vuelve al pueblo y le recuerda la promesa hecha a David (vv. 14-21); se pone ante el altar y ora (vv. 22-53); bendice a la asamblea (vv. 54-61), y todo termina con sacrificios y catorce días de fiesta (vv. 62-66). La fecha no es casual: es la fiesta de los Tabernáculos, cuando Israel vivía siete días en chozas para recordar el desierto (Lv 23,33-43): la tienda del camino llega a una casa de piedra.

Cuando la nube llena la casa, Dios toma posesión de ella como había tomado posesión de la tienda del desierto (ver nota a 8,10). Pero enseguida Salomón formula la pregunta que relativiza su propia obra: «¿es creíble que verdaderamente Dios ha de habitar sobre la tierra?» (8,27). La respuesta no niega la presencia, sino que la describe de otro modo: Dios escucha desde el cielo la oración que se hace en la casa donde puso su Nombre (8,29-30). La Pontificia Comisión Bíblica lo resume así: el edificio material de acá abajo «evoca el misterio del habitat divino en el cielo», y el lugar santo nunca llegará a «contener» la presencia divina (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 48).

La oración avanza en tres tiempos. Primero alaba al Dios único, que «guarda la alianza y la misericordia» (8,23; Dt 7,9) y ha cumplido su palabra. Luego pide que esa promesa siga en pie (8,25-26). Por último presenta siete situaciones de la vida del pueblo: un juramento, una derrota, la sequía, el hambre y la peste, el extranjero que llega, la guerra y el destierro (ver el cuadro «Las súplicas de la dedicación»). Casi todas terminan con el mismo estribillo: «óyelos tú desde el cielo» y «perdona». El templo no es un lugar para asegurarse el favor de Dios, sino el lugar donde se pide

perdón. El Catecismo lo dice así: la oración de la dedicación «se apoya en la Promesa de Dios y su Alianza, la presencia activa de su Nombre entre su Pueblo y el recuerdo de los grandes hechos del Éxodo», y el rey ruega «por él, por todo el pueblo, por las generaciones futuras, por el perdón de sus pecados y sus necesidades diarias, para que todas las naciones sepan que Dios es el único Dios y que el corazón del pueblo le pertenece por entero a Él» (n. 2580).

La oración es muy realista. Da por supuesto que el pueblo pecará, «pues no hay hombre que no peque» (8,46), y prevé la derrota y la deportación a una tierra enemiga. Allí, lejos del templo, los desterrados podrán entrar en sí mismos, confesar «hemos pecado, hemos obrado mal, hemos sido impíos» y orar hacia la tierra, la ciudad y la casa (8,46-50). Así oraron después Daniel y Baruc (Dn 6,11; 9,4-19; Bar 2,11-19). Muchos estudiosos piensan que estos versículos recibieron su forma final en el destierro, cuando el templo estaba en ruinas: la oración de Salomón enseñaba entonces a orar sin templo, con la certeza de que Dios escucha desde el cielo. Ninguna distancia, ni siquiera la del pecado, deja a Israel fuera del alcance de su Dios.

Salomón aparece aquí con rasgos casi sacerdotales: convoca al pueblo, ora ante el altar, lo bendice dos veces (8,14.55) y ofrece sacrificios (8,62-64). Algunos ven en él la figura del rey que es también mediador del culto, como Melquisedec, «rey de Salem» y «sacerdote del Dios altísimo» (Gn 14,18; Sal 110,4); otros recuerdan que los sacrificios los ofrecían los sacerdotes en nombre del rey. Los cristianos ven esa figura cumplida en Cristo, rey y sumo sacerdote, que es «más que el templo» y «más que Salomón» (Mt

12,6.42), y que la víspera de su pasión ora al Padre por los suyos y por todos los que creerán por su palabra (Jn 17,20).

La Iglesia lee esta página en las ferias de la 5.ª semana del tiempo ordinario de los años pares (8,1-7.9-13 y 8,22-23.27-30), en el aniversario de la dedicación de una iglesia (8,22-23.27-30) y en la misa de acción de gracias (8,55-61). Cada iglesia dedicada repite su pregunta y su respuesta: Dios no cabe en nuestras casas, pero ha querido que lo busquemos en ellas, y allí escucha y perdona.

PARA PROFUNDIZAR

«*Casa de oración para todos los pueblos*»: *el extranjero y la dedicación de las iglesias*

Entre las súplicas de Salomón hay una que sorprende: la del extranjero (8,41-43). No es el forastero que vive en Israel, al que la Ley protegía, sino el que viene «de lejanas tierras» porque ha oído hablar del gran Nombre del Señor. No se dice que haya pecado ni que esté en apuros: viene a orar, y Salomón pide que Dios le conceda «todo cuanto te suplicare», con una finalidad que abraza a la humanidad entera: «para que así todos los pueblos del mundo aprendan a temer tu Nombre, como tu pueblo de Israel». La bendición final lo repite: «a fin de que todas las naciones de la tierra reconozcan que el Señor es el verdadero Dios» (8,60). Dos capítulos después, una reina extranjera llegará a Jerusalén y bendecirá al Dios de Israel (10,9).

Los profetas recogieron esta apertura. Isaías anuncia que los extranjeros que se adhieran al Señor serán llevados a su monte san-

to, «porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (Is 56,6-7), y Zacarías ve a las naciones subir cada año a Jerusalén para celebrar los Tabernáculos, la fiesta de la dedicación de Salomón (Zac 14,16). Jesús citó a Isaías al expulsar a los vendedores del templo, y Marcos conserva la frase entera: «para todos los pueblos» (Mc 11,17). En el templo de Herodes, sin embargo, un muro separaba el atrio exterior de los patios interiores, con una inscripción que prohibía la entrada a los extranjeros bajo pena de muerte (Flavio Josefo, *Antigüedades judías* XV,11,5); se conservan dos de esas inscripciones en griego, una completa, hallada en 1871, y un fragmento, hallado en 1935. San Pablo fue acusado de haber introducido en el templo a un griego, Trófimo (Hch 21,28-29), y escribió que Cristo derribó «el muro de separación» entre judíos y gentiles (Ef 2,14).

El Evangelio está lleno de extranjeros que vienen por amor del Nombre. La Iglesia lee la oración de Salomón el 9.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C, junto al centurión de Cafarnaún, un pagano que «ama a nuestro pueblo» y le había construido la sinagoga, cuya fe admira Jesús (Lc 7,1-10). Unos griegos que han subido a la fiesta piden a Felipe: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12,20-21), y un etíope que había ido a Jerusalén a adorar recibe el bautismo en el camino de vuelta (Hch 8,27-38).

La Iglesia heredó la pregunta y la promesa de Salomón. El culto de la nueva alianza «no está ligado a un lugar exclusivo» (Catecismo, n. 1179), y sin embargo los cristianos construyen iglesias, que no son simples lugares de reunión, sino que «significan y manifiestan a la Iglesia que vive en ese lugar, morada de Dios con los hombres reconciliados y unidos en Cristo» (n. 1180).

Cada una es una «casa de oración» que «debe ser hermosa y apropiada para la oración y para las celebraciones sagradas» (n. 1181). El rito de la dedicación de una iglesia y de un altar, renovado en 1977, lo expresa con signos: el agua bendita sobre el pueblo y los muros, la Palabra proclamada, las letanías de los santos, la plegaria de dedicación, la unción del altar y de los muros con el crisma, el incienso, las luces y, sobre todo, la primera Eucaristía celebrada sobre el nuevo altar.

Al dedicar la basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, el 7 de noviembre de 2010, Benedicto XVI preguntó: «¿Qué hacemos al dedicar este templo?», y respondió que el edificio es «un signo visible del Dios invisible». Terminó con la petición de la plegaria de dedicación: que en ese lugar «los pobres puedan encontrar misericordia, los oprimidos alcanzar la libertad verdadera y todos los hombres se revistan de la dignidad de hijos de Dios». Es la apertura de la oración de Salomón. El 9 de noviembre, toda la Iglesia de rito romano celebra la dedicación de la basílica de Letrán, consagrada hacia el 324 y llamada «madre y cabeza de todas las Iglesias de la urbe y del orbe»; la fiesta, al principio solo romana, se extendió a todo el rito romano en 1565 (Benedicto XVI, Ángelus del 9 de noviembre de 2008).

Las iglesias de piedra remiten a las «piedras vivas» que son los bautizados (1 Pe 2,4-5) y apuntan a la meta que entrevió Salomón: la Jerusalén del cielo, que no tiene templo, «porque su templo es el Señor Dios todopoderoso y el Cordero», y a la que los reyes de la tierra llevarán su gloria (Ap 21,22-26).

PAUSA

1. Salomón pregunta si Dios puede habitar en una casa, y sin embargo le pide que escuche «en este lugar». ¿Dónde y cómo buscas tú a Dios cuando oras?
2. «No hay hombre que no peque» (8,46). ¿Qué «llaga de tu corazón» (8,38) quisieras presentar hoy al Señor?
3. Salomón pidió también por el extranjero que vendría de lejos. ¿A quién, lejano o distinto de ti, deberías incluir en tu oración y en tu comunidad?

Para orar. *Señor, que no cabes en los cielos y escuchas en tu casa, inclina mi corazón hacia ti y perdona mis pecados.*

9

La segunda aparición y las obras de Salomón

Terminadas las obras, Dios se aparece de nuevo a Salomón, como en Gabaón, y responde a su oración: ha santificado la casa, pero el futuro del rey, de la dinastía y del templo depende de la fidelidad (vv. 1-9). Siguen noticias de archivo sobre el reinado: las ciudades entregadas a Hiram, las construcciones y la leva de trabajadores (vv. 10-24), los sacrificios de las tres fiestas (v. 25) y la flota que navega a Ofir (vv. 26-28). El tono cambia: después de la gran oración llega la advertencia, y detrás de la gloria asoma la sombra del trabajo forzado.

La segunda aparición

[1] Habiendo acabado Salomón de construir la casa o templo
del Señor, y el palacio real, y todas las obras que había
ideado y querido hacer, [2] se le apareció el Señor por segun-
da vez en sueños [1], como se le había aparecido en Gabaón,
[3] y le dijo: He oído tu oración y la súplica que me has he-
cho; he santificado esta casa que me has edificado, a fin de
que permanezca en ella mi Nombre para siempre; y en
todo tiempo mis ojos y mi corazón estarán fijos sobre este
lugar [2]. [4] Por lo que a ti toca, si tú anduvieres en mi pre-
sencia, como anduvo tu padre, con un corazón recto y
sencillo [3], e hicieres todo lo que te tengo mandado, y

guardares mis leyes y mandamientos, 5 yo aseguraré para
siempre el trono de tu reino sobre Israel, como se lo pro-
metí a tu padre David, diciendo: Será siempre de tu linaje
el que ocupe el trono de Israel.

6 Mas si vosotros y vuestros hijos obstinadamente os apar-
tareis de mí, dejando de seguirme, y no guardando mis
mandamientos y ceremonias que os he prescrito, antes
bien os fuereis en pos de los dioses extranjeros, dándoles
culto y adoración, 7 yo arrancaré a Israel de la tierra que le
di, y arrojaré lejos de mí ese templo que he consagrado a
mi Nombre; e Israel vendrá a ser el escarnio y la fábula de
todas las gentes [4]. 8 Y esta casa, hecha cenizas [5], se mirará
como un ejemplo de mi justicia; cualquiera que pasare por
delante de ella, quedará pasmado, y prorrumpirá en excla-
maciones, y dirá: ¿Por qué ha tratado así el Señor a este
país y a esta casa? 9 Y le responderán: Porque abandona-
ron al Señor Dios suyo [6], que sacó a sus padres de la tierra
de Egipto, y se fueron tras los dioses ajenos, y los adoraron
y dieron culto; por eso el Señor ha descargado sobre ellos
todos estos males.

Ciudades, obras y trabajo forzado

10 Pasados, pues, los veinte años que Salomón empleó en
edificar las dos casas, esto es, el templo del Señor y la casa
del rey 11 (suministrándole Hiram, rey de Tiro, las maderas
de cedro y abeto, y el oro, todo cuanto había necesitado),

entonces Salomón dio a Hiram veinte poblaciones en tierra de Galilea. 12 E Hiram salió de Tiro para ver las poblaciones que Salomón le había dado y no le agradaron. 13 Y así dijo: ¿Conque éstas son, hermano mío, las ciudades que me has dado? Y las llamó tierras de Cabul [7], nombre que conservan hasta el día de hoy. 14 También había enviado Hiram al rey Salomón ciento veinte talentos de oro;

15 tan grandes fueron las expensas del rey Salomón en la construcción de la casa del Señor, y de los edificios de Mello, y en los muros de Jerusalén, de Heser, de Mageddo y de Gazer [8]. 16 Es de saber que el faraón, rey de Egipto, había ido a sitiar a Gazer, y después de haberla tomado, e incendiado, y pasado a cuchillo a los cananeos, sus moradores, se la dio en dote a su hija, mujer de Salomón [9]. 17 Salomón, pues, reedificó a Gazer, y a Bet-Horón la de abajo, 18 y a Balaat, y a Palmira en el desierto [10]; 19 y todos los lugares que le pertenecían, y estaban sin muros, los fortificó, como también las ciudades en que tenía sus carros de guerra, y las ciudades en que estaba la tropa de a caballo; en suma acabó cuanto quiso construir en Jerusalén, y en el Líbano, y en todas las tierras de sus dominios.

20 A toda la gente que había quedado de los amorreos, y heteos, y ferezeos, y heveos, y jebuseos, los cuales no eran del número de los hijos de Israel, 21 a los hijos, digo, de estos pueblos, que se mantenían en el país por no haberlos

podido exterminar los hijos de Israel, los hizo Salomón tributarios [11], como lo son hasta hoy. 22 Mas de los hijos de Israel dispuso Salomón que ninguno estuviese sujeto a servidumbre, sino que éstos eran destinados a las armas, y eran ministros suyos, y príncipes, y capitanes, y comandantes de los carros de guerra y de la caballería. 23 Había puesto también Salomón por inspectores de todas las obras quinientos cincuenta jefes [12], que tenían a sus órdenes la gente, y dirigían las tareas que les habían señalado.

24 La hija del faraón pasó de la ciudad de David al palacio que le había construido Salomón; el cual edificó entonces a Mello. 25 Ofrecía asimismo Salomón tres veces al año [13] holocaustos y víctimas pacíficas sobre el altar que había erigido al Señor; ante el cual hacía quemar los perfumes, después que quedó el templo todo acabado.

La flota de Ofir

26 Hizo también equipar Salomón una flota en Asiongaber [14], que cae junto a Ailat, sobre la costa del mar Rojo, en la Idumea; 27 y envió Hiram en esta flota algunas de sus gentes, hombres inteligentes de la náutica, y prácticos de la mar, con las gentes de Salomón. 28 Y habiendo navegado a Ofir, tomaron de allí cuatrocientos veinte talentos de oro [15], y se los trajeron al rey Salomón.

¿Sabías que?

En 1568, el navegante español Álvaro de Mendaña, que había zarpado del Callao en busca de tierras en el Pacífico sur, llegó a un archipiélago que pronto se llamó Islas de Salomón: él no le dio ese nombre, pero los relatos de su viaje alimentaron la esperanza, o la propaganda, de que fuera el Ofir de donde las naves de Salomón traían su oro. No encontró oro, pero el nombre quedó: hoy es un Estado independiente, las Islas Salomón, cuya capital, Honiara, está en la isla de Guadalcanal, bautizada así por un oficial de la expedición en recuerdo de su pueblo de Andalucía.

PARA PROFUNDIZAR

Jasor, Meguido y Guézer: Salomón y la arqueología

Los capítulos 4 a 10 presentan el reinado de Salomón como una edad de oro: un reino que va «desde el río» Éufrates hasta Egipto (4,21), un programa de construcciones en Jerusalén y en las ciudades del país (9,15-19), flotas que traen el oro de Ofir (9,26-28), carros, caballos y un trono sin igual (10,14-29). ¿Qué dice la arqueología? La pregunta es legítima, y la respuesta es más modesta y más discutida de lo que se pensaba hace unas décadas.

En 1958, Yigael Yadin, que excavaba Jasor desde 1955, publicó un artículo que hizo época. Había encontrado en Jasor una puerta monumental de seis cámaras, tres a cada lado del paso, unida a una muralla de casamatas. Una puerta casi idéntica había aparecido en Meguido, excavada por la Universidad de Chicago entre

1925 y 1939, y Yadin descubrió la mitad de otra igual en los planos de Guézer que R. A. S. Macalister había dibujado a comienzos de siglo, donde figuraba como un «castillo macabeo». Tres puertas iguales en las tres ciudades que nombra 9,15: la conclusión parecía evidente, un mismo arquitecto real, el de Salomón. Durante décadas, fueron el ejemplo clásico de cómo la arqueología podía ilustrar la Biblia. En cambio, los grandes edificios con pilares de Meguido, que los excavadores de Chicago llamaron «los establos de Salomón», resultaron posteriores, del siglo IX o del VIII, y todavía se discute si fueron establos o almacenes.

En 1996, Israel Finkelstein propuso una «cronología baja»: la cerámica que se atribuía al siglo X sería en realidad del IX, y con ella las puertas y los palacios que se daban por salomónicos, que habrían sido obra de la dinastía de Omrí y de Acab. El reino de David y de Salomón habría sido un pequeño reino de las montañas de Judá, con una Jerusalén modesta. Otros arqueólogos, como Amihai Mazar o William G. Dever, que excavó la puerta de Guézer, sostienen que algunas de esas construcciones son del siglo X y que la Jerusalén de Salomón, aunque pequeña, era la capital de un reino real. Las dataciones por radiocarbono se interpretan de los dos modos, y a menudo la diferencia es de pocas décadas. Hoy no hay un vencedor, y una exposición honesta debe decirlo.

Jerusalén es el caso más difícil. El monte del templo no se puede excavar, y sobre la ciudad de David se han superpuesto tres mil años de construcciones. En su ladera oriental se conserva una gran estructura de piedra escalonada, que muchos relacionan con el Mello (9,15.24), y en 2005 Eilat Mazar propuso que un gran

edificio vecino era el palacio de David, una identificación muy discutida. No se ha encontrado ninguna inscripción que nombre a Salomón. Pero la estela de Tel Dan, del siglo IX, llama al reino de Judá «casa de David» (ver «Antes de empezar»): un siglo después, la dinastía era conocida por sus vecinos.

El texto mismo deja ver tensiones. Dice que Salomón solo sometió al trabajo forzado a los descendientes de los cananeos (9,20-22), pero antes ha contado una leva de treinta mil israelitas (5,13-14), y las tribus del norte se rebelarán por el «yugo muy pesado» del rey (12,4). Las ciudades de Cabul pasan de Salomón a Hiram (9,10-14) y, en las Crónicas, de Hiram a Salomón (2 Cr 8,2). Un faraón entrega a Salomón una hija y una ciudad (9,16), algo que los faraones de otras épocas se negaban a hacer. El narrador trabaja con fuentes diversas, listas de archivo y crónicas de la corte, y no siempre las armoniza.

La Iglesia ofrece un criterio para leer estas páginas. La Pontificia Comisión Bíblica advierte que los libros históricos no son «una historiografía en el sentido moderno, es decir entendida como la crónica, lo más objetiva posible, de los acontecimientos del pasado» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 70), y el concilio enseña que la Escritura transmite sin error «la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, n. 11). La verdad de estos capítulos no depende del tamaño de una puerta. El narrador pinta a Salomón con colores deslumbrantes para mostrar la bendición de Dios, que le había prometido «riquezas y gloria» (3,13), y a la vez deja ver la otra cara: el oro, los caballos y el trabajo forzado que la ley

del rey prohibía o temía (Dt 17,16-17). La gloria de Salomón prepara su caída (cap. 11).

PAUSA

1. Dios respondió a Salomón «He oído tu oración», pero le recordó sus condiciones. ¿Esperas de Dios respuestas que no te comprometan a nada?
2. El templo podía llegar a ser un «ejemplo» de ruina si se abandonaba a Dios. ¿Hay algo en tu vida de fe que se ha quedado en pura fachada?
3. La grandeza de Salomón se levantó con trabajo forzado. ¿Quién paga el precio de tus proyectos y de tu bienestar?

Para orar. *Señor, que tus ojos y tu corazón estén siempre sobre mí, y que mi corazón sea entero contigo.*

10

La reina de Saba

La reina de un país lejano llega a Jerusalén para comprobar con sus propios ojos la fama de Salomón: le propone enigmas, admira su sabiduría y su corte, bendice al Dios de Israel e intercambia con el rey regalos magníficos (vv. 1-13). El resto del capítulo hace el inventario de la riqueza del reinado: el oro de cada año, los escudos, el trono de marfil, la vajilla, la flota de Tarsis, los carros y los caballos (vv. 14-29). Es la cumbre de la gloria de Salomón, y el lector atento empieza a ver lo que la Ley advertía sobre el oro y los caballos del rey (Dt 17,16-17).

La visita de la reina de Saba

1 También la reina de Saba, oída la fama de Salomón [1],
vino en el nombre del Señor [2] a hacer prueba de él con varias cuestiones oscuras. 2 Y entrando en Jerusalén con
gran pompa de acompañamiento y de riquezas, con camellos cargados de aromas [3] y de oro sin cuento, y de piedras
preciosas, fue a ver al rey Salomón, y le propuso todas las
cuestiones que traía meditadas en su corazón. 3 Y satisfizo
Salomón a todas sus preguntas; no hubo cosa que fuese oscura para el rey [4], y a la cual no le respondiese. 4 Viendo,
pues, la reina de Saba toda la sabiduría de Salomón y la
casa o templo que había edificado, 5 y la manera con que

era servida su mesa, y las habitaciones de sus criados, y las
varias clases de los ministros, y sus vestidos, y los coperos,
y los holocaustos que ofrecía en el templo del Señor, se
quedó atónita [5].

[6] Y dijo al rey: Verdadera es la fama de lo que oí en mi tie-
rra [7] sobre tus cosas, y sobre tu sabiduría; y no he dado cré-
dito a los que me la contaban, hasta tanto que yo misma he
venido y lo he visto por mis ojos, y he experimentado que
no me habían dicho la mitad [6] de lo que es en realidad. Tu
sabiduría y tus hechos son mucho más grandes de lo que
me habían contado. [8] ¡Dichosos los que están contigo! [7];
¡dichosos tus criados, los cuales gozan siempre de tu pre-
sencia, y escuchan tu sabiduría! [9] Bendito sea el Señor
Dios tuyo, que te ha amado y puesto sobre el trono de Is-
rael, por el amor que siempre ha tenido a este pueblo, y te
ha constituido rey para que ejerzas la equidad y la
justicia [8].

[10] Dio después ella al rey ciento veinte talentos de oro, y
grandísima cantidad de aromas y piedras preciosas; nunca
jamás en adelante se trajo a Jerusalén tanta cantidad de
aromas, como la que regaló la reina de Saba al rey Salo-
món. [11] (Es de saber, que también la flota de Hiram, que
conducía oro de Ofir, trajo asimismo de allí muchísima
madera de tino [9] y piedras preciosas; [12] y el rey hizo de
este tino los balaústres del templo del Señor y del palacio

real, las cítaras y las liras para los cantores; nunca se volvió a traer ni se ha visto jamás semejante madera de tino hasta el día de hoy).

13 El rey Salomón por su parte dio a la reina de Saba todo cuanto ella quiso y le pidió; sin contar los presentes que de su grado le hizo con regia magnificencia. Ella se volvió y partió para su tierra con sus criados.

La riqueza de Salomón

14 Era la cantidad de oro que cada año percibía Salomón de seiscientos sesenta y seis talentos de oro [10], 15 sin contar lo que le traían los recaudadores de los tributos, y los negociantes, y todos los tenderos o especieros y todos los reyes de Arabia, y los gobernadores de los países de sus dominios. 16 Hizo también el rey Salomón doscientos escudos o adargas de oro finísimo, empleando seiscientos siclos de oro en las planchas de cada uno de estos escudos. 17 Además trescientas rodelas o escudos menores de oro de ley. Cubrían cada rodela trescientas minas de oro [11]; y las colocó el rey en la casa del bosque del Líbano.

18 Hizo asimismo el rey Salomón un trono grande de marfil, y lo guarneció de oro purísimo muy amarillo. 19 Tenía el trono seis gradas, y lo alto del trono por el respaldo era redondo [12], y por uno y otro lado salían dos brazos o apoyos que sostenían el asiento, y junto a cada uno de estos

brazos había dos leones. 20 Sobre las seis gradas estaban de
uno y otro lado doce leoncillos; en ningún otro reino del
mundo se construyó jamás obra semejante. 21 Fuera de
esto, todos los vasos en que bebía el rey Salomón eran
también de oro; e igualmente toda la vajilla de la casa o pa-
lacio del bosque del Líbano era de oro finísimo; no se usa-
ba la plata para dichos vasos, ni casi se hacía aprecio de
ella en tiempo del rey Salomón. 22 Pues la flota del rey se
hacía a la vela, e iba con la flota de Hiram una vez cada tres
años a Tarsis [13] a traer de allí oro y plata, y colmillos de
elefantes, y monas, y pavos reales.

23 Así el rey Salomón sobrepujó a todos los reyes de la tie-
rra en riquezas y sabiduría; 24 y todo el mundo deseaba ver
el rostro de Salomón [14], para oír la sabiduría que había in-
fundido Dios en su corazón; 25 y todos le enviaban presen-
tes cada año, vasos de plata y de oro, ropas, armas o arne-
ses de guerra, y también aromas, caballos y mulos;

26 y juntó Salomón muchos carros de guerra, y tropa de ca-
ballería; y tuvo a su disposición mil cuatrocientos
carros [15], y doce mil hombres de caballería, que distribuyó
por las ciudades fortificadas y en Jerusalén cerca de él. 27 E
hizo que fuese tan abundante en Jerusalén la plata como
las piedras, y tan común el cedro como los cabrahigos que
nacen en las campiñas [16]. 28 De Egipto y de Coa [17] se hacía
saca de caballos para Salomón; pues los comisarios del rey

los compraban en Coa, y los conducían al precio concertado. [29] Un tiro de cuatro caballos sacado de Egipto costaba seiscientos siclos de plata, y cada caballo ciento cincuenta; y a este tenor le vendían los caballos todos los reyes de los heteos y de la Siria.

¿Sabías que?

Entre las invocaciones de la letanía lauretana está «Trono de la Sabiduría», en latín Sedes Sapientiae. Desde la Edad Media, autores y artistas vieron en el trono de marfil y oro de Salomón (10,18-20) una figura de María, que lleva en su regazo a Cristo, «sabiduría de Dios» hecha carne (1 Cor 1,24). Por eso se llaman Sedes Sapientiae las imágenes románicas de la Virgen sentada de frente, con el Niño sobre las rodillas, como la Moreneta de Montserrat, del siglo XII; y muchas universidades católicas, como la de Lovaina, la llevan en su escudo.

La reina de Saba en la tradición

Tradición	Texto	Qué cuenta
1 Reyes	10,1-13	Enigmas, regalos, bendición
Crónicas	2 Cr 9,1-12	El mismo relato
Salmos, Isaías	Sal 72,10.15; Is 60,6	Oro e incienso de Saba
Evangelios	Mt 12,42; Lc 11,31	«Algo más que Salomón»
Josefo	*Antigüedades* VIII,6,5-6	«Reina de Egipto y de Etiopía»
Orígenes	*Comentario al Cantar* II	Figura de la Iglesia de los gentiles
Tradición judía	*Midrás Mishlé* 1; Targum de Ester	Enigmas; un ave lleva la carta
Corán	27,20-44	La abubilla y el trono
Kebra Nagast	Etiopía, siglo XIV	Makeda y su hijo Menelik
Leyenda dorada	Siglo XIII	Venera el madero de la cruz
Piero della Francesca	Arezzo, 1452-1466	Frescos de la Vera Cruz
Haendel	*Salomón*, 1749	«La llegada de la reina de Saba»

La Biblia no da el nombre de la reina: la tradición etíope la llama Makeda, y la islámica, Bilqis.

PARA PROFUNDIZAR

La reina de Saba: de Jerusalén al Evangelio

Es una de las escenas más luminosas de la Biblia. Una reina llega de un país lejano para probar a Salomón con enigmas; él respon-

de a todo, y ella, sin aliento ante su sabiduría y el orden de su casa, confiesa que no le habían contado ni la mitad, bendice al Señor que ha puesto a Salomón en el trono «para que ejerzas la equidad y la justicia» y vuelve a su tierra colmada de regalos (10,1-13). En el libro, la visita cumple la oración de la dedicación: una extranjera viene «por amor de tu Nombre» y reconoce al Dios de Israel (8,41-43.60). Y resuena la promesa hecha a Abrahán: en él serían benditas todas las familias de la tierra (Gn 12,3).

La Biblia no da su nombre ni una fecha. Saba era el reino de los sabeos, en el actual Yemen, con capital en Marib, famoso por su gran presa y por el comercio del incienso y de la mirra (Jr 6,20; Is 60,6; Ez 27,22). Sus inscripciones más antiguas se fechan hacia el siglo VIII a. C., y en esa época los anales asirios mencionan a reyes sabeos y a varias reinas de los árabes del norte, como Zabibe y Samsi. No hay noticia segura de reinas en Saba, y apenas sabemos cómo era aquel reino en el siglo X; algunos estudiosos piensan en una embajada comercial que la tradición convirtió en visita real. Al relato, en todo caso, no le interesa el comercio, sino la sabiduría.

La Escritura volvió sobre ella. El Salmo 72, que lleva el título «de Salomón», canta que «los reyes de Saba y de Seba le ofrecerán dones» y que se le dará «el oro de Saba» (Sal 72,10.15), e Isaías anuncia que «todos los de Saba vendrán trayendo oro e incienso» (Is 60,6). Los cristianos leyeron estos textos junto al relato de los magos que adoran al niño con oro, incienso y mirra (Mt 2,11), y la liturgia de la Epifanía los sigue uniendo. Tertuliano escribía ya

que en Oriente se tenía a los magos casi por reyes (*Contra Marción* III,13): de ahí la tradición de los Reyes Magos.

Jesús la nombra en una de sus palabras más severas: «La reina del Mediodía se levantará en el juicio contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón» (Mt 12,42; Lc 11,31). Una pagana hizo un largo viaje para escuchar a un sabio; los contemporáneos de Jesús tienen delante a la Sabiduría misma y no la escuchan. Orígenes, en su *Comentario al Cantar de los Cantares* (libro II), al explicar «morena soy, pero hermosa» (Cant 1,5), vio en esta reina venida del sur, de Etiopía según él, una figura de la Iglesia que viene de los gentiles a Cristo, y la relacionó con la palabra de Jesús sobre «la reina del Mediodía».

Después vinieron las leyendas (ver el cuadro «La reina de Saba en la tradición»). Flavio Josefo la llama «reina de Egipto y de Etiopía» y cuenta que trajo a Judea la raíz del bálsamo (*Antigüedades judías* VIII,6,5-6). La tradición judía imaginó sus enigmas, y un targum tardío de Ester cuenta que un ave le llevó una carta de Salomón. El Corán narra que una abubilla informó a Salomón de un reino gobernado por una mujer que adoraba al sol, y que la reina acabó sometiéndose «con Salomón» a Dios (27,20-44). El *Kebra Nagast* etíope, del siglo XIV, la llama Makeda y le atribuye un hijo de Salomón, Menelik, que habría llevado el arca de la alianza a Aksum: los emperadores de Etiopía se proclamaron descendientes suyos hasta 1974. La *Leyenda dorada*, en el siglo XIII, contó que la reina reconoció y veneró la madera de la que se haría la cruz, escena que Piero della Francesca pintó en Arezzo. Y Haen-

del le dedicó en su oratorio *Salomón* (1749) la célebre «Llegada de la reina de Saba».

La reina de Saba es, sobre todo, una buscadora. Oye hablar de la sabiduría, se pone en camino, pregunta todo lo que lleva en el corazón, comprueba con sus ojos, bendice a Dios y vuelve a su tierra transformada. Así puede leerla cada cristiano: quien busca a Cristo, «sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24), descubre siempre que no le habían contado ni la mitad.

PAUSA

1. La reina de Saba hizo un largo viaje para buscar la sabiduría. ¿Qué estás dispuesto a dejar o a recorrer para buscar a Cristo, que es «algo más que Salomón»?
2. «No me habían dicho la mitad.» ¿Has pasado ya de creer por lo que otros te contaron a conocer a Dios por ti mismo?
3. Una reina extranjera recordó a Salomón que estaba en el trono para hacer justicia. ¿Quién te recuerda a ti para qué te ha dado Dios lo que tienes?

Para orar. *Señor Jesús, sabiduría de Dios, que te busque como la reina del Mediodía y te encuentre siempre mayor que todo lo que oí de ti.*

11

La caída de Salomón

El rey que pidió a Dios un corazón dócil termina con el corazón dividido. El capítulo cierra la historia de Salomón con un juicio severo y tiene cuatro partes: las mujeres extranjeras, sus dioses y la sentencia del Señor, suavizada «por amor de David» (vv. 1-13); los adversarios que Dios suscita, Adad de Edom y Razón de Damasco (vv. 14-25); Jeroboam y el manto que el profeta Ahías rasga en doce pedazos (vv. 26-40), y la muerte del rey (vv. 41-43). La gloria de los capítulos anteriores no se borra, pero queda dicho que la sabiduría no protege a quien deja de escuchar.

Las mujeres extranjeras y sus dioses

1 Pero el rey Salomón amó apasionadamente muchas mujeres extranjeras [1]; y especialmente a la hija del faraón, a
las mujeres moabitas y amonitas, idumeas, sidonias y he-
teas, 2 naciones de las cuales mandó el Señor a los hijos de
Israel: No tomaréis de ellas mujeres para vosotros, ni ellos
se casarán con las vuestras; porque infaliblemente perver-
tirán vuestros corazones [2], para que sigáis a sus dioses. A
tales mujeres, pues, se unió Salomón con un amor arden-
tísimo; 3 tanto, que tuvo setecientas mujeres en calidad de
reinas, y trescientas mujeres secundarias [3]; y las mujeres

pervirtieron su corazón. 4 Y siendo ya viejo [4], vino a depravarse su corazón por causa de las mujeres hasta hacerle
seguir los dioses ajenos; de suerte que su corazón ya no era
puro y sincero [5] para con el Señor Dios suyo, como lo fue
el corazón de David, su padre. 5 Antes bien daba culto Salomón a Astarté, diosa de los sidonios [6], a Moloc, ídolo de
los amonitas.

6 Con lo que desagradó Salomón al Señor, y no perseveró
en servirle, como le sirvió David, su padre. 7 Entonces fue
cuando erigió Salomón un templo a Camos, ídolo de
Moab [7], sobre el monte que está enfrente de Jerusalén [8],
y a Moloc, ídolo de los hijos de Amón. 8 Y a este tenor complació a todas sus mujeres extranjeras [9]; las cuales quemaban inciensos y ofrecían sacrificios a sus dioses.

9 Por lo que se irritó el Señor contra Salomón, porque había enajenado su corazón del Señor Dios de Israel que por
dos veces se le había aparecido, 10 y amonestado particularmente sobre no seguir a dioses ajenos; mas él no guardó
el mandato del Señor. 11 Dijo, pues, el Señor a Salomón:
Porque te has portado así, y no has guardado mi pacto y
los preceptos que te di, rasgaré y dividiré tu reino [10], y se
lo daré a un siervo tuyo. 12 Mas no lo ejecutaré en tus días
por amor de David, tu padre [11]; lo desmembraré cuando se
halle en poder de tu hijo; 13 aunque no se lo quitaré todo

entero, sino que dejaré a tu hijo una tribu, por amor de David, mi siervo, y de Jerusalén, mi ciudad escogida.

Los adversarios de Salomón

14 Suscitó, pues, el Señor por enemigo de Salomón a Adad [12], idumeo, de sangre real, que habitaba en Edom.
15 Porque sucedió que habiendo estado David en la Idumea,
e ido allí Joab, general del ejército, a dar sepultura a los
que habían sido muertos, y pasar a cuchillo a todos los
idumeos del sexo masculino [13] 16 (pues seis meses se detu-
vo allí Joab con todo Israel, hasta acabar con todos los va-
rones de la Idumea), 17 este Adad escapó, acompañado de
algunos idumeos, criados de su padre, y fue a refugiarse
en Egipto. Era entonces Adad todavía niño de pocos años.
18 Y habiendo salido de Madián pasaron a Farán, y toman-
do consigo gentes de Farán, entraron en Egipto, y se pre-
sentaron al faraón, rey de Egipto, quien dio a Adad casa, le
señaló alimentos, y le adjudicó tierras.

19 Y Adad cayó tanto en gracia al faraón que lo casó con una
hermana carnal de la reina Tafnes [14], su esposa. 20 De esta
hermana de Tafnes tuvo un hijo llamado Genubat, al cual
crió Tafnes en el palacio del faraón; de suerte que Genubat
vivía en el palacio del faraón con los hijos del rey. 21 Y
cuando supo Adad que David había ido a descansar en el
sepulcro con sus padres, y que había también muerto
Joab, general de sus tropas, dijo al faraón: Déjame volver a

mi patria. 22 Le dijo el faraón: Pues, ¿qué te falta en mi casa, para que quieras irte a tu país? A lo que contestó Adad: Nada; sin embargo te ruego que me des licencia para ir allá.

23 También le suscitó Dios a Salomón otro enemigo que fue Razón, hijo de Elíada, el cual había huido de Adarecer, rey de Soba, su señor. 24 Y juntó gente contra él, y se hizo capitán de ladrones o de guerrillas [15]; a los cuales hacía David cruda guerra. Se retiraron después a Damasco y habitaron allí e hicieron rey de Damasco a Razón. 25 Y fue Razón enemigo de Israel todo el reinado de Salomón; y éste fue otro azote con el de Adad, por el odio contra Israel, después que reinó en la Siria.

Ahías y Jeroboam

26 Asimismo Jeroboam, hijo de Nabat, efrateo [16], de Sareda, criado de Salomón, cuya madre era una mujer viuda llamada Sarva, se sublevó contra el rey. 27 La causa de esta rebelión fue porque Salomón edificó a Mello [17], y terraplenó la hondonada o valle de la ciudad de David, su padre. 28 Era Jeroboam hombre valiente y poderoso; y Salomón viéndolo mozo de buena índole y activo, le había dado la superintendencia de los tributos de toda la casa de José [18].

29 Sucedió, pues, en aquel tiempo, que saliendo Jeroboam de Jerusalén, se encontró con él en el camino Ahías, silo-

nita, profeta, que llevaba una capa nueva [19]; y estaban los
dos solos en el campo. [30] Cogiendo, pues, Ahías la capa
nueva, que traía puesta, la rasgó en doce partes [20], [31] y dijo
a Jeroboam: Toma para ti diez pedazos; porque esto dice el
Señor Dios de Israel: He aquí que yo voy a dividir el reino
que tiene Salomón, y te daré a ti diez tribus; [32] si bien le de-
jaré a él para su hijo una tribu por amor de mi siervo Da-
vid, y de Jerusalén, ciudad que yo tengo escogida entre to-
das las tribus de Israel. [33] Porque me ha abandonado a mí,
y ha adorado a Astarté, diosa de los sidonios, y a Camos,
dios de Moab, y a Moloc, dios de los hijos de Amón; y no ha
seguido mis caminos practicando la justicia en mi presen-
cia, y mis mandamientos, y mis leyes, como su padre Da-
vid.

[34] No por eso quitaré de sus manos parte alguna del reino;
sino que le dejaré gobernar todo el tiempo de su vida por
amor a David, mi siervo, a quien elegí; el cual observó mis
mandamientos y preceptos. [35] Quitaré, sí, el reino de las
manos de su hijo, y te daré a ti diez tribus. [36] Y a su hijo le
dejaré una tribu, a fin de que le quede para siempre a mi
siervo David un descendiente que, como una lámpara, bri-
lle en mi presencia en Jerusalén [21], ciudad que yo escogí
para que en ella sea venerado mi Nombre.

[37] Pero a ti yo te levantaré, y reinarás a medida de tus de-
seos, y serás rey de Israel. [38] Ahora bien, si tú obedecieres

todo cuanto yo te mandare, y siguieres mis caminos, e hicieres lo que es recto a mis ojos, guardando mis mandamientos y mis preceptos, como lo hizo David, mi siervo, yo seré contigo, y te fundaré una casa estable, como la edifiqué a David, y te haré señor de Israel. 39 Y con esto humillaré el linaje de David, aunque no para siempre [22]. 40 De aquí fue que Salomón intentó hacer matar a Jeroboam; mas éste se escapó y fue a refugiarse en Egipto cerca de Sesac [23], rey de Egipto, y allí estuvo hasta la muerte de Salomón.

La muerte de Salomón

41 En orden a las demás cosas de Salomón, y todos sus hechos y sabiduría, todo está escrito en el Libro de los Anales del Reinado de Salomón. 42 El tiempo que reinó Salomón en Jerusalén sobre todo Israel fue de cuarenta años. 43 Y pasó Salomón a descansar con sus padres; y lo sepultaron en la ciudad de David su padre, sucediéndole en el reino su hijo Roboam [24].

¿Sabías que?

En el canto X del *Paraíso*, Dante llega al cielo del Sol, donde brillan como coronas de luz las almas de los sabios, y santo Tomás de Aquino se las presenta. La quinta luz, «la más bella» de todas, es Salomón, y Tomás añade que «todo el mundo allá abajo» ansía saber noticias de ella (*Paraíso* X,109-111): una alusión a la vieja disputa de los teólogos sobre si Salomón se había salvado. Dante la resuelve a su manera, poniéndolo entre los bienaventurados; en el canto XIV, Salomón le explica cómo brillarán los cuerpos resucitados.

PARA PROFUNDIZAR

El corazón dividido: la caída de Salomón

Ningún personaje del Antiguo Testamento recibió tanto como Salomón. Dios se le apareció dos veces, le dio la sabiduría que pidió y además la riqueza y la gloria que no había pedido (3,11-13); construyó el templo y lo dedicó con una de las grandes oraciones de la Biblia. Y, sin embargo, su historia termina con este capítulo: «siendo ya viejo», su corazón se inclinó hacia otros dioses (11,4). El narrador no lo disimula. El verbo que usa al principio, «amó» (11,1), es el mismo con que se dijo que Salomón «amó al Señor» (3,3); el que repite después, natá, «inclinar», describe una desviación lenta (11,2.3.4.9). Salomón no apostató de un día para otro: fue cediendo.

La causa inmediata son las mujeres extranjeras (ver nota a 11,1). La Ley no prohibía esos matrimonios por desprecio a otros pue-

blos, pues Rahab y Rut entraron en Israel y en la genealogía de Cristo, sino porque traían consigo sus dioses (Dt 7,3-4), y al rey le pedía expresamente no multiplicar mujeres, «para que no se desvíe su corazón» (Dt 17,17). El Catecismo recuerda que la poligamia de los reyes «no es todavía criticada de una manera explícita» en la antigua alianza (n. 1610); aquí, de hecho, el reproche no recae sobre el número de esposas, sino sobre la idolatría que entra con ellas. Nehemías lo recordará como advertencia: no hubo rey como él, «y también a él lo hicieron pecar las mujeres extranjeras» (Neh 13,26).

El juicio de Dios es severo y, a la vez, contenido. El reino será «rasgado», pero no en vida de Salomón ni del todo: quedará una tribu «por amor de David» y de Jerusalén (11,12-13.32-36), una «lámpara» que no se apaga (ver nota a 11,36), y la humillación de la casa de David no será «para siempre» (11,39). Los adversarios que Dios «suscita», Adad, Razón y Jeroboam (11,14.23.26), muestran cómo el Señor conduce la historia sirviéndose de decisiones humanas; el Catecismo precisa que Dios no es nunca causa del mal moral, aunque lo permite y sabe sacar de él un bien (n. 311).

La tradición bíblica juzgó a Salomón con una mezcla de admiración y de tristeza. El Eclesiástico canta su sabiduría juvenil, desbordada «como el Nilo», y le reprocha luego haberse entregado a las mujeres y haber manchado su gloria, aunque añade que Dios no retira su misericordia ni deja caer ninguna de sus promesas (Eclo 47,14-22). San Ireneo cuenta que un presbítero, discípulo de quienes conocieron a los apóstoles, enseñaba que la Escritura reprendió bastante a Salomón para que «ninguna carne se gloríe ante el Señor» (*Contra las herejías* IV,27,1). San Agustín concluyó

que la promesa hecha a David no se cumplió en este rey, cuya casa estaba llena de mujeres extranjeras que adoraban dioses falsos, sino en Cristo (*La ciudad de Dios* XVII,8), que es «más que Salomón» (Mt 12,42).

¿Se salvó Salomón? Torres Amat anota con franqueza: «Se duda mucho de la salvación eterna de este Príncipe, que había sido en su juventud tan amado de Dios». Algunos Padres pensaron en su arrepentimiento: san Cirilo de Jerusalén lo cuenta entre los penitentes, «también Salomón cayó, pero ¿qué dice?: después me arrepentí», con un proverbio citado según la traducción griega (*Catequesis* 2,13). Una tradición judía atribuye a su vejez el Eclesiastés, el libro del desengaño (Cantar Rabbá 1,1,10), y el Talmud llegó a sostener que no pecó él, sino que no impidió el pecado de sus mujeres (Shabbat 56b). La Edad Media discutió la cuestión, y Dante lo puso en el Paraíso. La Escritura, en realidad, no dice nada de su destino eterno, y la Iglesia nunca ha declarado condenado a nadie: ese juicio pertenece a Dios.

Lo que el capítulo sí enseña es que la sabiduría no es una posesión adquirida de una vez, sino una fidelidad que se renueva cada día. Salomón había pedido «un corazón dócil», un corazón que escucha (3,9), y termina con un corazón que ya no es «íntegro» (ver nota a 11,4). «El que crea estar de pie, mire no caiga», advierte san Pablo al recordar las idolatrías de Israel (1 Cor 10,12). La idolatría, dice el Catecismo, es «una tentación constante de la fe» (n. 2113), y sus formas modernas no son menos seductoras que Astarté o Camos (ver el ensayo «El becerro de oro: la idolatría de siempre», en el capítulo 32 del Éxodo).

PAUSA

1. Salomón no cayó de golpe: su corazón se fue inclinando con los años. ¿Qué pequeñas concesiones están desviando hoy tu corazón?
2. Dios castigó a Salomón, pero «por amor de David» no apagó la lámpara. ¿Qué gracias has recibido tú por medio de otros, sin merecerlas?
3. Salomón quiso complacer a todos y terminó levantando altares ajenos. ¿A quién te cuesta decir que no, aunque sepas que te aparta de Dios?

Para orar. *Señor, guarda entero mi corazón para ti hasta el último día de mi vida.*

12

La división del reino

En pocos días se rompe lo que David tardó años en unir. El capítulo tiene tres partes: la asamblea de Siquem, donde Roboam desoye a los ancianos y responde con amenazas a la petición del pueblo (vv. 1-15); el grito de las tribus del norte, la proclamación de Jeroboam y la guerra que el profeta Semeías impide (vv. 16-24), y la política religiosa de Jeroboam, que levanta dos becerros de oro en Betel y en Dan, nombra sacerdotes nuevos y crea una fiesta propia (vv. 25-33). Lo que empieza como una protesta por los impuestos termina en un cisma religioso.

La asamblea de Siquem

[1] Fue, pues, Roboam a Siquem [1], por haberse congregado
allí todo el pueblo de Israel, para proclamarlo rey.
[2] Entretanto Jeroboam, hijo de Nabat, estando aún en
Egipto [2], fugitivo de la presencia del rey Salomón, oída su
muerte, volvió de Egipto, [3] pues enviaron a llamarlo. Con
lo cual se presentó Jeroboam con toda la multitud de Is-
rael, y hablaron a Roboam en estos términos: [4] Tu padre
nos impuso un yugo muy pesado [3]; y así ahora tú suaviza
algún tanto la extrema dureza del gobierno de tu padre, y
el pesadísimo yugo que nos puso encima, y te rendiremos

vasallaje. 5 Les respondió Roboam: Retiraos por ahora, y
volved a mí dentro de tres días. Retirado el pueblo,

6 el rey Roboam llamó a consejo a los ancianos que tenía
cerca de sí Salomón, su padre, cuando vivía, y les dijo:
¿Qué me aconsejáis vosotros que yo responda a este pue-
blo? 7 Le dijeron ellos: Si tú, en el día, condesciendes con
este pueblo [4], y te acomodas a él, y otorgas su petición, y
le hablas con dulzura, serán para siempre vasallos tuyos.
8 Mas Roboam desatendió el consejo de los ancianos, y
consultó a los jóvenes que se habían criado con él [5] y le
hacían la corte, 9 y les dijo: ¿Qué me aconsejáis vosotros
que responda a este pueblo, que me ha dicho: Aligéranos
un poco el yugo que tu padre nos impuso? 10 Le respondie-
ron los jóvenes que se habían criado con él: A esta gente
que te ha dicho: Tu padre puso un yugo pesado sobre no-
sotros, alívianoslo tú, le has de responder así: Es más grue-
so mi dedo meñique [6] que lo que era mi padre por el me-
dio de su cuerpo. 11 Ahora bien, si mi padre os impuso un
yugo pesado, yo aumentaré aun el peso de vuestro yugo;
mi padre os azotó con correas, mas yo he de azotaros con
escorpiones [7].

12 Compareció, pues, Jeroboam con todo el pueblo delante
de Roboam al tercer día, en conformidad con lo que el rey
había mandado, diciendo: Volved a mí dentro de tres días.
13 Y el rey respondió al pueblo con dureza, desechando el

consejo que le habían dado los ancianos; 14 y les habló según el consejo de los jóvenes, diciendo: Mi padre os impuso un yugo pesado; pues yo añadiré aun más peso a vuestro yugo; mi padre os azotó con correas, mas yo os azotaré con escorpiones. 15 Y no quiso el rey condescender con el pueblo; por cuanto el Señor lo había dejado de su mano [8], en cumplimiento de su palabra que por boca de Ahías, silonita, dirigió a Jeroboam, hijo de Nabat.

La división del reino

16 Viendo, pues, el pueblo que el rey no había querido atenderlo, le replicó diciendo: ¿Qué tenemos nosotros que ver con la familia de David? [9] ¿Ni qué herencia o provecho esperamos del hijo de Isaí? Vete a tus estancias, oh Israel; y tú, oh hijo de David, gobierna ahora tu casa. Con eso Israel se retiró a sus estancias. 17 Mas todos los hijos de Israel, que habitaban en las ciudades de Judá, reconocieron por rey a Roboam. 18 Despachó luego Roboam a Aduram [10], superintendente de los tributos; pero todo el pueblo de Israel lo mató a pedradas. Entonces Roboam a toda prisa tomó su coche, y huyó a Jerusalén. 19 Y se separó Israel de la casa de David, como lo está aún en el día de hoy [11]. 20 Y sucedió que luego que supo todo Israel que Jeroboam había vuelto, congregados en cortes [12] le enviaron a llamar, y lo aclamaron rey sobre todo Israel, sin que nadie siguiera el partido de la casa de David, fuera de la sola tribu de Judá.

21 Llegado, pues, Roboam a Jerusalén, juntó toda la casa de
Judá, y la tribu de Benjamín, escogiendo ciento ochenta
mil hombres aguerridos [13] para que peleasen contra la
casa de Israel, y redujesen el reino a la obediencia de Ro-
boam, hijo de Salomón. 22 Pero el Señor dirigió su palabra
a Semeías, varón de Dios [14], diciendo: 23 Habla a Roboam,
hijo de Salomón, rey de Judá, y a toda la casa de Judá y de
Benjamín, y a los demás del pueblo y diles: 24 Esto dice el
Señor: No salgáis a campaña, ni peleéis contra vuestros
hermanos, los hijos de Israel; vuélvase cada cual a su casa;
porque yo soy el que he dispuesto lo sucedido [15]. Obede-
cieron ellos las palabras del Señor, y se volvieron según el
Señor lo había mandado.

Los becerros de Betel y Dan

25 Jeroboam reedificó a Siquem en los montes de Efraín [16],
y fijó allí su residencia; desde la cual fue después y edificó
a Fanuel. 26 Al mismo tiempo discurría Jeroboam en su in-
terior, y decía: Presto volverá este reino a ser de la casa de
David [17]; 27 porque si este pueblo ha de subir a Jerusalén a
ofrecer sacrificios en el templo del Señor, se convertirá el
corazón de este pueblo hacia Roboam, rey de Judá, que fue
su señor, y me quitarán a mí la vida, y se reconciliarán con
él.

28 Y después de discurrirlo mucho, mandó hacer dos bece-
rros de oro [18] y dijo al pueblo: No subáis ya más a Jerusa-

lén. He aquí, oh Israel, tus dioses, los que te sacaron de la tierra de Egipto. 29 Y colocó el uno en Betel y el otro en Dan [19]. 30 Fue este suceso ocasión del pecado [20]; pues todo el pueblo iba hasta Dan a adorar el becerro.

31 Hizo también adoratorios en lugares elevados, y puso por sacerdotes a gentes del vulgo [21], y que no eran del linaje de Leví; 32 y estableció un día de fiesta solemne en el mes octavo, a los quince del mes [22], a semejanza de la solemnidad que se celebraba en Judá; subiendo él mismo al altar que había erigido en Betel, ofreció por su mano sacrificios a los becerros de oro que había fabricado; y estableció en Betel sacerdotes en los adoratorios de los lugares elevados que había erigido. 33 El día quince del mes octavo, día en que él por su capricho hizo solemne para los hijos de Israel, fue cuando subió al altar, que había erigido en Betel, y quemó el incienso, arrogándose el sacerdocio [23].

¿Sabías que?

En el recinto sagrado de Tel Dan, junto al lugar del altar, apareció una pequeña losa de caliza con una dedicatoria en dos lenguas, de fines del siglo III o comienzos del II a. C. En griego dice: «Al dios que está en Dan, Zoilo hizo un voto»; en arameo: «[En] Dan, voto de Zilas al dios». Siete siglos después de Jeroboam, el lugar conservaba su nombre y su fama de santuario. Amós había recogido el juramento de los peregrinos de su tiempo, «¡Vive tu dios, Dan!» (Am 8,14); los estudiosos discuten si «el dios que está en Dan» era todavía el Dios de Israel o una divinidad local.

Los becerros de oro: Éxodo 32 y 1 Reyes 12

	Aarón en el Sinaí	Jeroboam en Betel y Dan
Quién	El pueblo lo pide (Éx 32,1)	El rey lo decide (12,28)
Por qué	Moisés tarda (Éx 32,1)	Que no suban a Jerusalén (12,27)
Imagen	Un becerro de oro (Éx 32,4)	Dos becerros de oro (12,28)
Palabras	«Estos son tus dioses, ¡oh Israel!» (Éx 32,4)	«He aquí, oh Israel, tus dioses» (12,28)
Fiesta	«Fiesta del Señor» (Éx 32,5)	El 15 del mes octavo (12,32)
Sacerdotes	Los levitas, con Moisés (Éx 32,26)	No levitas (12,31)
Juicio	Moisés intercede (Éx 32,11-14)	El varón de Dios y Ahías (13,2; 14,9)
Final	Moisés lo reduce a polvo (Éx 32,20)	Josías destruye el altar (2 Re 23,15)
Hijos	Nadab y Abiú (Lv 10,1-2)	Nadab y Abía (14,1; 15,25)

Algunos estudiosos piensan que el relato del Sinaí se reformuló pensando en Betel, y ven deliberado incluso el paralelo de los nombres de los hijos. Ver Os 8,5-6; 13,2 y el ensayo del capítulo 32 del Éxodo.

Los dos reinos

	Judá (el sur)	Israel (el norte)
Tribus	Judá y Benjamín (12,21)	Las otras diez (11,31)
Capital	Jerusalén	Siquem, Tersa y, desde Omrí, Samaria
Dinastías	Una sola, la de David (11,36)	Nueve, casi siempre por golpes de Estado
Santuario	El templo (caps. 6 – 8)	Betel y Dan (12,29)
Sacerdotes	Levitas (2 Cr 11,13-14)	No levitas (12,31)
Gran fiesta	Día 15 del mes séptimo (8,2; Lv 23,34)	Día 15 del mes octavo (12,32)
Soberanos	19 reyes y una reina, Atalía	19 reyes
Final	Babilonia, hacia 587/586 (2 Re 25)	Asiria, hacia 722/721 (2 Re 17)
Juicio	Algunos, como Asá, hacen «lo que era justo» (15,11)	Casi todos siguen «las pisadas de Jeroboam» (15,34)
Profetas	Semeías (12,22)	Ahías, Jehú hijo de Hananí, Elías, Miqueas

«Israel» designa a todo el pueblo y, desde la división, también al reino del norte, más extenso, poblado y rico que Judá, aunque el libro apenas lo dice. Las fechas son aproximadas.

PARA PROFUNDIZAR

El cisma de Jeroboam: dos reinos y dos santuarios

La división del reino es uno de los grandes giros de la historia bíblica, y el capítulo la cuenta como una cadena de errores. Todo empieza en Siquem, donde Josué había reunido a las tribus para

renovar la alianza (Jos 24; ver el ensayo del capítulo 24 de Josué). Allí las tribus del norte esperan a Roboam, pero no sin condiciones: «Tu padre nos impuso un yugo muy pesado» (12,4). El yugo era el trabajo forzado y los tributos con que Salomón levantó el templo, sus palacios y sus fortalezas (ver nota a 4,6), lo que Samuel había anunciado cuando el pueblo pidió un rey (1 Sam 8,11-18).

Roboam escucha dos consejos. Los ancianos, que habían servido a Salomón, le proponen algo sorprendente: «si hoy te haces siervo de este pueblo... ellos serán siervos tuyos para siempre», según el hebreo de 12,7. Los jóvenes, criados con él en la abundancia de la corte, le aconsejan la fuerza: «mi padre os azotó con correas, mas yo he de azotaros con escorpiones» (12,11). El rey elige la arrogancia y pierde en un día diez tribus. Jesús llevará a plenitud la intuición de los ancianos: los jefes de las naciones las dominan, pero «el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor», porque el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir (Mc 10,42-45). Por eso el Catecismo enseña que toda autoridad debe ejercerse «como un servicio» (n. 2235), y san Gregorio Magno se llamó a sí mismo «siervo de los siervos de Dios», título que los papas conservan.

El narrador ve en la necedad de Roboam la mano de Dios: «era un giro que venía del Señor», dice el hebreo (12,15), para que se cumpliera la palabra de Ahías. Dios no fuerza al rey, pero se sirve de su decisión. Y cuando Roboam reúne un ejército para recuperar el norte, el profeta Semeías lo detiene: «no peleéis contra vuestros hermanos... yo soy el que he dispuesto lo sucedido» (12,24). El rey y el pueblo obedecen, y se evita la guerra entre hermanos.

San Agustín concluía que en la separación misma no hubo pecado, porque fue voluntad de Dios (ver nota a 12,24).

El pecado vino después, y nació del miedo. Jeroboam razona como un político: si el pueblo sigue subiendo a Jerusalén, su corazón volverá a la casa de David (12,26-27). Su respuesta es una religión de Estado completa: dos imágenes, los becerros de oro, presentados con las palabras del becerro del Sinaí (ver nota a 12,28); dos santuarios antiguos en los extremos del reino, Betel y Dan; un clero que no es de Leví, y un calendario propio, con la gran fiesta un mes más tarde que en Jerusalén (12,28-33). Para el narrador, este es «el pecado de Jeroboam, que hizo pecar a Israel», la clave con que juzgará a los reyes del norte hasta la caída de Samaria (2 Re 17,21-23). La tradición judía hizo de Jeroboam el ejemplo del que arrastra a muchos (Avot 5,18), y el Catecismo hace culpables de escándalo a quienes instituyen leyes o estructuras que llevan a la corrupción de la vida religiosa (n. 2286).

La arqueología permite asomarse a uno de esos santuarios. En Tel Dan, al pie del Hermón, las excavaciones que Avraham Biran dirigió desde 1966 sacaron a la luz un recinto sagrado con un gran podio de piedra, que muchos identifican con el «lugar alto», y restos de un altar con cuernos (ver el recuadro). La fecha de cada fase se discute, y del becerro, naturalmente, no ha quedado nada.

Los profetas del norte denunciaron aquel culto: Oseas se burla del «becerro de Samaria» (Os 8,5-6), y Amós es expulsado de Betel, «santuario del rey» (Am 7,10-13). Pero la Biblia no se resigna a la división. Ezequiel une en su mano dos varas, la de Judá y la de

José, y anuncia que el Señor hará de ellos una sola nación con un solo rey (Ez 37,15-22). El evangelio retoma esa esperanza cuando dice que Jesús iba a morir «para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos» (Jn 11,52), y cuando habla con una samaritana, heredera de aquella vieja división, de un culto que ya no estará atado ni a su monte ni a Jerusalén (Jn 4,20-24; ver 2 Re 17). La unidad del pueblo de Dios es un don de Cristo y, a la vez, una tarea.

PAUSA

1. Roboam escuchó a los que le decían lo que quería oír. ¿A quién acudes tú cuando necesitas consejo?
2. «Si hoy te haces siervo de este pueblo...»: ¿dónde te pide Dios servir en lugar de imponerte?
3. Jeroboam acomodó el culto a su conveniencia por miedo a perder el poder. ¿Qué miedos te llevan a ti a acomodar la fe?

Para orar. *Señor, que ejerza como un servicio la autoridad que me confíes, a imitación de tu Hijo.*

13

El varón de Dios y el profeta anciano

Uno de los relatos más extraños de la Biblia, en tres escenas. Un varón de Dios venido de Judá condena el altar de Betel en plena fiesta, anuncia el nombre de Josías, cura la mano seca del rey y rechaza su mesa (vv. 1-10). Un profeta anciano de Betel lo engaña con el falso mensaje de un ángel y lo hace volver (vv. 11-19). En la mesa, la palabra verdadera llega por boca del mentiroso, y un león mata al desobediente y guarda su cadáver sin devorarlo (vv. 20-32). El final vuelve a Jeroboam, que no se convierte (vv. 33-34). La palabra de Dios se cumple y no admite componendas.

El varón de Dios ante el altar de Betel

1 Mas he aquí que mientras Jeroboam estaba en el altar y
echaba el incienso, llegó de Judá a Betel por orden del Se-
ñor un varón de Dios [1], 2 y exclamó contra el altar, dicien-
do de parte del Señor: Altar, altar, oye lo que dice el Señor:
Tiempo vendrá en que ha de nacer en la familia de David
un hijo que se llamará Josías [2]; el cual hará degollar sobre
ti los sacerdotes de los lugares altos, que ahora queman so-
bre ti inciensos, y él quemará sobre ti huesos de hombres.
3 Y al mismo tiempo, en prueba de la verdad de su predic-
ción, añadió: Esta será la señal que os hará conocer que

Dios es quien os habla: He aquí que va a partirse el altar, y
se derramará la ceniza [3] que hay en él. [4] Así que oyó el rey
las palabras que el varón de Dios pronunció en alta voz
contra el altar de Betel, extendió su mano desde el altar,
diciendo: Prended a ése. Mas al punto se le secó la mano
que había extendido contra el profeta [4], y no pudo retirar-
la hacia sí. [5] Al mismo tiempo se hizo pedazos el altar, y se
derramó la ceniza que había en él, conforme a la señal que
había predicho el varón de Dios en nombre del Señor.

[6] Dijo entonces el rey al varón de Dios: Ruega al Señor Dios
tuyo, y ora por mí [5], para que me sea restituida mi mano.
Hizo el varón de Dios oración al Señor, y el rey recobró su
mano, y quedó como antes estaba. [7] Por lo que dijo el rey al
varón de Dios: Ven conmigo a casa a comer, y te llenaré de
regalos [6]. [8] Mas el varón de Dios respondió al rey: Aunque
me dieras la mitad de tu casa [7] no iría yo contigo, ni come-
ría pan, ni bebería agua en este lugar; [9] porque así me lo
tiene mandado expresamente el Señor con este precepto:
No comerás allí pan, ni beberás agua, ni te volverás por el
mismo camino que fuiste [8]. [10] Y en efecto, se fue por otro
camino, y no volvió por el mismo que había tomado vi-
niendo a Betel.

El profeta anciano de Betel

[11] Moraba a la sazón en Betel cierto profeta anciano [9]; a
quien fueron sus hijos y le contaron todo lo que aquel día

había hecho en Betel el varón de Dios, refiriendo a su padre las palabras que había hablado al rey. 12 Les dijo su padre: ¿Qué camino tomó? Le mostraron sus hijos el camino por donde se había vuelto el varón de Dios que había venido de Judá. 13 Y dijo a sus hijos: Aparejadme el asno. Y habiéndole ellos aparejado, montó en él, 14 y fue en busca del siervo de Dios; y lo halló sentado a la sombra de un terebinto [10], y le dijo: ¿Eres tú el varón de Dios, que vino de Judá? Yo soy, le respondió.

15 Pues ven conmigo, dijo, a casa a tomar un bocado. 16 Mas él le respondió: Yo no puedo volver atrás, ni ir contigo, ni comeré pan, ni beberé agua en este lugar; 17 por cuanto el Señor me habló de su propia boca [11], diciendo: No comas allí pan, ni bebas agua, ni vuelvas por el camino por donde fueres. 18 Le dijo el otro: Yo también soy profeta como tú; y un ángel me ha venido a decir [12] en nombre del Señor: Hazle volver contigo a tu casa, para que coma pan y beba agua. Lo engañó, 19 y lo hizo volver consigo. Comió, pues, el pan en su casa, y bebió el agua.

La palabra y el león

20 Y cuando estaban sentados a la mesa, el Señor habló al profeta que había hecho volver atrás al otro [13]; 21 y exclamó dicho profeta y dijo al varón de Dios, venido de Judá: Esto dice el Señor: Porque has sido desobediente a la orden expresa del Señor, y no has guardado el mandamiento que

te dio el Señor Dios tuyo, 22 sino que has vuelto atrás, y comido el pan, y bebido el agua en este lugar, en el que Dios te mandó no comer pan ni beber agua, no será llevado tu cadáver al sepulcro de tus padres [14].

23 Después que el varón de Dios, a quien hizo volver atrás, hubo comido y bebido, el profeta anciano le aparejó el asno. 24 Y luego que partió, lo encontró un león por el camino y lo mató [15], y quedó su cadáver tendido en medio del camino. Estaba el asno parado junto a él, y el león se estaba también cerca del cadáver. 25 En esto sucedió que unos pasajeros vieron el cadáver tendido en el camino, y al león parado junto al cadáver; y fueron y divulgaron esto en la ciudad donde habitaba aquel anciano profeta. 26 Oyéndolo, pues, el profeta que lo había hecho volver atrás, dijo: El varón de Dios es, que fue desobediente a la orden del Señor [16]; y el Señor lo entregó a un león que lo ha despedazado y muerto, según se lo había ya anunciado el Señor. 27 En seguida dijo a sus hijos: Aparejadme el asno. Se lo aparejaron; 28 y marchando, halló el cadáver tendido en el camino, y al asno y al león parados junto al cadáver; sin que el león se lo hubiese comido, ni hecho daño al asno.

29 Tomó, pues, el profeta el cadáver del varón de Dios, y lo cargó sobre el asno, y volviéndose se lo llevó consigo a su ciudad para hacerle el duelo; 30 y puso el cadáver en su se-

pulcro, y lo lloraron, y lo endecharon, diciendo: ¡Ay!, ¡ay!, ¡hermano mío! [17] [31] Y después de concluidas las exequias, dijo a sus hijos: Cuando yo muera, enterradme en el sepulcro en que yace el varón de Dios; poned mis huesos junto a los suyos [18]; [32] porque infaliblemente se verificará lo que anunció de parte del Señor contra el altar que está en Betel, y contra todos los adoratorios de las alturas que hay en las ciudades de Samaria [19].

[33] Después de todos estos sucesos, no se convirtió Jeroboam de su vida perversa; antes al contrario, creó sacerdotes de los lugares altos, hombres del común del pueblo; todo el que quería se consagraba [20], y quedaba hecho sacerdote de los lugares altos. [34] Este fue el pecado de la casa de Jeroboam, y por eso fue destruida y arrancada de la superficie de la tierra.

¿Sabías que?

El Talmud de Babilonia comenta la frase «después de todos estos sucesos, no se convirtió Jeroboam» (13,33) con una parábola. Dios, dice, agarró a Jeroboam por el manto y le propuso: «Conviértete, y tú, yo y el hijo de Isaí pasearemos juntos por el jardín del Edén». Jeroboam preguntó: «¿Quién irá delante?». «El hijo de Isaí», respondió Dios. «Entonces no quiero» (Sanedrín 102a). Los maestros veían en el orgullo la raíz del pecado de Jeroboam: prefirió perderlo todo antes que caminar detrás de David.

Profecía y cumplimiento en 1 Reyes

Profecía	Cumplimiento	Citas
Natán: el templo	Salomón lo edifica	2 Sam 7,13 → 8,20
Contra Helí	Abiatar, desterrado	1 Sam 2,31 → 2,27
Ahías: diez tribus	Siquem	11,31 → 12,15
Varón de Dios: Josías	El altar de Betel	13,2 → 2 Re 23,15-18
Varón de Dios: sin sepulcro	El león	13,22 → 13,24-30
Ahías: el niño	Muere en el umbral	14,12 → 14,17
Ahías: la casa de Jeroboam	Baasa la extermina	14,10 → 15,29
Jehú: la casa de Baasa	Zambri la extermina	16,3 → 16,12
Josué: Jericó	Hiel de Betel	Jos 6,26 → 16,34
Elías: sin lluvia	La lluvia del Carmelo	17,1 → 18,45
Elías: Acab	Los perros y su sangre	21,19 → 22,38
Elías: Jezabel	Los perros la comen	21,23 → 2 Re 9,36
Miqueas: ovejas sin pastor	Acab muere	22,17 → 22,37

Samuel y Reyes «se presentan así, en buena medida, como una sucesión de anuncios de desgracia y de su cumplimiento» (Pontificia Comisión Bíblica, 2014, n. 15). «No ha faltado ni una sola palabra» (8,56).

PARA PROFUNDIZAR

El varón de Dios de Judá y el profeta anciano

Pocos relatos de la Biblia desconciertan tanto como este. Un profeta sin nombre, venido de Judá, condena el altar de Betel ante el rey, anuncia a Josías con tres siglos de antelación, resiste a la amenaza y a la seducción del poder... y muere por haber acepta-

do una comida, engañado por otro profeta que, además, sigue vivo. Conviene leerlo despacio. Su clave es la «palabra del Señor»: la expresión hebrea «por la palabra del Señor» aparece siete veces (13,1.2.5.9.17.18.32). El verdadero protagonista no es ninguno de los dos profetas, sino esa palabra que se cumple pase lo que pase.

El mandato de no comer ni beber en Betel ni volver por el mismo camino (13,9) hace del profeta una señal: Betel está bajo juicio, y quien trae la sentencia no se sienta a su mesa. El varón de Dios lo cumple ante el rey, que le ofrece regalos, pero cede ante un colega que le habla de un ángel (13,18). La Ley ya había enseñado que una señal o un prodigio no bastan para seguir a quien contradice lo que Dios ha mandado (Dt 13,2-4), y dio criterios para distinguir al profeta verdadero (Dt 18,20-22; ver el ensayo «Un profeta como yo», en el capítulo 18 del Deuteronomio). San Pablo lo dirá con fuerza: «aunque un ángel del cielo os anunciara un evangelio distinto... sea anatema» (Gál 1,8). La palabra recibida de Dios no queda anulada por una supuesta revelación posterior, por piadosa que parezca.

Queda el escándalo: el mentiroso vive y el engañado muere. El texto no lo resuelve, pero da pistas. El profeta de Judá tenía una orden clara y directa, y la responsabilidad es mayor en quien más ha recibido (Lc 12,48; Sant 3,1); si el portador de la palabra contra el rey desobediente hubiera desobedecido impunemente, su mensaje habría quedado vacío. El león que mata y no devora, que guarda el cadáver junto al asno sin tocarlo (13,24-28), muestra que se trata de un juicio, no de un accidente, y a la vez de un juicio con límites. San Agustín, a quien sigue Torres Amat en una

nota, lo leyó así: el varón de Dios no despreció la orden por soberbia, sino que fue engañado, y Dios lo corrigió temporalmente hasta la muerte, sin que haya que pensar que su alma fuera arrebatada a los tormentos del infierno (*Sobre el cuidado que se debe tener de los difuntos* 9). Agustín recuerda allí a san Pablo: el Señor nos corrige «para que no seamos condenados con el mundo» (1 Cor 11,32).

El final es inesperado. El profeta de Betel, que mintió en nombre de un ángel, se convierte en portavoz de la palabra verdadera (13,20-22), llora a su víctima como a un hermano, le da su propia tumba y pide ser enterrado junto a él, porque cree en lo que anunció (13,30-32). Tres siglos más tarde, Josías respetará esa tumba, donde reposan juntos el profeta de Judá y el de Samaria (2 Re 23,17-18). El teólogo protestante Karl Barth dedicó al capítulo una meditación célebre en su *Dogmática eclesial* (II/2): vio en los dos profetas, el del sur y el del norte, el obediente que desobedece y el mentiroso que da testimonio, una imagen de la elección y del rechazo, que solo encuentran su sentido juntos y, en último término, en Cristo, que cargó con el rechazo para que todos fueran elegidos. Es una lectura teológica, no una explicación histórica, pero ayuda a ver la hondura del relato.

El capítulo termina volviendo a Jeroboam: «después de todos estos sucesos, no se convirtió» (13,33). Si un varón de Dios pagó tan caro un solo acto de desobediencia, ¿qué podía esperar el rey que había hecho pecar a todo Israel? El relato es también una advertencia al poder. Y para el lector cristiano es una escuela de dis-

cernimiento: Jesús venció al tentador, que también citaba la Escritura, ateniéndose a la palabra recibida (Mt 4,1-11).

PAUSA

1. El varón de Dios resistió al rey, pero cedió ante una voz que parecía santa. ¿Qué voces, con buenas razones, te apartan de lo que Dios te ha pedido?
2. ¿Cómo distingues una inspiración de Dios de tus propios deseos disfrazados de inspiración?
3. El profeta anciano terminó honrando al que había engañado. ¿Hay alguien a quien hiciste daño y a quien debes una reparación?

Para orar. *Señor, dame un corazón obediente a tu palabra y la prudencia necesaria para no dejarme engañar.*

14

La sentencia de Ahías y el reinado de Roboam

El profeta que anunció a Jeroboam el reino le anuncia ahora la ruina de su casa. El capítulo tiene dos partes. En la primera, la mujer del rey visita disfrazada al anciano Ahías, que, ciego, la reconoce por sus pasos y le da una sentencia terrible: el niño enfermo morirá, la dinastía será barrida e Israel irá al destierro (vv. 1-20). En la segunda, el reinado de Roboam en Judá: los pecados del pueblo, la invasión del faraón Sesac, que se lleva el oro del templo, y la guerra continua con el norte (vv. 21-31). Los dos reinos empiezan mal, cada uno a su manera.

La mujer de Jeroboam ante Ahías

1 Por aquel tiempo enfermó Abía, hijo de Jeroboam [1]. 2 Y
dijo Jeroboam a su mujer: Anda y disfrázate, para que no
seas conocida por mujer de Jeroboam; y ve a Silo, donde
está el profeta Ahías, el que me predijo había de reinar yo
sobre este pueblo. 3 Toma también contigo diez panes, una
torta y una orza de miel; y ve a visitarle, que él te dirá lo
que ha de acontecer a este niño. 4 Hizo la mujer de Jero-
boam lo que éste le había dicho; y partiendo para Silo, lle-
gó a casa de Ahías; el cual ya no veía, porque se le había
ofuscado la vista [2] a causa de su mucha edad. 5 Pero el Se-
ñor dijo a Ahías: Mira que aquí entra la mujer de Jero-

boam a consultarte sobre su hijo que está enfermo. Esto es
lo que has de responder. Pues como ella entrase disimu-
lando ser quien era, [6] oyó Ahías el ruido de sus pisadas al
entrar por la puerta, y dijo: Entra, esposa de Jeroboam.
¿Para qué finges ser otra? Ello es que yo tengo comisión
de darte una mala nueva.

[7] Ve, y di a Jeroboam: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo
te ensalcé de en medio del pueblo, y te hice caudillo de mi
pueblo de Israel. [8] Yo dividí el reino de la casa de David, y
te lo di a ti; mas tú no has sido como mi siervo David, que
guardó mis mandamientos, y me siguió con todo su cora-
zón, haciendo lo que era agradable a mis ojos, [9] sino que
has obrado peor que todos cuantos te han precedido, y te
forjaste dioses ajenos y de fundición para provocarme a
ira, y a mí me has desechado y vuelto las espaldas [3]. [10] Por
tanto yo voy a llover desastres sobre la casa de Jeroboam, y
destruiré de la casa de Jeroboam hasta los perros [4], y así
lo precioso como lo vil y desechado en Israel, y barreré los
rezagos de la familia de Jeroboam, como suele barrerse la
basura, hasta que no quede rastro. [11] Los de la casa de Jero-
boam que murieren en poblado, serán comidos de los
perros [5], y los que murieren en el campo, serán devorados
por las aves del cielo; porque el Señor es el que lo ha dicho.

[12] Anda tú, pues, ahora, y vete a tu casa; y en el punto mis-
mo que pongas tus pies en la ciudad, morirá el hijo, [13] y lo

llorará todo Israel, y le dará sepultura; siendo éste el único de la familia de Jeroboam que recibirá sepultura; por cuanto es el único de dicha familia a quien el Señor Dios de Israel ha mirado con agrado [6]. [14] Entretanto el Señor ha escogido ya un rey para Israel, que exterminará la casa de Jeroboam en nuestros días y en este tiempo en que vivimos [7]. [15] Y el Señor Dios batirá a Israel, al modo que una caña suele ser batida de las aguas [8]; arrancará a Israel de esta buena tierra que dio a sus padres, y lo arrojará cautivo más allá del río Eufrates, en castigo de haber consagrado bosques a los ídolos [9] para irritar al Señor. [16] Y abandonará el Señor a Israel por los pecados de Jeroboam, el cual no solamente pecó él, sino que hizo pecar a Israel [10].

La muerte del niño y de Jeroboam

[17] Marchó, pues, la mujer de Jeroboam; y siguiendo su camino llegó a Tersa [11], y al tiempo de poner el pie sobre el umbral de su casa murió el hijo. [18] Y lo sepultaron, y lo lloró todo Israel, conforme lo había predicho el Señor por boca de su siervo el profeta Ahías. [19] En cuanto a los demás hechos de Jeroboam, las guerras que tuvo y su modo de reinar, todo se halla escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel [12]. [20] Reinó Jeroboam veintidós años; bajó al sepulcro como sus padres; y lo sucedió en el trono su hijo Nadab.

Roboam y la invasión de Sesac

21 Al mismo tiempo Roboam, hijo de Salomón, reinó en
Judá. Cuarenta y un años tenía Roboam cuando empezó a
reinar; y reinó diecisiete años en Jerusalén, ciudad escogi-
da por el Señor entre todas las tribus de Israel, para esta-
blecer en ella su culto [13]. Su madre era amonita, y llamá-
base Naama [14]. 22 Y la tribu de Judá ofendió al Señor irri-
tándole con pecados mucho mayores que los que cometie-
ron sus padres en medio de sus maldades. 23 Porque erigió
altares y simulacros, y bosques [15] sobre todos los collados
altos y debajo de todo árbol frondoso. 24 Y aun hubo tam-
bién en el país hombres afeminados [16], que renovaron to-
das las abominaciones de aquellos pueblos que el Señor
había destruido al presentarse los hijos de Israel.

25 Mas el año quinto del reinado de Roboam, vino Sesac,
rey de Egipto, a Jerusalén [17], 26 y se apoderó de los tesoros
del templo del Señor, y de los tesoros del rey, y robó todas
las alhajas, hasta los escudos de oro que había hecho
Salomón [18]; 27 en lugar de los cuales puso Roboam escudos
de cobre [19], entregándolos al cuidado de los capitanes de
guardias y de los que hacían centinela a la puerta del pala-
cio del rey. 28 Y cuando entraba el rey en el templo del Se-
ñor, llevaban estos escudos los que tenían el cargo de ir de-
lante, y después los volvían a la armería de las guardias.

29 Las demás cosas de Roboam, y todo cuanto hizo, está escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá. 30 Y hubo siempre guerra entre Roboam y Jeroboam 20. 31 Durmió Roboam con sus padres, y fue sepultado con ellos en la ciudad de David. Su madre se llamó Naama, la cual era de nación amonita. Lo sucedió en el reino su hijo Abiam.

¿Sabías que?

En el templo de Amón en Karnak, en el muro de la llamada Puerta de los Bubastitas, Sheshonq I, el Sesac de la Biblia, hizo grabar su campaña en Canaán. El faraón golpea a un grupo de cautivos, y en varias filas, figuras de prisioneros atados llevan en el pecho, dentro de un óvalo almenado, el nombre de una ciudad conquistada. Había unos ciento cincuenta y seis; muchos se han perdido, pero se leen, entre otros, Taanac, Bet-Seán, Mahanaim, Gabaón, Meguido, Fanuel y, quizá, Tersa. Champollion, que estudió Karnak en 1828-1829, creyó leer en uno de ellos «el reino de Judá»; hoy se lee «Mano del rey», un nombre de lugar. En Meguido, las excavaciones de la Universidad de Chicago encontraron además un fragmento de una estela con su nombre.

PAUSA

1. La mujer de Jeroboam se disfrazó ante el profeta. ¿Ante quién te disfrazas tú, y qué temes que vea?
2. Dios vio «algo bueno» en un niño de la casa de Jeroboam. ¿Sabes reconocer el bien en las personas y en los ambientes que das por perdidos?
3. Roboam cambió el oro por cobre y mantuvo la ceremonia. ¿Hay en tu vida de fe formas que conservas cuando ya se ha perdido lo esencial?

Para orar. *Señor, que no me esconda de ti, y que mi fe no se quede en apariencia.*

15

Abiam y Asá, reyes de Judá

Después del cisma, el narrador alterna los reinados de Judá y de Israel con fórmulas fijas: cuándo empezó cada rey, cuánto reinó, quién era su madre (en Judá), si hizo lo recto o lo malo, dónde está escrito lo demás y dónde fue sepultado. El capítulo tiene tres cuadros: Abiam, breve y mediocre (vv. 1-8); Asá, el primer rey reformador de Judá, que sin embargo compra con el tesoro del templo la ayuda de Damasco (vv. 9-24), y Nadab de Israel, asesinado por Baasa, que extermina la casa de Jeroboam (vv. 25-34). Bajo la crónica seca corre una pregunta: quién tiene un corazón entero para el Señor.

Abiam, rey de Judá

1 En el año décimo octavo del reinado de Jeroboam [1], hijo
de Nabat, en Israel, comenzó a reinar Abiam en Judá.
2 Tres años reinó éste en Jerusalén. Se llamaba su madre
Maaca, hija de Abesalom o Absalón [2]. 3 Imitó Abiam todos
los pecados cometidos por su padre antes de él; y no fue su
corazón sincero para con el Señor Dios suyo, como lo había sido el corazón de su abuelo David [3]. 4 Mas por amor
de David le concedió el Señor su Dios una antorcha en
Jerusalén [4], dándole por sucesor un hijo suyo, para conservar la gloria de Jerusalén. 5 Por cuanto David había pro-

cedido rectamente a los ojos del Señor, y en nada se desvió
notablemente de cuanto le tenía mandado todo el tiempo
de su vida, salvo el suceso de Urías, heteo [5].

6 Sin embargo, durante la vida de Roboam continuó la gue-
rra entre éste y Jeroboam. 7 Los demás sucesos de Abiam y
todos sus hechos, ¿no es así que están escritos en los Ana-
les de los Reyes de Judá? Hubo también una terrible bata-
lla entre Abiam y Jeroboam [6]. 8 Y fue Abiam a dormir con
sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de David, suce-
diéndole en el trono su hijo Asa.

Asá, rey de Judá

9 El año vigésimo, pues, de Jeroboam, rey de Israel, entró a
reinar Asa, rey de Judá, 10 y reinó cuarenta y un años en
Jerusalén. Llamábase su madre Maaca, hija de Abesalom.
11 E hizo Asa lo que era justo delante del Señor [7], como su
padre David; 12 y extirpó del país a los afeminados y lo lim-
pió de todas las inmundicias de los ídolos fabricados por
sus padres. 13 Y además echó de su lado a su madre Maaca,
para que no presidiese en las ceremonias de Príapo [8], en el
bosque que le había consagrado; y arruinó su caverna, e
hizo pedazos el obscenísimo simulacro, y lo quemó en el
torrente de Cedrón. 14 No quitó los lugares altos [9]. Por lo
demás el corazón de Asa fue sincero para con Dios todo el
tiempo que vivió. 15 Trasladó asimismo al templo del Se-

ñor la plata y el oro y las alhajas que su padre había consagrado y ofrecido con voto.

16 Continuó la guerra entre Asa y Baasa, rey de Israel,
mientras que vivieron ambos. 17 Y avanzó Baasa, rey de Is-
rael, por las tierras de Judá, y edificó a Rama [10], a fin de
impedir con esta fortaleza que pudiese salir y entrar nin-
guno del partido de Asa, rey de Judá. 18 Entonces Asa, co-
giendo toda la plata y el oro que había quedado en los teso-
ros del templo del Señor, y en los del palacio real, lo entre-
gó todo a sus criados, y lo envió a Benadad, hijo de Tabre-
món y nieto de Hezión [11], rey de Siria, que habitaba en Da-
masco, con orden de decirle: 19 Ya sabes que hay alianza
entre los dos [12], como la hubo entre mi padre y el tuyo; por
tanto, te remito esos presentes de plata y oro, y te pido que
vengas y rompas la alianza que tienes con Baasa, rey de Is-
rael, para que éste se retire de mis dominios.
20 Condescendiendo Benadad con el rey Asa, despachó los
capitanes de su ejército contra las ciudades de Israel, y se
apoderaron de Ahión, y de Dan, y de Abel-casa de
Maaca [13], y de todo el país de Cennerot, es a saber, de toda
la tierra de Neftalí. 21 Lo cual sabido por Baasa, suspendió
las obras de Rama, y se volvió a Tersa. 22 Entretanto el rey
Asa publicó un bando por toda la tierra de Judá, que de-
cía: Nadie queda exento [14] de acudir a Rama. Con esto re-
cogieron la piedra y madera empleada por Baasa en la

construcción de Rama, y con ellas edificó el rey Asa a Gabaa de Benjamín y a Masfa.

23 El resto de las acciones de Asa, y todas sus proezas, y
cuanto hizo, y las ciudades que fundó, ¿no es así que está
todo escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá?
Asa, pues, siendo viejo adoleció de los pies [15], 24 y pasó a
descansar con sus padres, y fue sepultado con ellos en la
ciudad de su padre David, sucediéndole en el reino su hijo
Josafat.

Nadab y Baasa, reyes de Israel

25 Al segundo año de Asa, rey de Judá, empezó a reinar en
Israel Nadab, hijo de Jeroboam, y tuvo dos años la corona.
26 Y se portó mal en la presencia del Señor, siguiendo las
pisadas de su padre y los pecados con que éste hizo pecar a
Israel. 27 Mas Baasa, hijo de Ahías, de la tribu de Isacar, le
armó asechanzas, y lo mató en Gebbetón, ciudad de los
filisteos [16], al tiempo que Nadab y todo Israel estaban si-
tiando esta ciudad. 28 Lo mató, pues, Baasa, el año tercero
de Asa, rey de Judá, y reinó en su lugar.

29 Así que fue rey, exterminó toda la familia de
Jeroboam [17]; no dejó con vida ni una sola persona de su li-
naje; sino que lo extirpó enteramente, según lo había pre-
dicho el Señor por boca de su siervo Ahías, silonita, 30 en
pena de los pecados cometidos por Jeroboam, y de los que

había hecho cometer a Israel, y por el delito o idolatría con que había irritado al Señor Dios de Israel. 31 Las demás cosas de Nadab y todas sus acciones, ¿no es así que están escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? 32 Hubo guerra entre Asa, rey de Judá, y Baasa, rey de Israel, mientras vivieron.

33 El año tercero de Asa, rey de Judá, comenzó a reinar en todo Israel Baasa, hijo de Ahías, y reinó en Tersa veinticuatro años. 34 Procedió Baasa mal delante del Señor, siguiendo las pisadas de Jeroboam y los pecados con que éste había hecho pecar a Israel.

¿Sabías que?

Abiam y Asá tienen su lugar en la genealogía de Jesús: «Roboam engendró a Abías, Abías a Asá, Asá a Josafat» (Mt 1,7-8). Pero los manuscritos griegos más antiguos del evangelio no escriben Asá, sino Asaf, el nombre del cantor al que se atribuyen doce salmos (Sal 50; 73 – 83), y en el v. 10 escriben Amós en lugar del rey Amón. Unos piensan en un descuido de copista muy antiguo; otros, en un juego deliberado del evangelista, que habría querido evocar en la lista de los reyes a los Salmos y a los Profetas. Las traducciones suelen corregirlo, y la Vulgata ya leía «Asa».

PAUSA

1. Asá apartó a su propia abuela por fidelidad a Dios, pero al final buscó el apoyo de Damasco y no el del Señor. ¿En qué terreno de tu vida te cuesta más confiar solo en Dios?
2. El narrador mide a cada rey por su «corazón entero». ¿Qué divisiones descubres hoy en tu corazón?
3. David fue recordado por su conversión, no por no haber pecado. ¿Qué te dice esto sobre tu propia historia?

Para orar. *Señor, dame un corazón entero para ti, que no busque en otros apoyos la seguridad que solo tú das.*

16

De Baasa a Acab: Omrí funda Samaria

Varios decenios del reino del norte caben en un capítulo. Primero, la profecía de Jehú contra Baasa (vv. 1-7); después, una cadena de golpes: Ela, asesinado en plena borrachera por Zambri; los siete días de Zambri, que muere en su palacio en llamas, y la guerra civil entre Tebni y Omrí (vv. 8-22). Sigue el reinado de Omrí, fundador de Samaria (vv. 23-28), y el comienzo del de Acab, que se casa con Jezabel y levanta un templo a Baal (vv. 29-34). Omrí y Acab fueron los reyes más poderosos que tuvo Israel, y los peor juzgados: el poder no es la medida de la Biblia.

La sentencia contra Baasa

1 Después de esto habló el Señor a Jehú, hijo de Hanani [1],
contra Baasa, diciendo: 2 Dirás a Baasa: Puesto que yo te le-
vanté del polvo [2] haciéndote caudillo de mi pueblo de Is-
rael, y tú has seguido el camino de Jeroboam, induciendo
al pecado a mi pueblo de Israel, provocándome a ira con
sus excesos, 3 he aquí que yo arrancaré de la faz de la tierra
tu descendencia y la de tu familia; y haré de tu casa lo que
he hecho de la de Jeroboam, hijo de Nabat. 4 El que del li-
naje de Baasa muriere en la ciudad, será comido de los
perros [3], y el que muriere en el campo, será pasto de las
aves del cielo.

5 Las demás cosas de Baasa, y todo cuanto hizo, y sus combates, ¿no está todo escrito en el Libro de los Anales de los
Reyes de Israel? 6 Pasó, pues, Baasa a descansar con sus padres, y fue sepultado en Tersa, y lo sucedió en el trono su
hijo Ela. 7 Mas como el profeta Jehú, hijo de Hanani, había
pronunciado la sentencia del Señor contra Baasa y contra
su casa, en castigo de todos los pecados que había hecho en
presencia del Señor, irritándolo con las obras de sus manos, por cuyo motivo merecería ser tratado como la casa
de Jeroboam, por esta razón le quitó él la vida, es a saber,
al profeta Jehú, hijo de Hanani [4].

8 A los veintiséis años del reinado de Asa, rey de Judá,
reinó Ela, hijo de Baasa, sobre Israel, en Tersa, por espacio
de dos años. 9 Porque se rebeló contra él su siervo Zambri,
comandante de la mitad de la caballería [5]. Estaba, pues,
Ela en Tersa bebiendo y banqueteando, y se hallaba ya
beodo en casa de Arsa, gobernador de Tersa [6], 10 cuando
arrojándose Zambri de golpe sobre él con gran furia, lo hirió y lo mató en el año veintisiete de Asa, rey de Judá, y
entró a reinar en su lugar. 11 Luego que llegó a ser rey, y se
hubo sentado en el trono, exterminó toda la casa de Baasa,
y todos sus deudos y amigos, no dejando vivo ni siquiera
un perro [7]. 12 De esta suerte acabó Zambri con toda la casa
de Baasa, conforme a la sentencia del Señor, dada a conocer a Baasa por boca del profeta Jehú, 13 en castigo de todos

los pecados de Baasa y de los de Ela, su hijo; quienes pecaron e hicieron pecar a Israel, provocando la ira del Señor Dios de Israel con sus vanidades o vanos dioses [8]. [14] Las demás cosas de Ela y todas sus acciones, ¿no están escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel?

Zambri, Tebni y Omrí

[15] El año veintisiete de Asa, rey de Judá, reinó Zambri por siete días en Tersa [9], estando el ejército de Israel sitiando a Gebbetón, ciudad de los filisteos. [16] Pero habiéndose sabido que Zambri se había rebelado y muerto al rey, todo Israel alzó por rey suyo a Amri, que a la sazón se hallaba en el campamento mandando el ejército de Israel. [17] Marchó, pues, Amri y con él todo Israel de Gebbetón, y pusieron sitio a Tersa. [18] Y viendo Zambri que la ciudad iba a ser tomada, entró en el palacio, y se abrasó junto con la casa real, y murió [19] en sus pecados, esto es, por los que había cometido [10], viviendo mal en la presencia del Señor, y siguiendo las pisadas de Jeroboam, y el pecado de idolatría con que hizo pecar a Israel. [20] Las demás acciones de Zambri, y su conjuración y tiranía, ¿no está todo escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel?

[21] Entonces se dividió el pueblo de Israel en dos facciones: la mitad del pueblo seguía a Tebni, hijo de Ginet [11], con ánimo de alzarle rey; y la otra mitad a Amri. [22] Mas la gen-

te que estaba a favor de Amri pudo más que el partido de Tebni, hijo de Ginet; y murió Tebni, y reinó Amri.

23 El año treinta y uno de Asa, rey de Judá, reinó Amri solo y pacíficamente [12] sobre Israel por espacio de doce años, seis de ellos en Tersa. 24 Y compró el monte de Samaria a Semer por dos talentos de plata [13]; y a la ciudad que en él fundó, dio el nombre de Samaria, del nombre de Semer, dueño del monte. 25 E hizo Amri el mal delante del Señor, y sobrepujó en la maldad a todos cuantos le habían precedido [14]; 26 y en todo imitó el proceder de Jeroboam, hijo de Nabat, y sus pecados, con que hizo pecar a Israel, provocando la ira del Señor Dios de Israel con sus vanidades o idolatrías. 27 El resto de las acciones de Amri y las guerras que tuvo ¿no está todo escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? 28 Y pasó Amri a descansar con sus padres, y fue sepultado en Samaria, sucediéndole en el reino su hijo Acab.

Acab y Jezabel

29 El año treinta y ocho del reinado de Asa, rey de Judá, comenzó a reinar en Israel Acab, hijo de Amri. Reinó este Acab, hijo de Amri [15], sobre Israel, en Samaria, veintidós años. 30 E hizo Acab, hijo de Amri, más males en la presencia del Señor que todos sus predecesores. 31 Pues no se contentó con imitar los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, sino que además tomó por mujer a Jezabel, hija de Etbaal,

rey de los sidonios [16], por donde vino a servir a Baal y adorarlo. [32] Y erigió un altar a Baal en el templo que le había edificado en Samaria [17], [33] y le plantó y consagró un bosque. Y prosiguió Acab en su mal obrar, irritando al Señor Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel, sus predecesores.

[34] En su tiempo Hiel, natural de Betel, reedificó Jericó [18]; cuando echó los cimientos, perdió a Abiram su primogénito; y cuando colocó las puertas, murió Segub, el último de sus hijos; conforme a lo que había predicho el Señor por boca de Josué, hijo de Nun.

¿Sabías que?

Según la lista de reyes de Tiro que Flavio Josefo copia del historiador Menandro de Éfeso, a Itóbalo, el padre de Jezabel, le sucedieron su hijo Badezoro, su nieto Matgeno y después Pigmalión, en cuyo séptimo año de reinado «su hermana huyó y fundó la ciudad de Cartago en Libia» (*Contra Apión* I,18). Esa hermana es la reina Elisa, la Dido de la *Eneida* de Virgilio. Si la lista es fiable, la fundadora de Cartago era sobrina nieta de Jezabel. Josefo cuenta también que Menandro recordaba una sequía de un año en tiempos de Itóbalo, y la relaciona con la de Elías (ver nota a 18,1).

Israel en las inscripciones del siglo IX

Inscripción	Qué dice	En la Biblia
Relieve de Karnak	Sheshonq I, hacia 925 a. C.: ciudades conquistadas en Canaán	Sesac contra Roboam (14,25-26)
Estela de Meguido	Fragmento con el nombre del mismo faraón, hallado en 1926	La misma campaña
Estela de Mesa	Hacia 840 (Louvre): «Omrí fue rey de Israel y oprimió a Moab muchos días»	Omrí y su hijo (16,23-34); 2 Re 3
Monolito de Kurkh	853 (Museo Británico): en Qarqar, «Acab el israelita», con dos mil carros	La Biblia calla esta batalla
Estela de Tel Dan	Siglo IX (Museo de Israel): un rey arameo mata a un rey de Israel y a otro de la «casa de David»	Quizá Joram y Ocozías (2 Re 9); nombres restaurados
Obelisco Negro	Hacia 825 (Museo Británico): «Jehú, hijo de Omrí», postrado ante Salmanasar III, tributo del 841	Jehú (2 Re 9 – 10)
Marfiles de Samaria	Siglos IX – VIII: placas talladas al estilo fenicio	«Casa de marfil» (22,39; Am 3,15)
Óstraca de Samaria	Siglo VIII: nombres formados con el del Señor y con el de Baal	Los dos cultos (18,21)

Omrí y Acab, famosos entre sus vecinos, ocupan pocos versículos, y Qarqar ni se nombra: el libro escribe una historia teológica, no política (ver el ensayo del capítulo 16). Las inscripciones posteriores se verán en 2 Reyes.

Los reyes de 1 Reyes

Rey	Reino y años de reinado	Hacia (a. C.)
David	Todo Israel: 40 años (2,11)	1010 – 970
Salomón	Todo Israel: 40 años (11,42)	970 – 931
Roboam	Judá: 17 años (14,21)	931 – 913
Jeroboam I	Israel: 22 años (14,20)	931 – 910
Abiam	Judá: 3 años (15,2)	913 – 911
Asá	Judá: 41 años (15,10)	911 – 870
Nadab	Israel: 2 años (15,25)	910 – 909
Baasa	Israel: 24 años (15,33)	909 – 886
Ela	Israel: 2 años (16,8)	886 – 885
Zambri	Israel: 7 días (16,15)	885
Tebni	Israel, rival de Omrí (16,21-22)	885 – 880
Omrí	Israel: 12 años (16,23)	885 – 874
Acab	Israel: 22 años (16,29)	874 – 853
Josafat	Judá: 25 años (22,42)	872 – 848
Ocozías	Israel: 2 años (22,52)	853 – 852

Fechas redondeadas según la cronología de E. R. Thiele; otros sistemas las desplazan hasta unos diez años (ver «Antes de empezar»). Los años se cuentan a veces de modo inclusivo, y algunos reinados se solapan: Josafat reinó un tiempo junto a su padre Asá. Los siete días de Zambri y la rivalidad de Tebni no se suman en los totales. La historia de Josafat y la de Ocozías continúan en 2 Reyes.

PARA PROFUNDIZAR

La casa de Omrí: Israel en las inscripciones de sus vecinos

Omrí ocupa en la Biblia ocho versículos (16,21-28): un general proclamado por el ejército, una guerra civil, una capital nueva, doce años de reinado y un juicio sin atenuantes: «sobrepujó en la maldad a todos cuantos le habían precedido». Sin embargo, fue uno de los reyes más importantes que tuvo Israel, y sus vecinos lo sabían. Con la dinastía que fundó, Omrí, Acab y sus hijos, el reino del norte aparece por primera vez de manera abundante en las inscripciones de otros pueblos.

La estela de Mesa, rey de Moab, grabada hacia el 840 a. C. y conservada hoy en el Louvre, dice: «Omrí fue rey de Israel y oprimió a Moab muchos días, porque Kemós estaba irritado con su tierra. Y le sucedió su hijo, y también él dijo: Oprimiré a Moab». Añade que Omrí y su hijo habitaron la región de Medeba «cuarenta años», hasta que Mesa la recuperó y pudo proclamar: «Israel ha perecido para siempre». La Biblia cuenta la rebelión de Mesa desde el lado israelita (ver 2 Re 3), y el Deuteronomio ya narra el hallazgo de la estela (ver el recuadro del capítulo 7 del Deuteronomio).

Los asirios conocieron a Acab en el campo de batalla. El monolito de Kurkh, en el Museo Británico, narra la campaña de Salmanasar III en el 853 a. C.: en Qarqar, junto al río Orontes, le salió al paso una coalición de doce reyes encabezada por Hadadézer de Damasco, y en ella «Acab el israelita» aportaba dos mil carros y diez mil soldados, el mayor contingente de carros de todos. El rey

asirio se proclama vencedor, pero tuvo que volver a la región varias veces en los años siguientes. La Biblia no dice ni una palabra de esa batalla; quizá los «tres años sin guerra entre Siria e Israel» (22,1) correspondan a esa alianza con Damasco, pero no es seguro. Doce años después, en el 841, Jehú pagó tributo al mismo Salmanasar, y el Obelisco Negro, grabado unos años más tarde, muestra a «Jehú, hijo de Omrí», o a un enviado suyo, postrado ante el rey de Asiria (ver 2 Re 9 – 10), aunque Jehú había exterminado precisamente la casa de Omrí. Durante más de un siglo, los asirios siguieron llamando a Israel «casa de Omrí».

La arqueología confirma la envergadura de esta dinastía (ver nota a 16,24). En Samaria, el palacio construido con sillares de estilo fenicio y los marfiles labrados hablan de una corte rica y abierta a Tiro; en Yizreel, las excavaciones de D. Ussishkin y J. Woodhead (1990-1996) sacaron a la luz un gran recinto real fortificado del siglo IX. Muchos arqueólogos atribuyen además a los omridas buena parte de las grandes construcciones de Meguido y Jasor (ver el ensayo del capítulo 9). Los óstraca de Samaria, recibos de vino y aceite algo posteriores, mezclan nombres de persona formados con el nombre del Señor y otros formados con Baal, como si los dos cultos convivieran en las mismas familias.

El narrador conocía la fama de Omrí, y aun así lo despacha en ocho versículos. No escribe una historia del poder, sino de la fidelidad: lo que le importa es si el rey escuchó la palabra de Dios, y por eso remite al lector curioso a los anales reales (16,27). La Pontificia Comisión Bíblica recuerda que la historia bíblica no se limita a contar acontecimientos positivos, sino que muestra cómo Dios lleva adelante la salvación en medio de las contradic-

ciones humanas (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, n. 70). María lo cantará en el Magníficat: Dios «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes» (Lc 1,52). Omrí y Acab dieron a Israel prestigio, ejércitos y palacios de marfil; el narrador ve sobre todo que con ellos entraron en Samaria Jezabel y el culto de Baal (ver nota a 16,31). Por eso, en el capítulo siguiente, la historia deja de mirar al palacio y se fija en un profeta de Galaad. Ver el cuadro «Israel en las inscripciones del siglo IX», después de este capítulo.

PAUSA

1. Omrí fue poderoso y famoso, y la Biblia lo despacha en ocho versículos. ¿Con qué criterio mides tú el éxito de una vida?
2. Zambri, Tebni, Omrí: el poder pasaba de mano en mano a fuerza de espada. ¿Dónde ves hoy esa misma lógica, y cómo puedes no entrar en ella?
3. Acab mezcló el culto del Señor con el de Baal. ¿Qué otros «señores» conviven en tu vida con tu fe?

Para orar. *Señor, que derribas del trono a los poderosos y enalteces a los humildes, hazme fiel en lo pequeño, aunque nadie lo escriba en sus anales.*

17

Elías y la viuda de Sarepta

Sin presentación ni genealogía, Elías irrumpe ante Acab con un juramento: no lloverá sino por su palabra. El capítulo lo sigue en tres escenas en que Dios cuida de su profeta: el torrente de Carit, donde lo alimentan los cuervos (vv. 1-7); Sarepta, en la tierra de Jezabel, donde una viuda pagana comparte con él su último puñado de harina (vv. 8-16), y la muerte y vuelta a la vida del hijo de la viuda (vv. 17-24). Todo responde a una pregunta: quién da la lluvia, el pan y la vida; no Baal, sino el Señor, cuya palabra está en boca de Elías (v. 24).

Elías anuncia la sequía

1 Mas Elías de Tesbe, habitante de Galaad [1], dijo a Acab:
Vive el Señor Dios de Israel, de quien yo soy siervo [2],
que no ha de caer rocío ni lluvia en estos años [3],
sino hasta que yo lo dijere.

2 Y le habló el Señor, diciéndole: 3 Sal de aquí, y encamínate hacia el oriente, y escóndete en el arroyo de Carit, que está enfrente del Jordán [4]. 4 Allí beberás del arroyo; y ya he mandado yo a los cuervos [5] que te lleven allí de comer. 5 Se fue, pues, y ejecutó las órdenes del Señor; y se retiró junto al arroyo de Carit, que corre enfrente del Jordán; 6 a

donde los cuervos le llevaban pan y carne por la mañana, y asimismo pan y carne por la tarde [6]; y bebía del arroyo.
[7] Mas pasados algunos días, se secó el arroyo; porque faltaron las lluvias sobre la tierra.

La viuda de Sarepta

[8] Por tanto, le habló el Señor y le dijo: [9] Anda y vete a Sarepta, ciudad de los sidonios [7], y fija en ella tu morada; porque yo tengo allí dispuesto que una mujer viuda te sustente. [10] Partió, pues, y se fue a Sarepta, y al llegar a la puerta de la ciudad, se encontró con una mujer viuda que andaba recogiendo leña; y llamándola le dijo: Dame en un vaso un poco de agua para beber [8]. [11] Yendo ella a traérsela, gritó tras de la mujer, diciéndole: Tráeme también, te ruego, un bocado de pan en tu mano. [12] Vive el Señor Dios tuyo, respondió ella [9], que pan yo no lo tengo; no tengo más que un puñado de harina en la orza, y un poco de aceite en la alcuza [10]; he aquí que estoy cogiendo dos palitos de leña para ir a cocerla para mí y para mi hijo, y comérnosla; y después de consumidos estos residuos morirnos de hambre.

[13] Le dijo Elías: No temas; anda, ve y haz lo que has dicho; mas primero haz para mí de ese poquito de harina un panecillo, cocido debajo del rescoldo [11], y tráemelo, que después lo harás para ti y para tu hijo. [14] Porque esto dice el Señor Dios de Israel: No vendrá a menos la harina de la

orza [12], ni menguará el aceite de la alcuza, hasta el día en
que el Señor envíe lluvia sobre la tierra. [15] Se fue, pues, la
mujer e hizo lo que Elías le había dicho; y comió Elías, ella
y toda su casa. Desde aquel día [16] no faltó nunca harina en
la orza, ni se disminuyó el aceite de la alcuza; según lo que
había prometido el Señor por boca de Elías.

El hijo de la viuda

[17] Sucedió después que enfermó el hijo de aquella mujer
dueña de la casa, y la enfermedad era mortal, de suerte
que quedó sin respiración alguna [13]. [18] Por lo cual dijo a
Elías: ¿Qué te he hecho yo, oh varón de Dios? [14] ¿Has en-
trado en mi casa para renovar la memoria de mis
pecados [15], y en castigo de ellos hacer morir a mi hijo?

[19] Le respondió Elías: Dame tu hijo. Y tomándole de su re-
gazo, lo llevó al aposento de arriba [16], donde estaba hospe-
dado, y lo puso sobre su cama. [20] Y clamó al Señor dicien-
do: ¡Oh Señor Dios mío!, ¿aun a esta viuda, que me susten-
ta del modo que puede [17], la has afligido, quitando la vida
a su hijo? [21] Después de esto se tendió, y se encogió sobre el
niño por tres veces [18], y clamó al Señor diciendo: ¡Señor
Dios mío! Te ruego que vuelvas el alma de este niño a sus
entrañas [19]. [22] Oyó el Señor la súplica de Elías, y volvió el
alma del niño a entrar en él y resucitó [20].

23 Entonces Elías tomó el niño y lo bajó de su aposento al
cuarto bajo de la casa, y se lo entregó a su madre diciéndo-
le: Aquí tienes vivo a tu hijo [21]. 24 Y dijo la mujer a Elías:
Ahora acabo de reconocer en esto que tú eres un varón de
Dios, y que verdaderamente la palabra de Dios está en tu
boca [22].

¿Sabías que?

San Jerónimo cuenta en su *Vida de Pablo, primer ermitaño* que, cuando san Antonio visitó al anciano Pablo en el desierto de Egipto, un cuervo bajó de un árbol y dejó ante ellos un pan entero. Pablo explicó que desde hacía sesenta años recibía cada día medio pan, y que Cristo había doblado la ración de su soldado por la visita (cap. 10). Diego Velázquez pintó la escena hacia 1634 en *San Antonio Abad y San Pablo, primer ermitaño*, hoy en el Museo del Prado: en lo alto del cuadro, el cuervo baja con el pan en el pico, como sobre Elías en Carit.

Elías y Jesús

Aspecto	Elías (1 Re 17 – 19)	Jesús
Pan en el desierto	Lo alimentan los cuervos y el ángel (17,6; 19,5-8)	Los ángeles le sirven después del ayuno (Mt 4,11)
Cuarenta días	Camino del Horeb (19,8)	En el desierto (Mt 4,2)
Pan que no se acaba	La harina y el aceite de la viuda (17,14-16)	La multiplicación de los panes (Mc 6,35-44)
Una extranjera	La viuda de Sarepta de Sidón (17,9)	La recuerda en Nazaret (Lc 4,25-26); la sirofenicia (Mc 7,24-30)
Un hijo devuelto	«Se lo entregó a su madre» (17,23)	El hijo de la viuda de Naín (Lc 7,15)
Fuego del cielo	Sobre el altar del Carmelo (18,38)	No lo hace bajar sobre los samaritanos (Lc 9,54-55)
Una sola elección	«¿Hasta cuándo cojearéis…?» (18,21)	«Nadie puede servir a dos señores» (Mt 6,24)
La llamada	Eliseo deja los bueyes y a sus padres (19,19-21)	«El que pone la mano en el arado…» (Lc 9,61-62)
En el monte	Dios pasa en un aura suave (19,11-13)	La Transfiguración, con Moisés y Elías (Lc 9,30-31)

Muchos vieron en Jesús a Elías que volvía (Mc 6,15; 8,28); él aplicó esa espera a Juan el Bautista (Mt 17,10-13). El arrebato de Elías y su regreso anunciado (Mal 3,23-24) se verán en 2 Re 2.

PARA PROFUNDIZAR

Elías y la viuda de Sarepta: Dios de los pobres y de los extranjeros

Elías aparece de golpe, sin padre ni vocación, con una palabra que cierra el cielo: no habrá rocío ni lluvia sino por su palabra (17,1). En un país que esperaba de Baal, el señor de la tormenta, la lluvia, el grano y el aceite, el profeta anuncia que esos dones dependen del Señor (ver el cuadro «¿Quién era Baal?», después del capítulo 18). El capítulo responde en tres escenas a la pregunta de quién da el agua, el pan y la vida, y lo hace de una manera inesperada: a través de unos cuervos, de una viuda extranjera y de un niño muerto.

La primera escena es un retiro. Dios esconde a su profeta junto al arroyo de Carit y lo alimenta por medio de aves impuras, como alimentó a Israel en el desierto con pan por la mañana y carne por la tarde (17,6; Éx 16,12). Luego el arroyo se seca: el profeta sufre la sequía que ha anunciado. El Catecismo resume esta etapa diciendo que Elías «aprendió la misericordia» en su retiro (n. 2583). La tradición monástica vio en Carit el modelo del ermitaño que vive de lo que Dios le da, y san Jerónimo hizo bajar un cuervo con pan sobre Pablo, el primer ermitaño (ver el recuadro de este capítulo).

La segunda escena tiene lugar en Sarepta, entre Tiro y Sidón, en la tierra del padre de Jezabel. Dios ha «dispuesto» allí a una mujer para sustentar a su profeta (17,9), y resulta ser la persona más frágil del mundo antiguo: viuda, sin tierra, extranjera, a punto de cocinar su último pan antes de morir con su hijo. Elías le pide

que le dé primero a él, y ella, que solo conoce al Señor como «tu Dios», se fía de una palabra. La harina y el aceite no se acaban. San Ambrosio comenta que, como un ángel fue enviado a la Virgen, un profeta fue enviado a la viuda, y que Dios premió su hospitalidad con una abundancia que no se agota; ve en ella una figura de la Iglesia (*Sobre las viudas* 2,3-4; 3,14-16).

La tercera escena pone a prueba esa fe. El hijo muere, y la madre lanza la pregunta amarga de tantas personas que sufren: ¿me castiga Dios por mis pecados? (17,18). Elías no da explicaciones: sube al niño a su aposento, se queja ante Dios con libertad, se tiende sobre él tres veces y suplica. El Catecismo habla de su «oración insistente» (n. 2583). Cuando baja con el niño vivo y se lo entrega a su madre, ella confiesa: «verdaderamente la palabra de Dios está en tu boca» (17,24). La fe que empezó con un puñado de harina termina en una confesión.

Jesús escogió esta historia para explicar su misión en la sinagoga de Nazaret: «muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías», y a ninguna fue enviado, «sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón» (Lc 4,25-26). Sus paisanos lo entendieron bien, y quisieron despeñarlo (Lc 4,28-29): Dios no es propiedad de un pueblo, y sus dones llegan a los de fuera. San Lucas lo subraya de nuevo en Naín, donde Jesús devuelve a una viuda su hijo con las palabras de este capítulo (Lc 7,15; ver nota a 17,23). La liturgia, por su parte, une a la viuda de Sarepta con la viuda pobre del templo, que echó en el arca «todo lo que tenía para vivir» (Mc 12,44), en el 32.º domingo del ciclo B.

El Dios de Elías es el que «hace justicia al huérfano y a la viuda, y ama al forastero» (Dt 10,18), el que, como canta el salmo de ese domingo, «sustenta al huérfano y a la viuda» (Sal 146,9). En medio de la crisis de Israel, cuando el rey y la corte sirven a Baal, la fe brilla en una casa pobre de tierra pagana. Es una lección para cualquier tiempo de sequía: Dios suele empezar a actuar por los últimos, y pide a los que tienen poco que se fíen de su palabra antes de ver el fruto.

PAUSA

1. Dios alimentó a Elías por medio de unos cuervos y de una viuda pobre. ¿A través de quién te ha sostenido Dios cuando menos lo esperabas?
2. La viuda dio primero su último pan. ¿Qué te pide Dios hoy que le entregues antes de ver el resultado?
3. Ante la muerte de su hijo, la mujer pensó que Dios la castigaba. ¿Cómo acompañas a quien vive el dolor con esa pregunta?

Para orar. *Señor, que das el pan al pobre y la vida al que llora, haz que me fíe de tu palabra aunque solo me quede un puñado de harina.*

18

El sacrificio del Carmelo

Es el gran duelo del libro. Tras tres años de sequía, Elías vuelve ante Acab por medio de Abdías, el mayordomo que escondía a los profetas (vv. 1-16). En el Carmelo pone al pueblo ante una elección: el Señor o Baal. Los profetas de Baal gritan, danzan y se hieren durante horas sin respuesta (vv. 17-29); Elías repara el altar, lo empapa de agua, ora una sola vez, y cae el fuego (vv. 30-39). Siguen la matanza de los profetas de Baal junto al Cisón (v. 40) y la lluvia, anunciada por una nubecilla (vv. 41-46). Todo gira en torno a una pregunta: hasta cuándo cojeará Israel entre dos señores.

Elías y Abdías

1 Mucho tiempo después habló el Señor a Elías en el tercer
año del hambre [1], diciendo: Anda y preséntate a Acab;
porque quiero enviar lluvias a la tierra. 2 Partió, pues,
Elías a presentarse a Acab. Entretanto el hambre era extre-
ma en Samaria.

3 Y Acab llamó a Abdías, mayordomo de su palacio [2]. (Era
Abdías muy temeroso de Dios; 4 pues cuando Jezabel hacía
matar a los profetas del Señor, recogió él cien profetas, y
los escondió en cuevas [3], cincuenta en una cueva y cin-
cuenta en otra; y los proveyó de pan y agua). 5 Dijo, pues,

Acab a Abdías: Da una vuelta por el país hacia todas las fuentes y por todos los valles, para ver si podemos hallar hierba, y conservar la vida a los caballos y mulos, a fin de que no mueran todas las bestias. 6 Y se repartieron entre sí las provincias para recorrerlas. Acab iba por un camino y Abdías separadamente por otro.

7 Estando Abdías de camino, le salió al encuentro Elías; ante el cual, luego que lo conoció, se postró sobre su rostro, diciendo: Mi señor, ¿eres tú Elías? 8 Y respondió éste: Yo soy. Anda y di a tu amo: Aquí está Elías. 9 Replicó Abdías: ¿En qué he pecado yo, que me entregas a mí, siervo tuyo, en manos de Acab, para que me haga morir? 10 Vive el Señor Dios tuyo, que no hay gente ni reino a donde no haya enviado mi amo a buscarte; y habiendo respondido todos: No está aquí; él, visto que no aparecías, ha conjurado uno por uno a los reinos y naciones para que te prendan. 11 Ahora bien, tú me dices a mí: Anda, y di a tu amo: Aquí está Elías. 12 Y sucederá que apenas me habré apartado de ti, el espíritu del Señor te transportará [4] a donde yo no sepa; y después que habré dado la noticia a Acab, no hallándote él, me quitará a mí la vida. Y en verdad que tu siervo teme al Señor desde su infancia. 13 ¿Por ventura, señor mío, no ha llegado a tu noticia lo que hice yo cuando Jezabel mataba a los profetas del Señor; cómo escondí a cien de estos profetas, cincuenta en una cueva y cincuenta

en otra, proveyéndoles de pan y de agua? 14 ¿Y después de eso me encargas ahora que vaya a decir a mi amo: Aquí está Elías, para que me haga matar?

15 Respondió Elías: Vive el Señor de los ejércitos, a quien yo sirvo, que hoy mismo me he de presentar a Acab. 16 Partió, pues, Abdías a encontrar a Acab; y le dio el recado. Salió Acab al encuentro de Elías,

El desafío del Carmelo

17 y así que lo vio le dijo: ¿Eres acaso tú el que traes alborotado a Israel [5]? 18 A lo que respondió Elías: No he alborotado yo a Israel; sino tú y la casa de tu padre, que habéis despreciado los mandamientos del Señor, y seguido a los Baales o falsos dioses. 19 No obstante, manda ahora mismo juntar delante de mí a todo Israel en el monte Carmelo [6], y a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y a los cuatrocientos profetas de los bosquetes, a quienes sustenta Jezabel [7].

20 Envió, pues, Acab a llamar a todos los hijos de Israel, y congregó a todos los profetas de Baal en el monte Carmelo. 21 Entonces Elías acercándose a todo el pueblo, dijo: ¿Hasta cuándo habéis de ser como los que cojean hacia dos lados [8]? Si el Señor es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid a Baal. Mas el pueblo no le respondió palabra. 22 De nuevo dijo Elías al pueblo: He quedado yo solo de los profetas del

Señor; cuando los profetas de Baal son en número de cuatrocientas cincuenta personas. 23 Con todo, dénsenos dos bueyes; de los cuales escojan ellos uno, y haciéndolo pedazos, póngalo sobre la leña, sin aplicarle fuego; que yo sacrificaré el otro buey, lo pondré sobre la leña, y tampoco le aplicaré fuego. 24 Invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor; y aquel dios que mostrare oír, enviando el fuego [9], ése sea tenido por el verdadero Dios. Respondió todo el pueblo diciendo a una voz: Excelente proposición.

25 Dijo, pues, Elías a los profetas de Baal: Escoged para vosotros el buey, y comenzad los primeros, ya que sois en mayor número, e invocad los nombres de vuestros dioses, sin poner fuego a la leña. 26 Ellos tomando el buey que les fue dado, lo inmolaron, y no cesaban de invocar el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: Baal, escúchanos. Pero no se oía voz, ni había quien respondiese; y saltando sobre el ara que habían hecho, pasaban de una parte a otra [10]. 27 Siendo ya el mediodía, burlábase Elías de ellos [11], diciendo: Gritad más recio; porque ese dios quizá está en conversación con alguno, o en alguna posada, o de viaje; tal vez está durmiendo, y así es menester despertarlo. 28 Gritaban, pues, ellos a grandes voces; y se sajaban, según su rito, con cuchillo y lancetas [12], hasta llenarse de sangre. 29 Mas pasado ya el mediodía, y

mientras proseguían en sus invocaciones, llegó el tiempo en que suele ofrecerse el sacrificio, sin que se oyese ninguna voz, ni hubiese quien respondiera, ni atendiera a los que oraban.

El fuego del Señor

30 Dijo entonces Elías a todo el pueblo: Acercaos a mí; y acercándose a él el pueblo, reparó el altar del Señor que había sido arruinado [13]. 31 Tomó doce piedras, según el número de las tribus [14] de los hijos de Jacob, a quien habló el Señor, diciendo: Israel será tu nombre. 32 Y con dichas piedras edificó el ara o altar en el nombre del Señor; e hizo alrededor del altar una zanja, como dos pequeños surcos [15], 33 y acomodó la leña; y dividiendo el buey en trozos, los puso sobre la leña, 34 y dijo: Llenad cuatro cántaros de agua [16], y vertedla sobre el holocausto y sobre la leña. Y dijo después: Hacedlo segunda vez. Y habiéndolo hecho por segunda vez, añadió: Repetidlo aun por tercera. E hicieron lo mismo por tercera vez; 35 de suerte que corría el agua alrededor del altar, y quedó la zanja llena de agua.

36 Siendo ya el tiempo de ofrecer el holocausto [17], se acercó el profeta Elías, y dijo: Oh Señor Dios de Abrahán, y de Isaac, y de Israel, muestra hoy que tú eres el Dios de Israel, y que yo soy tu siervo, y que por tu mandato he hecho todas estas cosas. 37 Óyeme, oh Señor, escúchame [18], a fin de que sepa este pueblo que tú eres el Señor Dios, y que tú has

convertido de nuevo sus corazones. 38 De repente bajó fuego del cielo, y devoró el holocausto [19], y la leña, y las piedras, y aun el polvo, consumiendo el agua que había en la zanja. 39 Visto lo cual por todo el pueblo, se postraron todos sobre sus rostros, diciendo: El Señor es el Dios, el Señor es el Dios verdadero [20].

40 Entonces les dijo Elías: Prended a los profetas de Baal, y que no se escape ninguno de ellos. Presos que fueron, los mandó llevar Elías al arroyo de Cisón; y allí les hizo quitar la vida [21].

La lluvia

41 Dijo entonces Elías a Acab: Anda, come y bebe; porque ya oigo el ruido de una gran lluvia que viene. 42 Fue Acab a comer y beber; mas Elías se subió a la cima del Carmelo, donde arrodillado en tierra, y puesto su rostro entre las rodillas [22], 43 dijo a su criado: Anda, ve y observa hacia el mar. Habiendo ido el criado y mirado, volvió diciendo: No hay nada. Le replicó Elías: Vuelve hasta siete veces. 44 Y a la séptima vez he aquí que subía del mar una nubecilla pequeña como la huella de un hombre [23]. Y dijo Elías: Anda, y di a Acab: Engancha el tiro a tu carruaje, y marcha luego, para que no te ataje la lluvia.

45 Y mientras se hacía esto, e iba de una parte a otra, se oscureció el cielo en un momento, y vinieron nubes y vien-

to, y empezó a caer una gran lluvia. Así, pues, montando Acab en su coche, se fue a Jezrael [24]. [46] Al punto la mano o virtud del Señor se hizo sentir sobre Elías [25], el cual recogiendo las faldas del vestido en su cintura, iba corriendo delante de Acab hasta que llegó a Jezrael.

¿Sabías que?

El oratorio *Elías* de Felix Mendelssohn se estrenó en Birmingham el 26 de agosto de 1846, dirigido por el propio compositor. Empieza de un modo insólito: antes de la obertura, Elías pronuncia la sentencia de la sequía (17,1). La primera parte pone en música este capítulo: los coros de los profetas de Baal, cada vez más desesperados («Baal, we cry to thee»), las burlas de Elías, su oración «Lord God of Abraham», el fuego, el aria «Is not His word like a fire?» (Jr 23,29) y, al final, el muchacho que divisa la nubecilla y el coro de acción de gracias por la lluvia.

¿Quién era Baal?

Rasgo	Textos de Ugarit	1 Reyes 16 – 18
El nombre	Baal, «señor, dueño», título del dios de la tormenta, Hadad	16,31; 18,21
Lluvia	«El que cabalga las nubes»: su voz es el trueno y da la lluvia a su tiempo	La sequía (17,1) y la lluvia (18,45) las da el Señor; Sal 68,5 aplica el título al Señor
El rayo	Una estela de Ugarit lo muestra con una maza y un rayo	«El dios que responda con el fuego» (18,24.38)
Muerte y regreso	Muere a manos de Mot, la Muerte, y vuelve a la vida; sin él la tierra se seca	«Tal vez está durmiendo» (18,27)
El duelo	El dios El se hiere con piedra y cuchillo al saber su muerte	Los profetas se sajan (18,28)
Las diosas	Anat, su hermana; Aserá, esposa de El; Astarté	El «bosque» de Acab (16,33); los profetas de Aserá (18,19)
El monte	Su palacio está en el monte Safón, al norte de Ugarit	El Carmelo (18,19)
Baal de Tiro	Fuera de Ugarit: Melqart, «rey de la ciudad», dios de Tiro	Probablemente el dios de Jezabel (16,31-32)

Ugarit (Ras Shamra, en la costa de Siria) fue descubierta en 1928-1929; sus tablillas, de los siglos XIV-XIII a. C., contienen el ciclo de Baal (KTU 1.1 – 1.6; el duelo de El, en 1.5 VI). Baal significa «señor»: Oseas sugiere que Israel llegó a llamar así a su Dios (Os 2,18), y nombres como Jerubaal (Jue 6,32) muestran la confusión que combatió Elías.

PARA PROFUNDIZAR

El Carmelo: «¿Hasta cuándo cojearéis?»

Después de tres años de sequía se encuentran el rey y el profeta. Acab saluda a Elías como «el que trae la desgracia sobre Israel», y Elías le devuelve la acusación (18,17-18). Entre los dos está Abdías, el mayordomo de palacio que escondió a cien profetas en dos cuevas (18,4): la Biblia valora también la fe discreta de quien protege a los perseguidos desde dentro. Elías, en cambio, sale a la luz y reclama una asamblea en el Carmelo, en la frontera entre Israel y Fenicia (ver nota a 18,19).

Su pregunta no se dirige primero a los profetas de Baal, sino al pueblo: «¿Hasta cuándo habéis de ser como los que cojean hacia dos lados?» (18,21). Israel no había dejado de invocar al Señor; los hijos del mismo Acab llevaban su nombre. El problema era la mezcla: el Señor para unas cosas, Baal para la lluvia y las cosechas. Jesús lo dirá para siempre: «nadie puede servir a dos señores» (Mt 6,24). El Catecismo recuerda que la idolatría es «una tentación constante de la fe», que puede tener por objeto el poder, el placer, el dinero o el Estado (n. 2113). El pueblo calla.

Lo que sigue es casi una parodia. Durante medio día, cuatrocientos cincuenta profetas gritan, saltan alrededor del altar y se hieren hasta sangrar, y Elías se burla de un dios que quizá está de viaje o dormido (18,27); el narrador insiste en que no hubo voz ni respuesta (18,26.29). El Catecismo cita la escena para enseñar que la oración no es una fórmula que se repite mecánicamente (n. 2766). Elías, en cambio, repara el altar caído con doce piedras, como si el reino no estuviera dividido, empapa tres veces la vícti-

ma y, a la hora de la ofrenda de la tarde, dice una oración breve: «¡Respóndeme, Señor, respóndeme!», palabras que el Catecismo encuentra en la epíclesis de las liturgias orientales (n. 2583). Cae el fuego del Señor, figura del fuego del Espíritu que transforma lo que toca (n. 696), y el pueblo grita lo que significa el nombre del profeta: «el Señor es Dios» (n. 2582).

Inmediatamente después viene la página más dura: Elías manda prender a los profetas de Baal y los degüella junto al torrente de Cisón (ver nota a 18,40). El texto lo cuenta sin reproche; detrás está la ley que castigaba con la muerte a quien empujaba a otros dioses (Dt 13,2-6), y una lucha sin cuartel con Jezabel, que había exterminado a los profetas del Señor y jurará matar a Elías. Benedicto XVI reconoce que la Biblia narra a veces «actos de violencia» sin denunciar explícitamente su inmoralidad, porque la revelación «se acomoda al nivel cultural y moral de épocas lejanas», y pide leer esas páginas a la luz del misterio de Cristo (*Verbum Domini*, n. 42). El Catecismo habla de «elementos imperfectos y pasajeros» en la pedagogía de Dios (n. 122), y la Pontificia Comisión Bíblica pide reconocer el carácter histórico de la legislación penal de la Biblia, superada por una comprensión de la justicia más respetuosa con los derechos de la persona (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, n. 126). La Iglesia enseña hoy que en materia religiosa nadie puede ser obligado a actuar contra su conciencia (Catecismo, n. 2106).

El Evangelio corrige el celo de fuego: cuando Santiago y Juan quieren hacer bajar fuego del cielo sobre una aldea samaritana, «como hizo Elías», según añaden muchos manuscritos (alusión al fuego de 2 Re 1,10-12), Jesús los reprende (Lc 9,54-55). Y el mismo

Elías, en el capítulo siguiente, huye agotado al Horeb y aprende que Dios no está en el fuego, sino en «el soplo de un aura apacible y suave» (19,12; ver nota a 19,12). Sobre el celo violento, ver también el ensayo «Finees: el celo y la violencia», en el capítulo 25 de Números.

El capítulo termina con la lluvia. Elías se encorva en tierra con el rostro entre las rodillas y manda al criado mirar hacia el mar siete veces, hasta que aparece una nubecilla como la palma de una mano (18,42-44). Santiago lo propone como ejemplo de la oración perseverante de «un hombre de nuestra misma condición» (Sant 5,17-18). Los carmelitas, nacidos en este monte a finales del siglo XII, veneran a Elías como padre y ven en la nubecilla una figura de la Virgen (ver nota a 18,44). Del Carmelo queda una pregunta para cada creyente: no tanto si cree en Dios, sino si deja de cojear entre Dios y sus ídolos.

PAUSA

1. «¿Hasta cuándo cojearéis?» ¿En qué aspectos de tu vida intentas servir a dos señores?
2. Abdías servía en la corte de Acab y escondía a los profetas perseguidos. ¿Cómo vives tu fe en un ambiente que no la comparte?
3. Elías mandó mirar siete veces antes de ver una nube pequeña como una mano. ¿Qué te enseña sobre la perseverancia en la oración?

Para orar. *Respóndeme, Señor, respóndeme: que mi corazón dividido reconozca que tú eres Dios, y vuelva a ti.*

19

Elías en el Horeb

El vencedor del Carmelo huye: basta una amenaza de Jezabel para que Elías corra al desierto y pida morir. El capítulo tiene tres partes: la huida y el pan del ángel (vv. 1-8), el encuentro con Dios en el Horeb (vv. 9-18) y la vocación de Eliseo (vv. 19-21). En el centro está la teofanía: el viento, el terremoto y el fuego del Sinaí pasan, y el Señor no está en ellos, sino en un susurro. Dios no reprocha al profeta su miedo: le da de comer, lo escucha y lo devuelve a su misión con un sucesor y siete mil fieles que él no conocía.

La huida al desierto

[1]Contó Acab a Jezabel cuanto había hecho Elías, y cómo
había pasado a cuchillo todos los profetas de Baal, sin de-
jar uno [1]. [2]Y envió Jezabel a decir a Elías: Trátenme los
dioses con todo su rigor [2], si mañana a estas horas no te
hiciere pagar con tu vida la que quitaste a cada uno de
aquellos profetas. [3]Oído esto, se atemorizó Elías [3], y se
fue huyendo por donde le llevaba su imaginación [4]. Al lle-
gar a Bersabee de Judá, dejó allí su criado. [4]Y prosiguió su
camino una jornada por el desierto; y habiendo llegado
allá y sentándose debajo de un enebro [5] pidió para su
alma la separación del cuerpo, diciendo: Bástame ya, Se-

ñor, de vivir [6]; llévate mi alma; pues no soy yo de mejor condición que mis padres.

5 Y tendiéndose en el suelo, se quedó dormido a la sombra
del enebro, cuando he aquí que el ángel del Señor le tocó [7]
y dijo: Levántate, y come. 6 Miró atrás, y vio a su cabecera
un pan cocido al rescoldo [8] y un vaso de agua; comió,
pues, y bebió, y se volvió a dormir. 7 Mas el ángel del Señor
volvió segunda vez a tocarle, y le dijo: Levántate, y come;
porque te queda por andar un largo camino [9].
8 Levantándose Elías, comió y bebió; y confortado con
aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta
noches [10] hasta llegar a Horeb, monte de Dios.

El Señor pasa por el Horeb

9 Llegado allá hizo asiento en una cueva [11], y dirigiéndole
el Señor la palabra, le dijo: ¿Qué haces ahí, Elías? [12] 10 A lo
que respondió él: Me abraso de celo por ti [13], ¡oh Señor
Dios de los ejércitos!, porque los hijos de Israel han aban-
donado tu alianza, han destruido tus altares, han pasado a
cuchillo tus profetas; he quedado yo solo [14], y me buscan
para quitarme la vida.

11 Le dijo el Señor: Sal fuera, y ponte sobre el monte en pre-
sencia del Señor, y he aquí que pasará el Señor [15], y delan-
te de él correrá un viento fuerte e impetuoso, capaz de
trastornar los montes y quebrantar las peñas; no está el

Señor en el viento. Después del viento vendrá un temblor de tierra; tampoco está el Señor en el terremoto. 12 Tras el terremoto un fuego; no está el Señor en el fuego. Y tras el fuego el soplo de un aura apacible y suave [16]. 13 Habiendo oído esto Elías, cubrió su rostro con el manto [17], y saliendo fuera, se paró a la puerta de la cueva, y de repente oye una voz que le dice: ¿Qué haces aquí, Elías? 14 Abrasarme de celo, respondió él, por el Señor Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y pasado a cuchillo a tus profetas; he quedado solamente yo, y me buscan para quitarme la vida.

15 Le dijo el Señor: Anda, y vuélvete por el mismo camino del desierto hacia Damasco; llegado allá, ungirás a Hazael por rey de Siria [18]; 16 y a Jehú, hijo de Namsi, lo ungirás rey de Israel; y ungirás también a Eliseo, hijo de Safat, natural de Abelmeula [19], por profeta sucesor tuyo. 17 Y sucederá que el que escapare de la espada de Hazael [20], será muerto por Jehú; y el que se librare de la espada de Jehú, lo hará morir Eliseo. 18 Mas yo me reservaré en Israel siete mil varones que nunca doblaron su rodilla ante Baal [21], ninguno de los cuales ha besado su propia mano, y extendídola después [22] en señal de adorarle.

La vocación de Eliseo

19 Partido que hubo de allí Elías, halló a Eliseo, hijo de Safat, arando con doce yuntas de bueyes, y él era uno de los
que araban con una de las doce yuntas; y Elías, así que llegó a él, le echó su manto encima [23]. 20 Eliseo dejando al
instante los bueyes fue corriendo en pos de Elías, a quien
dijo: Permíteme que vaya a dar el ósculo de despedida a mi
padre y a mi madre, y luego te seguiré. Le respondió:
Anda, y vuelve, que lo que a mí me tocaba hacer contigo yo
ya lo he hecho [24]. 21 Apenas se hubo separado de él, y despedido de sus padres, tomó el par de bueyes, y los degolló,
y con la madera del arado coció sus carnes [25], y se las dio a
la gente para que comiese; después de lo cual se puso en
camino, y fue siguiendo a Elías, y le servía.

¿Sabías que?

En la iglesia de San Pedro de Lovaina, en Bélgica, se conserva el *Retablo del Santísimo Sacramento* de Dieric Bouts, encargado por la cofradía del Santísimo Sacramento en 1464 y pagado en 1468. El contrato establecía que los temas los fijarían teólogos de la Universidad de Lovaina y que en cada escena hubiera pan. En el centro está la Última Cena; en las alas, cuatro figuras de la Eucaristía: Abrahán y Melquisedec, la cena pascual, la recogida del maná y Elías despertado por el ángel junto al pan cocido al rescoldo (19,5-6). Las alas se vendieron a museos de Berlín y de Múnich en el siglo XIX, y volvieron a Lovaina después de la Primera Guerra Mundial, como reparación exigida por el Tratado de Versalles.

Moisés y Elías en el monte de Dios

	Moisés	Elías
El monte	Horeb, «el monte de Dios» (Éx 3,1)	«Horeb, monte de Dios» (19,8)
Cuarenta días	En el monte, sin comer (Éx 34,28)	De camino, con el pan del ángel (19,8)
El refugio	La hendidura de la roca (Éx 33,22)	«La cueva» (19,9)
Dios pasa	«Haré pasar ante ti mi bien» (Éx 33,19)	«Pasará el Señor» (19,11)
Viento, temblor, fuego	Signos de Dios en el Sinaí (Éx 19,16-18)	El Señor no está en ellos (19,11-12)
El rostro	Se lo cubre (Éx 3,6; 33,20-23)	Se lo cubre con el manto (19,13)
El pueblo infiel	Intercede por él (Éx 32,11-14)	Lo acusa (19,10; Rom 11,2-3)
El sucesor	Josué (Nm 27,18-23)	Eliseo (19,16.19-21)
El final	Nadie conoce su sepulcro (Dt 34,5-6)	Arrebatado al cielo (2 Re 2,11)
La Transfiguración	Hablan con Jesús de su «éxodo» (Lc 9,30-31)	

«Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña» (Catecismo, n. 555), pero solo en la Transfiguración se da a conocer «Aquél cuyo Rostro buscan» (n. 2583). San León Magno los vio como la Ley y los Profetas, testigos de Cristo (Sermón 51,4).

PARA PROFUNDIZAR

«El soplo *de un aura apacible*»: Elías en el Horeb

El capítulo empieza con una caída. El profeta que acaba de vencer a los profetas de Baal con el fuego del cielo huye por una amenaza de Jezabel, deja a su criado en Bersabee y se interna solo en el desierto. Bajo una retama pide morir: «Bástame ya, Señor, de vivir; llévate mi alma» (19,4). La Biblia no esconde el abatimiento de sus grandes hombres: Moisés pidió la muerte antes que cargar solo con el pueblo (Nm 11,15), y Jonás la prefirió a la vida (Jon 4,3.8). El papa Francisco habló sin rodeos de la «depresión» de Elías, y observó que los profetas de Baal no lo habían asustado, pero la amenaza de una mujer sí (homilía del 13 de junio de 2014).

La respuesta de Dios es sorprendentemente sencilla: un ángel, una torta cocida sobre piedras, un vaso de agua y más sueño. El Catecismo cuenta la escena entre los servicios de los ángeles, que «asisten a los profetas» (n. 332). El ángel vuelve una segunda vez, porque el camino es demasiado para él (19,7). La Iglesia ha visto en este pan una figura de la Eucaristía: lee 19,4-8 el 19.º domingo del ciclo B junto al discurso del pan de vida (Jn 6,41-51), y también en el viático, el alimento del último viaje. Con la fuerza de aquel alimento, Elías camina cuarenta días hasta el Horeb (ver nota a 19,8): rehace al revés el camino del éxodo y vuelve a la fuente, al monte donde Dios se reveló a Moisés.

Allí, en «la cueva», Dios le pregunta: «¿Qué haces ahí, Elías?». El profeta se queja: se abrasa de celo por el Señor, los israelitas han abandonado la alianza y matado a los profetas, y solo queda él (19,10). Su frase latina, «Zelo zelatus sum pro Domino Deo exerci-

tuum», es el lema de la Orden del Carmen. Pero san Pablo nota que Elías, en ese momento, «interpela a Dios contra Israel» (Rom 11,2), mientras que Moisés, en el mismo monte, había intercedido por el pueblo pecador (Éx 32,11-14). El celo de Elías es verdadero, pero se ha vuelto amargo y solitario.

Entonces el Señor «pasa». Un viento que parte las rocas, un terremoto, un fuego: los signos del Sinaí, cuando Dios bajó entre truenos y temblor (Éx 19,16-18). Y el texto repite que el Señor no estaba allí. Después, una qol demamá daqqá, «una voz de silencio sutil» (ver nota a 19,12), que Torres Amat traduce con la Vulgata «el soplo de un aura apacible y suave». No es que Dios renuncie al fuego, que usó en el Carmelo; es que Dios es más que sus signos, y su intimidad se da a quien escucha. El Catecismo resume el itinerario: Elías «se recoge como Moisés en la hendidura de la roca hasta que pasa la presencia misteriosa de Dios» (n. 2583). San Juan de la Cruz, comentando el verso «el silbo de los aires amorosos», recordó que «piensan algunos teólogos que vio nuestro padre Elías a Dios en aquel silbo delgado de aire que sintió en el monte a la boca de su cueva» (*Cántico espiritual* B, canciones 14-15). La oración cristiana aprende aquí a callar para escuchar.

Elías repite su queja palabra por palabra (19,14), y Dios no discute: le da una misión. Ungirá a Hazael en Siria y a Jehú en Israel, y a Eliseo como profeta en su lugar; y sabrá que no está solo, porque hay siete mil que no han doblado la rodilla ante Baal (19,15-18), el «resto elegido por gracia» del que hablará san Pablo (Rom 11,4-5). Al desaliento, Dios no responde con argumentos,

sino con tareas, con un compañero y con una comunidad que el profeta no conocía.

La escena se cumple en el Nuevo Testamento. En el monte de la Transfiguración aparecen Moisés y Elías, los dos que buscaron la gloria de Dios en el Horeb, y hablan con Jesús de su «éxodo», que iba a cumplirse en Jerusalén (Lc 9,30-31). «Solamente en el monte de la Transfiguración», dice el Catecismo, «se dará a conocer Aquél cuyo Rostro buscan» (n. 2583). El rostro que no pudieron ver brilla en el de Cristo, y la voz del cielo dice lo mismo que pedía el susurro del Horeb: «Escuchadle» (Lc 9,35). Ver el cuadro «Moisés y Elías en el monte de Dios». La partida de Elías en el carro de fuego y la esperanza de su regreso pertenecen al libro siguiente (ver 2 Re 2).

PAUSA

1. Elías pasó del triunfo del Carmelo al deseo de morir. ¿Cómo reaccionas cuando, después de un gran esfuerzo, llegan el cansancio y el miedo?
2. Dios no estaba en el viento ni en el fuego, sino en un susurro. ¿Qué espacio de silencio le das cada día para escucharlo?
3. Elías se creía solo, y Dios conocía a siete mil fieles. ¿En quién podrías apoyarte, o a quién podrías acompañar hoy en su fe?

Para orar. *Señor, cuando el camino sea demasiado para mí, dame tu pan y enséñame a reconocerte en el susurro de tu voz.*

20

Las guerras de Acab con Siria

Benadad de Damasco, cuyos capitanes ya habían atacado el norte de Israel (15,20), asedia ahora Samaria y exige la rendición; Acab, apoyado por los ancianos y por un profeta, hace una salida y vence (vv. 1-21). Al año siguiente, en la llanura de Afec, los sirios vuelven a caer, porque creían que el Dios de Israel solo era Dios de los montes (vv. 22-34). Acab perdona a Benadad y hace alianza con él, y un discípulo de los profetas, con una parábola en acción, le anuncia que pagará con su vida (vv. 35-43). Aquí los profetas ayudan al rey impío: el Señor sigue siendo el Dios de su pueblo.

El asedio de Samaria

1 Después Benadad, rey de Siria [1], reunido todo su ejército, toda su caballería y carros armados, y teniendo consigo
treinta y dos reyes, o pequeños príncipes [2], salió a campa-
ña contra Samaria, y le puso sitio. 2 Y envió mensajeros a
la ciudad, que dijesen a Acab, rey de Israel: 3 Esto dice Be-
nadad: Tu plata y tu oro es mío, y tus mujeres y tus gallar-
dos hijos míos son. 4 A lo que contestó el rey de Israel:
Tuyo soy, mi rey y señor [3], como tú dices, y tuyas son to-
das mis cosas. 5 Volviendo de nuevo los mensajeros dije-
ron: Esto dice Benadad, que nos vuelve a enviar a ti: Me

has de dar tu plata y tu oro, y tus mujeres, y tus hijos.
6 Mañana, pues, a esta misma hora enviaré a ti mis siervos, los cuales registrarán tu palacio y las casas de tus criados o cortesanos, y tomarán con sus propias manos cuanto les agradare, y se lo llevarán.

7 Entonces el rey de Israel convocó a todos los ancianos de su pueblo, y dijo: Advertid y notad cómo nos está armando asechanzas; puesto que nos envió a pedirme mis mujeres y mis hijos, y el oro y la plata, y no le he dicho que no. 8 Le respondieron todos los ancianos y el pueblo todo: No le des oídos, ni condesciendas con él. 9 Y así contestó a los enviados de Benadad: Decid a mi señor el rey: Todo cuanto me pediste al principio a mí, siervo tuyo, lo haré; mas esto que ahora pides no puedo hacerlo. 10 Volviéndose los mensajeros, llevaron a Benadad esta respuesta; el cual los despachó nuevamente, diciendo por medio de ellos a Acab: Háganme los dioses no bien, sino mucho mal, si todo el polvo o tierra de Samaria ha de ser bastante para que repartido entre mis soldados le quepa a cada uno un puñado. 11 Mas el rey de Israel les respondió: Decidle a vuestro amo que no cante la victoria antes de la batalla [4]. 12 Cuando recibió Benadad esta respuesta estaba bebiendo con los reyes en sus pabellones [5], y dijo a sus tropas: Cercad la ciudad. Y la cercaron.

13 Cuando he aquí que un profeta presentándose a Acab [6], rey de Israel, le dijo: Esto dice el Señor: ¿Has visto bien toda esta multitud innumerable? Pues mira, hoy la pondré yo en tus manos, para que sepas que yo soy el Señor. 14 Respondió Acab: ¿Por medio de quién? Y le dijo el profeta: Por medio, dice el Señor, de los mozos de a pie de los príncipes de las provincias. ¿Y quién, replicó Acab, comenzará la batalla? Tú, respondió el profeta. 15 Contó, pues, Acab los mozos de a pie de los príncipes y halló ser doscientos treinta y dos [7]; pasó después revista del pueblo, y halló aptos para pelear siete mil entre todos los hijos de Israel.

16 Y a eso del mediodía hicieron una salida. Mas Benadad estaba bebiendo en su tienda, ya embriagado, y con él los treinta y dos reyes o señores que habían venido a su socorro. 17 Salieron, pues, los mozos de los príncipes de las provincias al frente de la tropa. Envió Benadad batidores, los cuales volvieron diciendo: Son unos hombres que han salido de Samaria. 18 Y dijo Benadad: Ora vengan para tratar de paz y ganar treguas, ora para pelear, cogedlos vivos. 19 Avanzaron, pues, los criados de los príncipes de las provincias, seguidos del resto del ejército; 20 y cada uno de ellos mató al que se le puso delante; con lo que huyeron los siros, y fue Israel persiguiéndolos. Huyó también Benadad, rey de Siria, a uña de caballo, con los de su caballería.

21 Y saliendo asimismo el rey de Israel, derrotó caballos y
carros, haciendo un gran estrago en los siros.

La batalla de Afec

22 Entonces acercándose un profeta al rey de Israel, le dijo:
Anda y esfuérzate, y reflexiona y mira lo que has de hacer;
porque el año que viene volverá contra ti el rey de Siria.
23 En efecto, los criados o cortesanos del rey de Siria le dije-
ron: Los dioses de los montes son sus dioses [8]; por eso nos
han vencido; así es mejor que peleemos contra ellos en los
llanos, y los venceremos. 24 Tú, toma estas disposiciones:
separa de tu ejército a todos esos reyes, y pon en su lugar
los primeros y más valientes capitanes. 25 Reemplaza el nú-
mero de los soldados que han muerto, y la caballería, y los
carros de guerra como tuviste antes, y pelearemos contra
ellos en campo llano, y verás cómo los venceremos. Abra-
zó Benadad su dictamen, y lo hizo así.

26 Pasado, pues, un año hizo Benadad revista de los siros, y
salió a campaña y fue a Afec para pelear contra Israel. 27 Se
pasó también revista de los hijos de Israel, los cuales pre-
venidos de víveres marcharon al encuentro de sus enemi-
gos, y acamparon enfrente de ellos, a manera de dos pe-
queños hatos de cabras [9]; al paso que los siros inundaron
todo el país. 28 Entonces un varón de Dios vino a encontrar
al rey de Israel, y le dijo: Esto dice el Señor: Por cuanto
han dicho los siros: El Señor es Dios de los montes y no es

Dios de los valles, por lo mismo yo entregaré en tu mano
toda esa gran muchedumbre; con lo que acabaréis de co-
nocer que yo soy el Señor. 29 Entretanto los dos ejércitos
por espacio de siete días estuvieron formados en batalla
uno enfrente de otro, y al séptimo día se dio la acción: en
la cual los hijos de Israel mataron de los siros en un día
cien mil hombres de infantería [10]. 30 Los que pudieron sal-
varse, huyeron a la ciudad de Afec, y cayó el muro sobre
veintisiete mil hombres que habían quedado. Huyendo
también Benadad, entró en la ciudad; y se escondió en lo
más retirado de su palacio [11].

31 Y le dijeron sus criados: Nosotros hemos oído decir que
los reyes de la casa de Israel son clementes y piadosos [12];
vistámonos, pues, de sacos con sogas al cuello, y presenté-
monos así al rey de Israel; que tal vez nos salvará las vidas.
32 Se vistieron, pues, los sacos, ciñéndoselos en la cintura,
y se pusieron las sogas al cuello, y se presentaron al rey de
Israel diciéndole: Benadad, tu siervo, dice: Sálvame, te
ruego, la vida. A lo que respondió el rey: Si vive todavía, él
es mi hermano [13]. 33 Lo cual tuvieron ellos por feliz presa-
gio; y al instante le tomaron la palabra de la boca, y dije-
ron: Sí, Benadad, tu hermano, aún vive. Y él les dijo: Id y
traédmelo acá. Se le presentó luego Benadad, y Acab le
hizo subir en su carroza. 34 Le dijo Benadad: Las ciudades
que mi padre quitó al tuyo, yo las restituiré; y tú te harás

plazas y calles en Damasco [14] mi capital, como las hizo mi padre en Samaria, y hecho este convenio contigo, me marcharé. Hizo, pues, Acab alianza con él, y lo dejó ir libre.

El discípulo de los profetas

[35] Entonces uno de los hijos o discípulos de los profetas [15] dijo de parte del Señor a un compañero suyo: Hiéreme. Mas el otro no quiso herirle. [36] Y él le dijo: Por cuanto no has querido obedecer la voz del Señor, lo mismo será apartarte de mí que te matará un león [16]. En efecto, a pocos pasos distante de él, lo encontró un león y lo mató. [37] Habiendo después hallado a otro hombre, le dijo: Hiéreme; y éste le hirió e hizo una llaga.

[38] Se fue así el profeta, y salió al encuentro del rey en el camino, habiendo desfigurado su fisonomía, llenándose de polvo la cara y los ojos [17]. [39] Y así que hubo pasado el rey dio voces tras él, diciendo: Había avanzado tu siervo para batir más de cerca al enemigo; y como hubiese huido un hombre de los prisioneros, otro me lo trajo, y me dijo: Guarda a ese hombre; que si lo dejas escapar, tu vida responderá por la suya, o me pagarás un talento de plata. [40] Mas como yo agitado o turbado me volviese a un lado y a otro, el hombre desapareció de repente. Le respondió el rey de Israel: Tú mismo te has pronunciado la sentencia [18]. [41] Entonces él se limpió de repente el polvo de la cara, y conoció el rey de Israel ser uno de los profetas.

42 El cual dijo al rey: Esto dice el Señor: Por cuanto has dejado escapar de tus manos un hombre digno de muerte [19], tu vida pagará por la suya, y tu pueblo por el pueblo suyo.
43 Mas el rey de Israel se volvió a su casa, no haciendo caso de lo que le decía el profeta [20], y entró lleno de furor en Samaria.

¿Sabías que?

En 1939 apareció en Bureij, a siete kilómetros al norte de Alepo, una estela de basalto con la figura de Melqart, el Baal de Tiro, con un hacha al hombro. Su inscripción aramea dice que la erigió «Bar-Hadad, hijo de [...], rey de Aram», para «su señor Melqart, al que hizo un voto, y él escuchó su voz». Bar-Hadad es la forma aramea de Ben-Hadad. El nombre del padre está dañado: W. F. Albright creyó reconocer el de un rey de Damasco y la atribuyó a Benadad I (15,18), mientras que otros estudiosos la asignan a un rey de Arpad, en el norte de Siria. La estela se llevó al Museo Nacional de Alepo.

PAUSA

1. Dios ayudó a Acab sin que lo mereciera, «para que sepas que yo soy el Señor». ¿Reconoces en tu vida ayudas de Dios que no esperabas ni merecías?
2. Los sirios pensaban que el Dios de Israel solo mandaba en los montes. ¿Hay terrenos de tu vida, como el trabajo o el dinero, en los que actúas como si Dios no tuviera nada que decir?
3. Acab juzgó en seguida el caso del soldado y no vio que hablaba de él. ¿Qué te cuesta reconocer cuando alguien te muestra tus faltas en el espejo de otro?

Para orar. *Señor de los montes y de los valles, enséñame a reconocerte en todas partes y a escuchar tu palabra aunque me incomode.*

21

La viña de Nabot

Una viña, un rey caprichoso, una reina sin escrúpulos y un campesino fiel a la tierra de sus padres. El capítulo tiene tres actos: el crimen (vv. 1-16), con la negativa de Nabot, la carta de Jezabel, el juicio falso y la lapidación; la sentencia de Elías (vv. 17-26), que sale al encuentro del rey en la viña misma, y el arrepentimiento de Acab (vv. 27-29), que obtiene un aplazamiento del castigo. Es una de las páginas de la Biblia sobre la justicia que más eco han tenido: el poder que se cree dueño de todo se encuentra con un Dios que defiende al pobre.

Nabot y su viña

[1] Después de estas cosas sucedió en aquel tiempo que Nabot, jezraelita, tenía en Jezrael una viña cerca del palacio de Acab [1], rey de Samaria. [2] Habló, pues, Acab a Nabot, diciendo: Dame tu viña para hacerme una huerta [2], estando como está vecina y contigua a mi palacio, y en cambio de ella te daré otra viña mejor, o si te tiene más cuenta, su justo precio en dinero. [3] Le respondió Nabot: Dios me libre de darte yo la heredad de mis padres [3]. [4] Se fue Acab a su casa indignado y bramando de cólera por la respuesta que le había dado Nabot, jezraelita, diciendo: No te doy yo la

heredad de mis padres. Y echándose sobre su cama, volvió
su rostro hacia la pared [4], y no quiso comer nada.

[5] Entró a verle Jezabel, su mujer, y le dijo: ¿Qué es esto?
¿Qué motivo tienes para estar triste? ¿Y por qué no quie-
res comer? [6] Le respondió: He hablado a Nabot, jezraelita,
y le he dicho: Dame tu viña a dinero contante, o si quieres,
yo te daré en cambio de ella otra viña mejor. A lo que me
ha contestado: No te doy yo mi viña [5]. [7] Entonces le dijo
Jezabel, su mujer: ¡Vaya que es grande tu autoridad [6], y sí
que gobiernas bien el reino de Israel! Levántate y toma ali-
mento, y sosiega tu ánimo, que yo te daré la viña de Nabot,
jezraelita.

[8] A este fin escribió ella una carta en nombre de Acab, se-
llándola con el sello real [7]; y la envió a los ancianos y a los
principales de aquella ciudad, vecinos de Nabot. [9] La sus-
tancia de la carta era esta: Promulgad un ayuno [8], y haced
sentar a Nabot entre los principales del pueblo, [10] y sobor-
nad a dos hombres, hijos de Belial, que digan contra él este
falso testimonio: Ha blasfemado contra Dios y contra el
rey [9]. Después sacadle fuera, y apedreadle hasta que mue-
ra.

[11] Los ancianos y principales de la ciudad, conciudadanos
de Nabot y que vivían con él, lo hicieron puntualmente
conforme había mandado Jezabel [10], y según el contenido
de la carta que les había enviado. [12] Promulgaron el ayuno,

y a Nabot lo hicieron sentar entre los primeros del pueblo.
13 Y habiendo introducido a dos hombres, hijos del
diablo [11], los hicieron sentar enfrente de Nabot, los cuales,
al fin como hombres diabólicos, atestiguaron contra él en
presencia del pueblo, diciendo: Nabot ha blasfemado con-
tra Dios y contra el rey. En vista de este testimonio lo saca-
ron fuera de la ciudad, y lo mataron a pedradas [12].
14 Enviaron luego a decir a Jezabel: Nabot ha sido apedrea-
do y muerto.

15 Luego que supo Jezabel que Nabot había sido apedreado
y muerto, dijo a Acab: Anda y toma posesión de la viña de
Nabot [13], jezraelita, que no quiso complacerte, y dártela
por dinero contante; puesto que ya no vive Nabot, sino
que ha muerto. 16 Así que oyó Acab la muerte de Nabot, se
puso en camino, y bajaba a la viña de Nabot, jezraelita,
para tomar posesión de ella.

«Cometiste un homicidio»

17 Mas el Señor habló a Elías, tesbita [14], diciendo: 18 Marcha
y sal al encuentro de Acab, rey de Israel, que está en Sama-
ria; sábete que va a la viña de Nabot para tomar posesión
de ella. 19 Pero tú le has de hablar en estos términos: Esto
dice el Señor: Cometiste un homicidio, y tras de esto vas a
usurpar la viña del muerto. A lo que añadirás después: He
aquí lo que dice el Señor: En este lugar en que los perros

lamieron la sangre de Nabot [15], en el mismo lamerán también tu sangre.

[20] Le dijo Acab: ¿Por ventura me tienes por enemigo tuyo [16], para que así vaticines contra mí? Sí te tengo por tal, respondió Elías; porque te has prostituido a hacer la maldad [17] delante del Señor. [21] He aquí que yo lloveré sobre ti desastres, y extirparé tu posteridad, y no dejaré de la casa de Acab alma viviente, matando hasta los perros [18] y a todos los tuyos en Israel desde el mayor hasta el menor. [22] Yo asolaré tu casa como la de Jeroboam, hijo de Nabat, y como la de Baasa, hijo de Ahías; porque tú no has hecho sino provocar mi ira, y has hecho pecar a Israel. [23] E igualmente ha hablado el Señor contra Jezabel, diciendo: Los perros se comerán a Jezabel en el campo de Jezrael [19]. [24] Si muriere Acab en la ciudad, se lo comerán los perros; si muriere en el campo, lo devorarán las aves del cielo.

[25] Lo cierto es que no hubo jamás otro tal como Acab [20]; el cual se prostituyó o se vendió para obrar lo malo delante del Señor; porque lo instigó su mujer Jezabel, [26] y se hizo abominable en tanto grado, que se iba tras los ídolos fabricados por los amorreos, a los cuales había el Señor destruido al llegar los hijos de Israel.

Acab se humilla

27 Mas así que Acab oyó estas palabras, rasgó sus vestidos,
cubrió su carne con un cilicio, ayunó [21], y durmió envuel-
to en el saco de penitencia, y andaba cabizbajo o humilla-
do. 28 Por lo que habló el Señor a Elías, tesbita, diciendo:
29 ¿No has visto cómo Acab se ha humillado delante de
mí? [22] Pues ya que por mi respeto se ha humillado, no en-
viaré aquellos castigos durante su vida; pero sí los enviaré
sobre su casa en los días de su hijo.

¿Sabías que?

En 1987, una excavadora que trabajaba junto a Tel Jezrael sacó a la luz restos antiguos, y entre 1990 y 1996 David Ussishkin y John Woodhead excavaron allí una gran fortaleza real del siglo IX a. C., con muralla de casamatas, torres en las esquinas y un foso excavado en la roca: el recinto de Jezrael de la dinastía de Omrí, el de Acab y Jezabel. Desde 2012, Norma Franklin y Jennie Ebeling han reanudado los trabajos en la zona y han publicado una antigua bodega excavada en la roca en los alrededores. Franklin piensa que junto al recinto real hubo viñas y lagares; es imposible saber cuál fue la de Nabot, pero el paisaje del relato es real.

La viña de Nabot y la Pasión de Jesús

	Nabot	Jesús y Esteban
Fieles a Dios	No vende la heredad de sus padres (21,3)	«No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42)
Muerte decidida antes	Jezabel escribe la sentencia (21,7-10)	«Conviene que muera uno solo» (Jn 11,49-53)
Testigos falsos	Dos «hijos de Belial» (21,10.13)	Mc 14,55-59; contra Esteban, Hch 6,11-13
La acusación	Blasfemia contra Dios y contra el rey (21,13)	Blasfemia (Mt 26,65), contra el César (Jn 19,12); Esteban (Hch 6,11)
Fuera de la ciudad	«Lo sacaron fuera de la ciudad» (21,13)	«Fuera de la puerta» (Heb 13,12); Esteban (Hch 7,58)
La muerte	Apedreado (21,13)	Crucificado; Esteban, apedreado (Hch 7,59)
La viña	Codiciada por el rey (21,1-2)	Matan al hijo por la herencia (Mc 12,1-12)
La sangre	«Lamerán también tu sangre» (21,19)	Sangre que «habla mejor que la de Abel» (Heb 12,24)
El juicio	Sentencia contra la casa de Acab (21,20-24)	«Vuestra casa quedará desierta» (Mt 23,38)

El papa Francisco hizo notar que el relato de Nabot sigue la misma estructura que el del proceso de Jesús o el del martirio de Esteban (homilía del 16 de junio de 2014). Pero la sangre de Nabot pide justicia, mientras que Jesús y Esteban ruegan por los que los matan (Lc 23,34; Hch 7,60).

PARA PROFUNDIZAR

La viña de Nabot: la tierra, el poder y la justicia

Pocas páginas del Antiguo Testamento retratan con tanta precisión cómo se comete una injusticia. Un rey desea la viña de su vecino; el vecino se niega; el rey se enfurruña y la reina actúa. Unas cartas con el sello real, un ayuno público, dos testigos comprados, una acusación de blasfemia y una lapidación, y el rey baja a tomar posesión. El Catecismo pone esta historia como ejemplo de que «la envidia puede conducir a las peores fechorías» (n. 2538).

La negativa de Nabot no es avaricia ni terquedad: «Dios me libre de darte yo la heredad de mis padres» (21,3). Para un israelita, la tierra familiar era su parte de la promesa, y la Ley la protegía: «La tierra no se venderá para siempre, porque la tierra es mía» (Lv 25,23; ver nota a 21,3). Frente a Nabot hay dos ideas del poder. Acab todavía respeta la Ley, aunque se hunde en el despecho; Jezabel, hija de un rey fenicio, no entiende que un rey no pueda tomar lo que desea: «¡Vaya que es grande tu autoridad!» (21,7). En Israel el rey estaba bajo la Ley (Dt 17,14-20), aunque Samuel había advertido que tomaría «lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares» (1 Sam 8,14).

Lo más inquietante es que el crimen se reviste de legalidad. Jezabel firma con el sello del rey, que según el Catecismo «autentifica un acto jurídico» (n. 1295, citando 21,8); proclama un ayuno, como si la ciudad tuviera que expiar un pecado; busca dos testigos, porque la Ley lo exigía (Dt 17,6), y una acusación grave contra Dios y contra el rey. Los ancianos obedecen sin rechistar. El

falso testimonio, dice el Catecismo, compromete «gravemente el ejercicio de la justicia» (n. 2476). El papa Francisco hizo notar que el relato sigue la misma estructura que el del proceso de Jesús o el del martirio de Esteban (homilía del 16 de junio de 2014): testigos falsos, acusación de blasfemia, muerte fuera de la ciudad (ver nota a 21,10 y el cuadro «La viña de Nabot y la Pasión de Jesús»).

Pero Dios ve. Envía a Elías a la viña misma, para encontrar al rey en el lugar del crimen: «Cometiste un homicidio, y tras de esto vas a usurpar» (21,19). Acab lo recibe como a un enemigo, y Elías le responde que se ha «vendido» para hacer el mal (21,20). El Oficio de lectura, que lee este capítulo el miércoles de la 15.ª semana del tiempo ordinario, lo titula en su edición inglesa «Elías, defensor de la justicia para los pobres». El profeta no tiene ejército; tiene la palabra de un Dios que se pone del lado de quien no tiene quién lo defienda.

Los Padres leyeron esta historia como un espejo. San Ambrosio empezó así su tratado *Sobre Nabot*: «La historia de Nabot es antigua en el tiempo, pero cotidiana en la práctica». No nació un solo Acab, añadía: «cada día nace Acab, y nunca muere en este mundo»; y no fue un solo Nabot el pobre asesinado: «cada día es derribado Nabot» (1,1). En la misma obra escribió que lo que se da al pobre no es parte de los propios bienes, sino que se le devuelve lo suyo (12,53), frase que Pablo VI citó en *Populorum progressio* (n. 23). La doctrina social lo formula con equilibrio: la propiedad es legítima y da seguridad a una vida «expuesta a la penuria y amenazada por la violencia», pero no anula el destino universal de los bienes, y la autoridad política debe regularla en función del

bien común (Catecismo, nn. 2402-2406). En la viña de Nabot, la Ley defiende precisamente la propiedad del pequeño contra el poderoso; el papa Francisco llamó a las víctimas de la corrupción «los modernos Nabot».

El final es inesperado. Acab, el peor de los reyes según el narrador (21,25), escucha la sentencia, rasga sus vestidos y ayuna, y Dios dice a Elías: «¿No has visto cómo Acab se ha humillado delante de mí?» (21,29). La misericordia alcanza incluso a él, como alcanzará a Nínive (Jon 3,10): Dios no quiere la muerte del malvado, sino que se convierta y viva (Ez 18,23). El castigo se aplaza, aunque las consecuencias caerán sobre su casa (ver 2 Re 9,25-26). La Iglesia lee este pasaje con el mandato de amar a los enemigos (Mt 5,43-48), y el papa Francisco sacó la consecuencia: condenar la corrupción, sí, pero también rezar por la conversión de los corruptos (17 de junio de 2014).

PAUSA

1. Nabot no vendió lo que había recibido de sus padres y de Dios. ¿Qué herencia de fe, de valores o de familia estás llamado a custodiar aunque te ofrezcan algo «mejor»?
2. Los ancianos de Jezrael obedecieron sin preguntar. ¿En qué situaciones callas ante una injusticia por miedo o por comodidad?
3. Dios escuchó incluso a Acab cuando se humilló. ¿Hay alguien a quien das por perdido y por quien podrías empezar a rezar?

Para orar. *Señor, defensor de los pobres, líbrame de codiciar lo ajeno y dame valor para no ser cómplice de la injusticia.*

22

Miqueas y la muerte de Acab

Acab arrastra a Josafat de Judá a recuperar Ramot de Galaad. Antes de la batalla consultan a cuatrocientos profetas, que anuncian la victoria a una sola voz, y a uno solo, Miqueas, que ha visto otra cosa en el consejo del cielo (vv. 1-28). Acab entra disfrazado en la batalla, y una flecha disparada al azar lo hiere de muerte; los perros lamen su sangre, como había anunciado Elías (vv. 29-40). El libro termina con el resumen de los reinados de Josafat en Judá y de Ocozías en Israel (vv. 41-53). La pregunta del capítulo es muy actual: ¿cómo distinguir la palabra de Dios de lo que queremos oír?

Los cuatrocientos profetas

1 Tres años se pasaron sin guerra entre la Siria e Israel [1];
2 pero al tercer año fue Josafat, rey de Judá, a visitar al rey
de Israel. 3 (Había dicho el rey de Israel a sus criados o cor-
tesanos: ¿No sabéis que Ramot de Galaad es plaza
nuestra [2], y con todo no cuidamos de recobrarla del poder
del rey de Siria?) 4 Y dijo a Josafat: ¿Vendrás conmigo a la
guerra contra Ramot de Galaad? 5 Respondió Josafat al rey
de Israel: Somos los dos una misma cosa [3], y una misma
cosa son tu pueblo y el mío, y tuya es mi caballería. Y aña-

dió Josafat al rey de Israel: Consulta, te ruego, al Señor este día, para que sepamos su voluntad.

6 Juntó, pues, el rey de Israel a sus profetas en número de cerca de cuatrocientos [4], y les dijo: ¿Debo emprender la guerra contra Ramot de Galaad, o estarme quieto? Empréndela, respondieron ellos; que el Señor entregará la plaza en poder del rey. 7 Mas Josafat dijo: ¿No hay aquí algún profeta del Señor, a fin de consultar por medio de él? 8 Le respondió el rey de Israel: Uno ha quedado, por cuyo medio podemos consultar al Señor; mas yo lo aborrezco, porque nunca me profetiza cosa buena, sino mala: ése es Miqueas, hijo de Jemla [5]. Replicó Josafat: Oh rey, no hables de esa manera. 9 Llamó, pues, el rey de Israel a un eunuco o camarero y le dijo: Anda, ve, y trae luego a Miqueas, hijo de Jemla.

10 Estaban el rey de Israel y Josafat, rey de Judá, sentados cada uno en su trono, vestidos de traje real en la era o plaza contigua a la puerta de Samaria; y todos los profetas falsos [6] profetizando delante de los dos. 11 Y Sedecías, hijo de Canaana, se había hecho fabricar unos cuernos de hierro [7], y dijo: Esto dice el Señor: Con estos aventarás la Siria, hasta que no dejes rastro de ella. 12 A este tenor los demás profetas profetizaban, diciendo: Sal a campaña contra Ramot de Galaad, ve en hora buena; que el Señor la entregará en manos del rey.

Miqueas, hijo de Jemla

13 Al mismo tiempo el mensajero que había ido a llamar a
Miqueas, lo previno, diciendo: Mira que todos los profetas
están acordes en anunciar prósperos sucesos al rey; sea,
pues, tu lenguaje semejante al suyo, y anuncia buenas
nuevas. 14 Le respondió Miqueas: Vive el Señor, que no ha-
blaré otra cosa que lo que el Señor me dijere [8]. 15 Llegó,
pues, delante del rey, el cual le preguntó: Miqueas, ¿debe-
mos ir a hacer la guerra contra Ramot de Galaad, o estar-
nos quietos? Le respondió Miqueas: Anda, y ve en hora
buena; que el Señor la entregará en manos del rey. 16 Le re-
plicó el rey: Te conjuro una y mil veces en el nombre del
Señor, que no me digas sino la verdad. 17 Entonces dijo él:
Yo vi a todo Israel dispersado por los montes, a semejanza
de ovejas sin pastor [9]; y dijo el Señor: Estos no tienen cau-
dillo; vuélvase cada uno en paz a su casa. 18 Al oír esto el
rey de Israel dijo a Josafat: ¿Por ventura no te lo dije, que
éste jamás me profetiza cosa buena, sino siempre mala?

19 Pero Miqueas, ratificándose, añadió: Por tanto, oye la
palabra del Señor: He visto al Señor sentado sobre su
solio [10], y a toda la milicia celestial que estaba a su alrede-
dor a la derecha y a la izquierda. 20 Y dijo el Señor: ¿Quién
engañará a Acab, rey de Israel, para que vaya y perezca en
Ramot de Galaad? Sobre lo cual uno dijo una cosa, y otro
otra. 21 Mas salió del abismo el espíritu maligno [11], y se

presentó al Señor, diciendo: Yo lo engañaré si me lo permites. Le preguntó el Señor: ¿De qué manera? 22 Y él respondió: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas [12]. Y dijo el Señor: Lo engañarás, y lograrás tu intento; vete, y haz lo que dices. 23 Mira, pues, concluyó Miqueas; mira que el Señor ha puesto o dejado entrar el espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas que están aquí; mientras que el mismo Señor tiene decretados contra ti desastres.

24 Se acercó entonces Sedecías, hijo de Canaana, y dio un bofetón a Miqueas [13], diciendo: ¿Conque a mí me ha desamparado el espíritu del Señor y te ha hablado a ti? 25 Respondió Miqueas: Tú lo verás aquel día, cuando vayas huyendo de escondrijo en escondrijo para ocultarte y salvarte. 26 Pero el rey de Israel dijo: Prended a Miqueas, y esté bajo la custodia de Amón, gobernador de la ciudad, y de Joás, hijo de Amelec [14]; 27 a quienes diréis: Esto manda el rey: Meted a ese hombre en la cárcel, y alimentadle con pan de dolor y agua de aflicción [15], hasta que yo vuelva victorioso. 28 A lo que dijo Miqueas: Si tú vuelves victorioso, el Señor no habló por mi boca [16]. Y añadió: Pueblos todos, estad alerta, y sedme testigos.

La muerte de Acab

29 Salió, pues, el rey de Israel a campaña con Josafat, rey de Judá, contra Ramot de Galaad. 30 Y dijo el rey de Israel a

Josafat: Toma tus armas y entra en batalla, vestido de tus ropas. Mas el rey de Israel mudó de traje, y entró disfrazado en la pelea [17]. 31 Había mandado el rey de Siria a los treinta y dos comandantes de sus carros de guerra, diciendo: No pelearéis contra ninguno pequeño ni grande, sino contra solo el rey de Israel. 32 Como fuesen, pues, los capitanes de los carros a Josafat, se figuraron que era el rey de Israel, y arrojándose encima, peleaban contra él. Josafat entonces dio voces al Señor [18]; 33 por donde conocieron los capitanes de los carros que no era el rey de Israel, y lo dejaron.

34 Mas un soldado flechó su arco, y disparando al aire, casualmente [19] hirió al rey de Israel entre el pulmón y el estómago. Por lo que dijo el rey a su cochero: Da la vuelta y sácame del combate, porque estoy gravemente herido. 35 Se dio, pues, la batalla aquel día; y el rey de Israel, aunque herido, estaba en su carroza, vuelto de cara a los siros. Pero murió por la tarde, habiendo corrido la sangre de la herida hasta el fondo de la carroza. 36 Y antes de ponerse el sol, un rey de armas tocó la trompeta por todo el ejército avisando que cada uno se volviese a su ciudad y a su país.

37 Muerto, pues, el rey, fue conducido a Samaria, donde lo sepultaron. 38 Y lavaron su carroza y las riendas de los caballos [20] en el estanque de Samaria; y los perros lamieron su sangre, conforme a la palabra que había el Señor

pronunciado. 39 Las demás acciones de Acab, y todo cuanto
hizo, y la casa de marfil que edificó 21, y todas las ciudades
que fundó, todas estas cosas, ¿no están escritas en el Libro
de los Anales de los Reyes de Israel? 40 Pasó finalmente
Acab a descansar con sus padres, y lo sucedió en el reino
su hijo Ocozías.

Josafat y Ocozías

41 Josafat, hijo de Asa, había comenzado a reinar sobre
Judá el año cuarto de Acab, rey de Israel. 42 Treinta y cinco
años tenía cuando comenzó a reinar, y reinó veinticinco
en Jerusalén. Llamábase su madre Azuba, hija de Salai.
43 Josafat siguió en todo los pasos de su padre Asa 22, sin
desviarse jamás; haciendo lo que era recto delante del Se-
ñor. 44 Mas no quitó los lugares altos, pues todavía el pue-
blo sacrificaba y ofrecía incienso a Dios en las alturas. 45 Y
el rey Josafat mantuvo la paz con el rey de Israel. 46 Las de-
más cosas de Josafat, y sus hechos y batallas, ¿no está todo
esto escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá?

47 Además exterminó del país las reliquias de los afemina-
dos, que habían quedado del tiempo de su padre Asa. 48 No
había por entonces rey establecido en Idumea 23. 49 El rey
Josafat había formado una flota para hacerla navegar a
Ofir, y traer de allí oro; pero no pudo efectuarse, porque
naufragaron las naves en Asiongaber 24. 50 Entonces Oco-
zías, hijo de Acab, dijo a Josafat: Vaya mi gente a navegar

con la tuya; pero Josafat no quiso convenir en ello. 51 Al fin
pasó a descansar Josafat con sus padres, y fue sepultado
con ellos en la ciudad de su padre David; y lo sucedió en el
reino su hijo Joram.

52 Ocozías, hijo de Acab, había comenzado a reinar sobre
Israel en Samaria el año décimo séptimo de Josafat, rey de
Judá; y reinó sobre Israel dos años. 53 E hizo lo malo delan-
te del Señor, y siguió el camino de su padre y de su madre,
y las huellas de Jeroboam, hijo de Nabat, el cual indujo a
pecar a Israel. Sirvió también a Baal [25], y lo adoró, e irritó
al Señor Dios de Israel, haciendo todo lo malo que había
hecho su padre.

¿Sabías que?

En *Moby Dick* (1851), la novela de Herman Melville, el capitán del ballenero se llama Ahab, como el rey de este capítulo. Cuando el joven Ismael oye el nombre, responde en seguida que aquel rey fue muy vil: «Cuando mataron a aquel rey malvado, ¿no lamieron los perros su sangre?». El viejo capitán Peleg le pide que no lo repita nunca a bordo: el nombre fue un capricho de su madre viuda, aunque una anciana india predijo que resultaría profético (cap. 16). Poco después aparece en el muelle un extraño profeta llamado Elías, que anuncia desgracias a los que se embarcan (cap. 19). Como el rey de Israel, el capitán Ahab desoirá todas las advertencias.

Profetas verdaderos y falsos

Texto	Criterio	Ejemplo
Dt 13,2-6	Si lleva a otros dioses, es falso aunque haga prodigios	Los profetas de Baal (1 Re 18)
Dt 18,21-22	Es falso si lo que anuncia no se cumple	«Si tú vuelves victorioso…» (1 Re 22,28)
1 Re 22	La palabra de Dios, no el deseo del rey ni la mayoría	Cuatrocientos contra Miqueas
1 Re 13	Obedecer la palabra recibida, aunque otro profeta la contradiga	El varón de Dios engañado (13,18-24); cf. Gál 1,8
Jer 23,16-22	No han estado en el consejo del Señor	«Yo no enviaba a esos profetas, y ellos corrían» (23,21)
Jer 28	Al que anuncia paz se le reconoce si se cumple (28,9)	Ananías y el yugo (28,10-17)
Miq 3,5-8	Profetizan por lo que les dan	«Anuncian paz cuando tienen algo que morder»
Mt 7,15-20	«Por sus frutos los conoceréis»	Lobos con piel de oveja
1 Jn 4,1-3	Confiesan a Jesucristo venido en la carne	«Probad los espíritus»
Didajé 11	Pide dinero para sí o no hace lo que enseña	Hay que tener «las costumbres del Señor»

El Deuteronomio da los dos primeros criterios (ver el cuadro «El profeta como Moisés», en el capítulo 18 del Deuteronomio); los demás los afinan, porque ningún signo basta por sí solo. La *Didajé* es un escrito cristiano de finales del siglo I. La Iglesia discierne de modo semejante las revelaciones privadas (Catecismo, n. 67).

PARA PROFUNDIZAR

Miqueas, hijo de Jemla: profetas verdaderos y falsos

En su advertencia a los libros de los Reyes, Torres Amat cita a un «elocuente y venerable Prelado», según el cual en estas historias se ven «profetas verdaderos, y otros inicuos y falsos». Ninguna página lo muestra mejor que esta. Cuatrocientos profetas que hablan en nombre del Señor anuncian al rey de Israel la victoria con una sola voz, y Sedecías la escenifica con unos cuernos de hierro. Solo Josafat sospecha y pregunta si no hay otro profeta. Lo hay, pero el rey lo odia: «nunca me profetiza cosa buena» (22,8).

Miqueas no es un profeta de la oposición por sistema. Cuando el mensajero le pide que hable como los demás, responde con el juramento de todo verdadero profeta: «no hablaré otra cosa que lo que el Señor me dijere» (22,14). Ante el rey repite primero, con ironía, la respuesta oficial; solo cuando Acab lo conjura a decir la verdad, la dice: ha visto a Israel disperso por los montes «como ovejas sin pastor», es decir, sin rey (22,17). Y ha visto más: al Señor en su trono, rodeado del ejército del cielo, preguntando quién engañará a Acab (ver nota a 22,19). El verdadero profeta, dirá Jeremías, es el que ha estado «en el consejo del Señor» (Jer 23,18.22).

La visión contiene la frase más difícil del capítulo: un espíritu se ofrece a ser «espíritu de mentira» en la boca de los profetas, y el hebreo dice que el Señor lo «puso» allí (22,23; ver nota a 22,22). Torres Amat lo suaviza: el espíritu «salió del abismo», es «maligno» y actúa «si me lo permites», y explica en nota que Dios no

puede servir a la falsedad, sino que permite el engaño como castigo. Es la lectura de la Iglesia: Dios no es causa del mal moral, pero lo permite y sabe sacar de él un bien (Catecismo, nn. 311-312). El relato habla con el lenguaje de su tiempo, que atribuye a Dios todo lo que sucede, incluido el castigo. Y hay un detalle decisivo: el mismo Dios que permite el engaño se lo revela a Acab por boca de Miqueas. El rey queda advertido; si cae, es porque prefiere la mentira que le agrada a la verdad que lo incomoda. San Pablo lo dirá así: a los que no acogieron el amor de la verdad, Dios los deja en poder del error (2 Tes 2,10-11).

La verdad tiene un precio. Sedecías abofetea a Miqueas, como abofetearán a Jesús ante Anás (Jn 18,22-23), y el rey lo manda a la cárcel a pan y agua. Miqueas apela al criterio de la Ley: «Si tú vuelves victorioso, el Señor no habló por mi boca» (22,28; Dt 18,21-22; ver el ensayo del capítulo 18 del Deuteronomio). Acab intenta burlar la profecía disfrazándose, pero una flecha disparada «casualmente» lo encuentra (22,34): para el soldado fue azar; para el narrador, el cumplimiento de la palabra.

¿Cómo distinguir al verdadero profeta? La Biblia no da una regla única, sino criterios que se completan (ver el cuadro «Profetas verdaderos y falsos»): la fidelidad al único Dios, aunque el falso haga prodigios (Dt 13,2-6); el cumplimiento de lo anunciado (Dt 18,21-22); la conformidad con la palabra de Dios y no con los deseos de quien escucha, frente a los que gritan «paz, paz» cuando no hay paz (Jer 6,14; 23,16-22; 28,8-9); los frutos de la vida (Mt 7,15-20); la confesión de Jesucristo venido en la carne (1 Jn 4,1-3). La *Didajé*, escrita hacia finales del siglo I, añade un criterio muy práctico: es falso el profeta que pide dinero para sí o no vive lo

que enseña (11). Miqueas los cumple todos: habla contra su propio interés, no busca nada y paga con la cárcel.

La Iglesia sigue discerniendo. Sobre las revelaciones privadas enseña que no pueden «mejorar» ni «completar» la Revelación de Cristo, sino ayudar a vivirla, y que el sentido de los fieles, «guiado por el Magisterio de la Iglesia», sabe reconocer en ellas lo que es una llamada auténtica (Catecismo, n. 67). Pero la lección de Miqueas es también personal. Todos tenemos nuestros cuatrocientos profetas, las voces que nos dicen lo que queremos oír. Acab no murió por falta de advertencias, sino por rodearse de quienes le daban la razón; san Pablo previó un tiempo en que no se soportaría la sana doctrina y se buscarían maestros a la medida de los propios deseos (2 Tim 4,3-4).

PAUSA

1. Acab odiaba a Miqueas porque nunca le decía lo que quería oír. ¿Buscas consejo en quien te dice la verdad, o en quien te da la razón?
2. Miqueas resistió la presión de cuatrocientos. ¿En qué situaciones te cuesta sostener la verdad cuando todos piensan lo contrario?
3. Acab se disfrazó para escapar de la palabra de Dios. ¿Hay algo en tu vida que intentas esconder de Dios en lugar de ponerlo en sus manos?

Para orar. *Señor, dame un corazón que busque tu verdad más que mi comodidad, y el valor de decirla con amor.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿Quiénes apoyaban a Adonías y quiénes a Salomón? 1
2. ¿En qué montura hizo David que llevaran a Salomón a Gihón? 2
3. ¿Quién ungió a Salomón, y con qué? 3
4. ¿Dónde se refugió Adonías al saber que Salomón era rey? 4
5. ¿Qué encargó David a Salomón antes de morir? 5
6. ¿Dónde hizo sentar Salomón a su madre Betsabé cuando fue a pedirle un favor? 6
7. ¿Qué palabra del Señor se cumplió con el destierro de Abiatar a Anatot? 7

Capítulo 3

1. ¿Qué pidió Salomón a Dios en el sueño de Gabaón? 1
2. ¿Qué le dio Dios además de lo que había pedido? 2

3. ¿Cómo descubrió Salomón cuál de las dos mujeres era la madre del niño vivo? 3

Capítulo 5

1. ¿Quién estaba al frente de la leva de trabajadores del rey? 1
2. ¿Cuántos intendentes tenía Salomón y qué hacía cada uno? 2
3. ¿Cuántas parábolas y cánticos compuso Salomón? 3
4. ¿Por qué no pudo David edificar el templo, según el mensaje de Salomón a Hiram? 4
5. ¿Qué daba Salomón cada año a Hiram a cambio de las maderas? 5

Capítulo 7

1. ¿Cuántos años después de la salida de Egipto se comenzó el templo? 1
2. ¿Qué medidas tenía el oráculo? 2
3. ¿Qué condición puso Dios a su promesa mientras se construía el templo? 3

4. ¿Cuánto tardó Salomón en edificar el templo, y cuánto en su propia casa? 4

5. ¿Cómo se llamaban las dos columnas del pórtico del templo? 5

Capítulo 8

1. ¿Qué había dentro del arca cuando la colocaron en el templo? 1

2. ¿Qué sucedió cuando los sacerdotes salieron del santuario? 2

3. ¿Qué pregunta se hace Salomón en medio de su oración? 3

4. ¿Por quién pide Salomón, además de por su pueblo? 4

Capítulos 9 a 10

1. ¿Qué advirtió el Señor a Salomón en su segunda aparición? 1

2. ¿Qué nombre dio Hiram a las ciudades que le entregó Salomón? 2

3. ¿Desde dónde zarpaba la flota de Salomón, y qué traía de Ofir? 3

4. ¿A qué vino a Jerusalén la reina de Saba? 4
5. ¿Qué dijo la reina después de ver la sabiduría y la corte de Salomón? 5
6. ¿Cómo era el trono que hizo Salomón? 6

Capítulos 11 a 12

1. ¿Qué dioses extranjeros adoró Salomón según el capítulo 11? 1
2. ¿Por qué no quitó Dios el reino a Salomón mientras vivía? 2
3. ¿Qué hizo el profeta Ahías con su capa nueva? 3
4. ¿Qué consejo dieron los ancianos a Roboam? 4
5. ¿Con qué palabras se separaron de Roboam las tribus del norte? 5
6. ¿Dónde puso Jeroboam los dos becerros de oro y qué dijo al pueblo? 6

Capítulos 13 a 14

1. ¿Qué anunció el varón de Dios contra el altar de Betel? 1

2. ¿Cómo hizo volver el profeta anciano al varón de Dios? 2

3. ¿Cómo reconoció Ahías a la mujer de Jeroboam, si estaba ciego? 3

4. ¿Qué se llevó Sesac de Jerusalén y qué hizo Roboam? 4

Capítulos 15 a 16

1. ¿Qué hizo Asá con su madre Maaca, y por qué? 1

2. ¿Cómo logró Asá que Baasa dejara de fortificar Rama? 2

3. ¿Cuánto tiempo reinó Zambri, y cómo murió? 3

4. ¿Por qué se llama Samaria la ciudad que fundó Omrí? 4

5. ¿Qué añadió Acab a los pecados de Jeroboam? 5

Capítulos 17 a 18

1. ¿Dónde se escondió Elías al comienzo de la sequía, y cómo se alimentaba? 1

2. ¿Qué prometió Elías a la viuda de Sarepta en nombre del Señor? 2

3. ¿Qué dijo la viuda cuando Elías le devolvió vivo a su hijo? 3

4. ¿Qué había hecho Abdías cuando Jezabel mataba a los profetas del Señor? 4

5. ¿Qué pregunta hizo Elías al pueblo en el Carmelo? 5

6. ¿Cuántas veces mandó Elías echar agua sobre el holocausto? 6

Capítulos 19 a 20

1. ¿Qué le dio el ángel a Elías bajo el enebro? 1

2. ¿En cuál de los signos estaba el Señor cuando pasó ante Elías? 2

3. ¿Qué hacía Eliseo cuando Elías le echó su manto encima? 3

4. ¿Cómo explicaban los consejeros del rey de Siria su primera derrota? 4

5. ¿Qué respondió Acab cuando los siervos de Benadad le pidieron por la vida de su rey? 5

Capítulos 21 a 22

1. ¿Por qué no quiso Nabot vender su viña a Acab? 1

2. ¿De qué acusaron a Nabot los dos falsos testigos? 2

3. ¿Qué hizo Acab al oír la sentencia de Elías, y qué respondió el Señor? 3

4. ¿Qué vio Miqueas en su visión del cielo? 4

5. ¿Cómo murió Acab? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras y cifras mal leídas, cotejadas con la edición de 1824, como los «sesenta» codos del templo en 6,2, el lugar «interior» del oráculo en 6,16 y 6,19 o el dios Camos en 11,7; con esa edición se ha recuperado también el versículo 7,44, que la transcripción había perdido). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro tercero de los Reyes»; esta edición usa el nombre hebreo, 1 Reyes, y llama 1 y 2 Samuel a los que la Vulgata cuenta como primero y segundo de los Reyes. Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824. El texto hebreo, y con él la Neovulgata, el Leccionario y muchas Biblias actuales, cuenta de otro modo el final

del capítulo 4 y el capítulo 5: 4,21-34 de esta edición es allí 5,1-14, y 5,1-18 es 5,15-32; las Biblias que siguen la numeración inglesa coinciden en esto con esta edición. La transcripción digital había perdido el versículo 7,44 («el mar y los doce bueyes de debajo del mar»), que se ha recuperado de la edición de 1824, y había unido en 22,53 los dos últimos versículos del libro: la frase final, «Sirvió también a Baal…», es en la Vulgata, en la edición de 1824 y en el hebreo el versículo 22,54. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.